

En este *Tratado del Todo-Mundo* el gran filósofo y poeta martiniqués ofrece una original reflexión sobre el mestizaje del mundo, en una línea de pensamiento que abre esperanzadoras ventanas a la tolerancia. La presente obra es la apelación a un mundo nuevo, abierto a pueblos que hasta ahora estaban marginados y que cada vez son más visibles en el panorama global, aunque bajo la constante amenaza de totalitarismos de signo diverso. En esta época de mestizaje sin precedentes, la palabra poética de Glissant es un reto, una búsqueda de la capacidad de la imaginación para hacer de intermediaria entre las culturas.

Apenas conocido en España, aunque ha recibido numerosos premios y distinciones en Europa y América, Glissant se plantea sin embargo con gran lucidez cuestiones que no son ajena al devenir histórico hispánico, como la pureza de sangre y el racismo, los fundamentalismos ideológicos y la imposición de dogmas.

"Glissant ha construido una de las mayores obras del siglo, sólo comparable a Breton, Deleuze, Melville, Faulkner o Shakespeare."

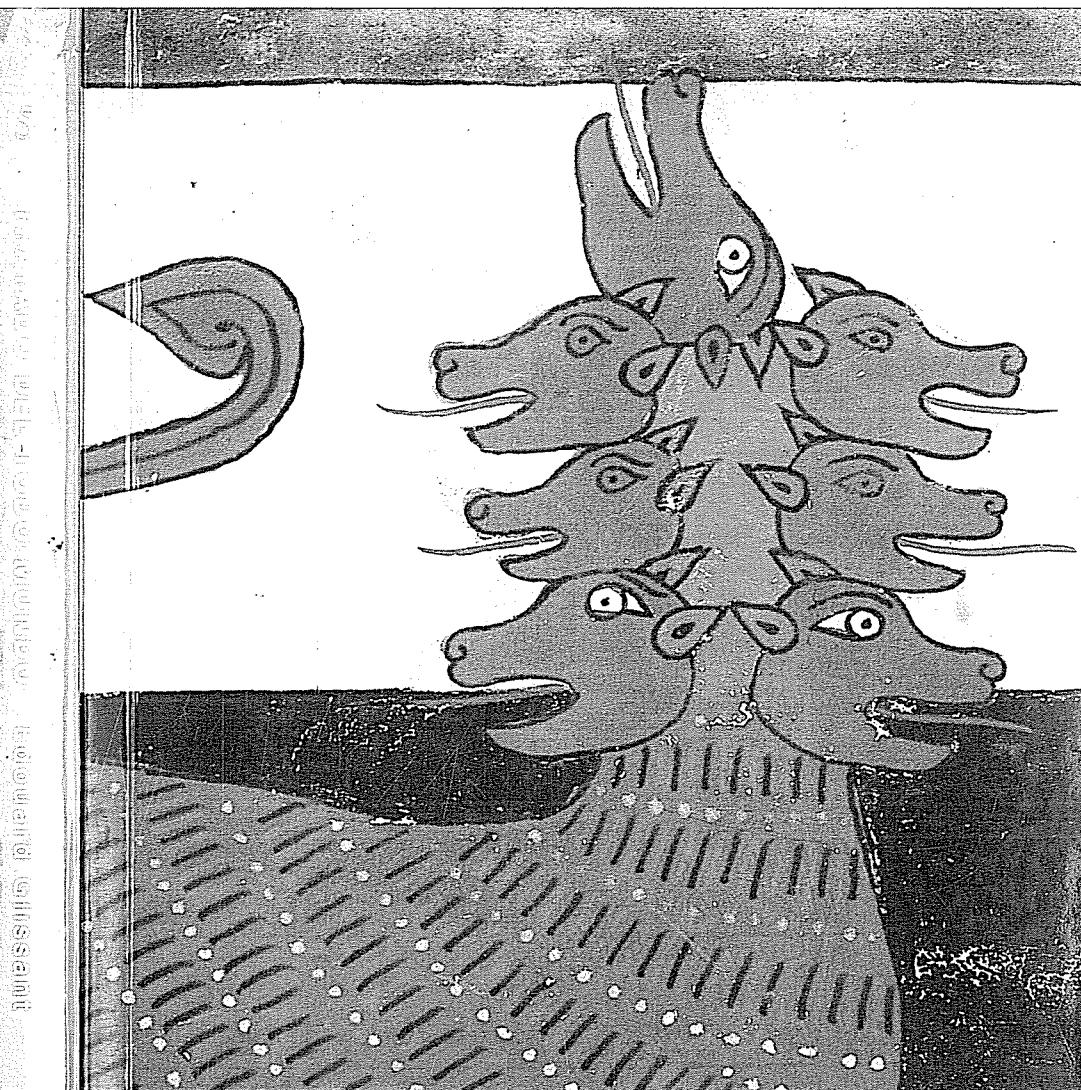
Le Monde

ISBN 84-96501-15-9



9 788496 501157

Colección
Pensamiento de la Diversidad



TRATADO DEL TODO-MUNDO

Édouard Glissant



TRATADO DEL TODO-MUNDO

Édouard Glissant

Colección Pensamiento de la Diversidad

Título original: *Traité du Tout-Monde*

© Éditions Gallimard, 1997

© de la traducción: María Teresa Gallego Urrutia, 2006

Diseño gráfico: G. Gauger

Primera edición: septiembre del 2006

ElCobre Ediciones, 2006

c/ Folgueroles, 15, pral. 2.^a - 08022 Barcelona

Maquetación: Víctor Igual

Impresión y encuadernación: Industrias Gráficas Mármol

Depósito legal: B. 30.561 - 2006

ISBN: 84-96501-15-9

Impreso en España

Esta obra se benefició del P.A.P. GARCÍA LORCA,
Programa de Publicaciones del Servicio de Cooperación
y de Acción Cultural de la Embajada de Francia en España
y del Ministerio francés de Asuntos Exteriores.

Obra publicada con la ayuda del Ministerio
de Cultura francés - Centro Nacional del Libro.

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

ElCobre

Traducción de María Teresa Gallego Urrutia

*A Olivier Glissant.
Por las olas grandes y pequeñas.
Por las músicas grandes y pequeñas.*

Índice

Los Jardines en las Arenas	15
El grito del mundo	
<i>Nos dicen, y qué verdad es,</i>	19
<i>El pensamiento archipiela</i> <i>r</i>	33
<i>Desde el propio punto de vista</i>	34
Repeticiones	
<i>Las alteraciones del descubrimiento</i>	37
<i>La Calle cuesta arriba del deseo</i>	42
El Tratado del todo-mundo	
de Mathieu Béluse	
Libro 1	45
<i>–Ved –dijo ella– la selva de la Amazonia</i>	52
Libro 2	53
1. El Lugar	59
2. ¡Basta ya de <i>lamenti!</i>	61
3. La erranza	63
Libro 3	65
1. No es distraer la identidad	67
2. ¡Ay! Tememos	68
<i>A orillas del río Mississippi</i>	70
Olas, resacas	
Olas	73

<i>Hay también una Italia</i>	74	Puntuaciones	
El nombre de Mathieu	75	<i>Cruzando por cuántas crisis</i>	171
<i>Filiación y legitimidad</i>	79	Jacques Berque y las literaturas	172
<i>El concepto se presenta</i>	81	La materia africana	175
<i>Los cipreses comidos de epifitas</i>	82	<i>La mundialización</i>	180
Resacas	83	La tierra y el territorio	181
<i>Y, ciertamente, lo que no se nos olvida</i>	85	Roche	185
El tiempo del otro		<i>Pero hay que fijarse</i>	191
<i>Se considera que la medida</i>		<i>La dificultad reside</i>	192
En el comienzo del tiempo «universal» occidental	90	Objeciones de Mathieu Béluse a esto que llamamos Tratado y respuesta	
<i>En tiempos en que la escritura</i>	100	Objeciones	195
Retóricas de fin de siglo	101	<i>Dicen que la Relación</i>	199
<i>Desde el punto de vista del arte barroco</i>	111	Respuesta	200
Escribir		<i>Os canto una parábola</i>	202
<i>Escribir es decir: el mundo</i>	115	<i>Cierto es que las avanzadas</i>	204
<i>¡Ciudades, poblachones de nada!</i>	119	Mesura, desmesura	
Lo que para nosotros fue, lo que para nosotros es		<i>Lo Uno magnifica</i>	207
<i>Las hogueras de los lirios silvestres</i>	123	Infinitivo del tiempo	208
Repliegue y despliegue	124	<i>La desviación de las lenguas</i>	210
<i>La tierra matriz</i>	133	Martinica	212
<i>El tambor del Todo</i>	134	<i>Volvemos al lugar</i>	219
Del cuerpo de Douve	135	<i>El relato brotaba</i>	220
<i>La aspereza trágica</i>	141	Totalidades	221
El tiempo de Mandela	142	<i>Sí, nuestros monumentos</i>	224
<i>Se concibe Occidente</i>	149	<i>Dicen que criollización</i>	225
El libro del mundo	150	Oda a Pierre y a Cartago	226
<i>Lo anterior, repetido al modo pedagógico</i>	160	Informaciones	
<i>Llamo Todo-mundo</i>	165	La Ciudad, refugio de las voces del mundo	231
<i>Lo que crea totalidad es el rizoma</i>	166	De unas cuantas palabras nuevas	236
<i>Que el siendo es relación</i>	167	Indicaciones de la mayoría de los lugares y ocasiones	237

Los Jardines en las Arenas

(Tema para el diálogo esencial con un poeta)

Los Jardines: La parte secreta del poema, la porción de soledad y estado de gracia que reserva el narrador para sí. El ámbito que brinda a la aplicación adivinadora de Aquella que augura y a la disertación del amigo y del hermano, a modo de frágil comunión.

Las Arenas: El ebrio torneo de las implicaduras del mundo, en que todos cantan encantando. Sufrimiento, también, de todos los sufrimientos. Las Arenas no son infértilles. Aposentan el silencio en todo ese ruido que las rodea.

El grito del mundo

Nos dicen, y qué verdad es, que está doquier averiado, desnortado y marchitado todo, y fuera de sí; lo están la sangre y el viento. Lo estamos viendo, y viviendo. Pero os habla el mundo entero por tantas voces amordazadas.

Torzáis por donde torzáis, hay inconsuelo. Pero torcéis, empero.

Aportamos entonces sin duda todos y cada uno al concierto de todo conocimiento, cuando nos esforzamos en compartirlo, lo que llevamos mucho meditando o a lo que hemos dado muchas vueltas y, en lo que a mí se refiere, los contados presentimientos a los que debo el hecho de escribir y que he transscrito una y otra vez, o he traicionado por insuficiencia de la escritura.

La idea del mestizaje, del trémulo valor no sólo de los mestizajes culturales sino, más allá de ellos, de las culturas del mestizaje, que nos resguardan quizá de los límites o de las intolerancias que nos acechan y nos franquearán nuevos espacios en donde relacionarnos.)

El impacto mundial de las técnicas o de las mentalidades de lo oral y lo escrito y las inspiraciones que esas técnicas insuflaron a nuestras tradiciones de escritura y a nuestros arrebatos de voz, de ademanes y gritos.

El lento desvanecimiento de los absolutos de la Historia, según las historias de los pueblos inermes y dominados, a menudo en vías, sin más, de desaparición, pero que no obstante irrumpieron en nuestro teatro común, acabaron por coincidir y contribuyeron a cambiar la mismísima representación que nos hacemos de la Historia y su sistema.

La labor cada vez más evidente de eso que he llamado la criollización, superadora, imprevisible, que tan alejada está de las aburridas síntesis que ya refutó Victor Segalen, a las que nos ha alentado quizá una forma de pensar moralizadora.

*estanción de pueblos
propagación*

Las poéticas difractadas de este Caos-mundo que compartimos, cuerpo a cuerpo con tantos conflictos y obsesiones de muerte y más allá de ellos, y a cuyos invariantes tendremos que aproximarnos.

La sinfonía y, en movimiento no menos vivace, las disfonías que engendra en nosotros el multilingüismo, esta pasión nueva de nuestras voces y nuestros ritmos más secretos.

Ésos son algunos de los ecos que han conseguido que ahora nos avengamos a escuchar juntos el grito del mundo y sepamos, también, que, al escucharlo, caemos en la cuenta de que *a partir de ahora lo oyen todos*.

No siempre vemos —y, las más veces, intentamos no ver— la miseria del mundo, la de los bosques de Ruanda y las calles de Nueva York, la de los talleres clandestinos de Asia, en donde los niños se encanijan, y la de las cimas silenciosas de los Andes, y la de todos los lugares de rebaja-

miento, de degradación y de prostitución, y cuántos más, que nos centellean, allá, delante de los ojos desorbitados, pero no podemos dejar de admitir que todo junto hace un ruido incansable que mezclamos, sin darnos cuenta, con la musiquilla mecánica y machacona de nuestros progresos y nuestras derivas.

Cada cual tiene sus razones para allegarse a esta escucha, y esas formas diferentes valen para cambiar el ruido del mundo que todos al tiempo oímos acá y acullá.

Y estas razones, que hemos extirpado con una dificultosa pasión de escribir, de crear, de vivir y de luchar, se nos convierten hoy en lugares comunes que aprendemos a compartir; pero lugares comunes inestimables: contra los desarreglos de las maquinarias de la identidad que con tanta frecuencia nos convierten en su presa como, por ejemplo, el derecho de sangre, la pureza de raza, la integralidad, ya que no la integridad, del dogma.

Nuestros lugares comunes, aunque hoy en día no tienen ya ninguna eficacia, lo que se dice ninguna, contra las operaciones concretas que asombran al mundo, se consideran no obstante capaces de cambiar la imaginería de las humanidades: mediante esa imaginería será como tengamos más fuerza que los apartamientos que nos asuelan, no inferior a la ayuda que nos presta ya, encaminando nuestras sensibilidades, a combatirlas.

Tal será mi primera propuesta: en donde han desfallecido los sistemas y las ideologías, y sin renunciar ni poco ni mucho al rechazo o al combate que tenemos que pelear en nuestro particular ámbito, prolonguemos a lo lejos lo imaginario con un infinito desperdigamiento y una repetición

hasta el infinito de los temas del mestizaje, el multilingüismo y la criollización.

Quienes celebran *aquí* sus citas vienen siempre de un «allá», del ancho mundo, y helos aquí decididos a aportar a este aquí el frágil conocimiento que han atoado fuera de ese lugar. Frágil conocimiento no es ciencia imperiosa. Intuimos que vamos siguiendo una huella.

2. *Ésta es mi segunda propuesta:*

Que la idea de huella se adhiera, por oposición, a la idea de sistema, igual que una erranza que orienta. Sabemos que es la huella lo que a todos nos coloca, vengamos de donde vengamos, en Relacion.

Ahora bien, la huella la vivimos algunos de nosotros, allá, tan lejos, tan cerca, aquí-allá, en la cara oculta de la tierra, como uno de los lugares de la supervivencia. Por ejemplo, los descendientes de los africanos a quienes deportaron, esclavos, a ese sitio que no tardaron en llamar el Nuevo Mundo, no tuvieron, las más veces, sino esto a lo que recurrir.

(Toda una fracción de la realidad, arramblada de un pasado reacio que se repite una y otra vez en cada rincón de la vida, que se repite en todos los libros:)

La huella es al camino igual que la rebelión a la intimación, el júbilo al garrote.

Esos africanos de la trata que iba a las Américas llevaron consigo, allende las Aguas Inmensas, la huella de sus dioses, de sus hábitos, de su lenguas. Enfrentados al desorden

implacable del colono, fueron de condición tal, trenzada con los sufrimientos que padecieron, que supieron fecundar esas huellas, creando –más que unas síntesis– unas resultantes que dejan sorprendido.

Las lenguas criollas son huellas, abiertas en el charco del Caribe o del océano Índico. La música de jazz es una huella reconstruida que ha recorrido el mundo. Y también todas las músicas de ese mismo Caribe o de las Américas.

Cuando los deportados cimarronearon por los bosques, yéndose de la Plantación, las huellas que fueron siguiendo no implicaron ni abandono de sí mismos ni desesperación, aunque tampoco orgullo o hinchamiento de la persona. Y no agobiaron con su peso la tierra nueva igual que irremediables estigmas.

Cuando violentamos en nosotros, en los de las Antillas quiero decir, esas huellas de nuestras historias ofuscadas, no es para perfilar a no mucho tardar un modelo de humanidad que estuviéramos oponiendo, «por senderos hollados», a esos otros modelos que nos imponen a la fuerza.

La huella no tiene la apariencia de una senda inconclusa en donde no queda más remedio que tropezar, ni de una avenida que bordea un territorio mordiéndose la cola. La huella va por la tierra, que nunca volverá a ser territorio. La huella es forma opaca de aprendizaje de la rama y el viento: ser uno mismo, pero derivado al otro. Es la arena en auténtico desorden de utopía.

La noción de la huella permite ir más allá de los estrechamientos del sistema. Y refuta así cualquier colmo de posesión. Resquebraja la dimensión absoluta del tiempo. Se asoma a esos tiempos difractados que las humanidades de hoy en día multiplican entre sí por conflictos y todo lo por haber.

Es el errabundo y violento derrotero del pensamiento compartido.

(Como para mí, de grito a palabra, de *Sol de la conciencia a la Poética de lo diverso*, esta misma vacilación.)

Si renunciamos a las nociones del sistema es porque hemos sabido que impusieron acá y acullá una dimensión absoluta del Ser que fue hondura, magnificencia y limitación.

¡Cuántas comunidades amenazadas no tienen en la actualidad más alternativa que elegir entre el desgarramiento esencial, la identidad anárquica, la guerra de las naciones y de los dogmas, por una parte y, por la otra, una paz romana impuesta por la fuerza, una neutralidad de par en par con que probablemente un Imperio todopoderoso, totalitario y benevolente cubre todo.

¿No nos queda más salida que esos imposibles? ¿No tenemos derecho a vivir, ni medios para hacerlo, en otra dimensión de humanidad? Pero ¿cómo?

Más que nunca tienen amenazados a tropeles de negros, los oprimen porque son negros; y de árabes, porque son árabes; de judíos, porque son judíos; de musulmanes, porque son musulmanes; de indios, porque son indios; y así hasta el infinito con todas las diversidades del mundo. Pues es, efectivamente, una letanía que no acaba nunca.

La idea de identidad como raíz única da la medida en cuyo nombre algunas comunidades esclavizaron a esas

otras; y en cuyo nombre buena parte de ellas llevaron adelante sus luchas de liberación.

Pero ¿no nos atreveremos acaso a proponer a la raíz única, que mata lo de alrededor, que se amplíe a raíz en rizoma, que abre las puertas de Relación? Que no está desenraizada, pero no usurpa lo de alrededor.

En la imaginería de la identidad raíz-única injertemos esta imaginería de la identidad-rizoma.

Al Ser que se impone mostremos el siendo, que se yuxtapone.

Rechacemos, al tiempo, las reincidencias del nacionalismo reprimido y la estéril paz universal de los Poderosos.

En un mundo en donde tantas comunidades ven cómo se les niega, con efectos letales, el derecho a cualquier identidad, es paradoja proponer la imaginería de una identidad-relación, de una identidad-rizoma. Creo, sin embargo, que ésa es una de las pasiones de esas comunidades oprimidas: conjeturar este adelantamiento, llevarlo integrado en sus sufrimientos.

No se necesita pedir plañideramente una vocación humanista para entenderlo sin más.

alternativa a la Sencillez multicultural

Llamo Caos-mundo al actual choque de tantas culturas que se prenden, se rechazan, desaparecen, persisten sin embargo, se adormecen o se transforman, despacio o a velocidad fulminante: esos destellos, esos estallidos cuyo fundamento aún no hemos empezado a comprender, ni tampoco su organización, y cuyo arrebatado avance no podemos prever. El Todo-Mundo, que es totalizador, no es (para nosotros) total.

Y llamo Poética de la Relación a esa posibilidad de lo imaginario que nos mueve a concebir la globalidad inasible

de un Caos-mundo como ése, al tiempo que nos permite hacer que despuete algún detalle y, muy particularmente, nos permite cantar el lugar que nos corresponde, insondable e irreversible. Lo imaginario no es ni el sueño ni el vaciado de la ilusión.

Intuido está que una de las huellas de esa Poética pasa por el lugar común. Cuántas personas al mismo tiempo, bajo auspicios opuestos o convergentes, piensan lo mismo y preguntan lo mismo. Todo está en todo, sin que ello quiera decir que tenga forzosamente que mezclarse. Conjeturamos una idea y otros la recogen ávidamente; es suya. La preganan. La reivindican para sí. Y ése es el indicio del lugar común. Agrupa éste nuestras imaginerías infinitamente mejor que ningún sistema de ideas, pero con la condición de que estemos ojo avizor para caer en la cuenta de ello. He aquí unos cuantos lugares comunes que tienen que ver con la relación entre las culturas dentro de la Relación mundial.

– Por vez primera, está en contacto la semi-totalidad de las culturas humanas, por completo y de forma simultánea; y entran en efervescencia al reaccionar unas con otras.

(Pero todavía existen lugares cerrados y *tiempos* diferentes.)

– La globalidad, o la totalidad, del fenómeno traza su peculiaridad: los intercambios entre las culturas no tienen matices; y las adopciones y los rechazos son brutales.

(La ley del disfrute elemental, individual o colectivo, que refuerzan o sustentan los mecanismos de poder y persuasión, dispone tanto la aceptación cuanto el rechazo.)

– También por vez primera, los pueblos tienen completa conciencia de ese intercambio. La televisión de todas las cosas exacerba esa categoría de relación.

(Si aparecen repercusiones subrepticias, enseguida se las localiza.)

– Las interrelaciones se fortalecen o se desploman a velocidades inusuales.

(Que es como decir que esta velocidad constituye luz para nosotros en la espantosa inmovilidad de tantos cambios vertiginosos del mundo.)

– Brazadas de influencias (las dominantes) toman cuerpo y hay ocasiones en que conducen a una estandarización generalizada.

(Nadie debe creer que puede combatirlo sólo con lo exasperado de su enclaustradura.)

– La Relación no implica ninguna transcendencia *legitimante*. Aunque las sedes del poder sean efectivamente invisibles, los Centros de Derecho no se imponen en parte alguna.

(En consecuencia, la Relación no tiene ética: no elige. De la misma forma que no tiene por qué dejar constancia de cuál podría ser su «contenido». La Relación debe ser totalizadora, es intransitiva.)

– Las interrelaciones funcionan principalmente por fracturas y rupturas. Es posible incluso que sean de naturaleza fractal: de ahí se deriva que nuestro mundo sea un caos-mundo.

Su organización general y su vacilación son las de la *criollización*.

Caos-mundo = naturaleza fractal

Desde estos Archipiélagos en los que vivo, que han crecido entre tantos otros, propongo que pensemos en esa criollización.

Proceso imparable, que mezcla la materia del mundo, que conyuga y cambia las culturas de las humanidades de hoy en día. Lo que la Relación nos permite imaginar, la criollización nos permitió vivirlo.

La criollización no desemboca en pérdida de identidad, en disolución del siendo. No se infiere de ella la renuncia a uno mismo. Sugiere la distancia (el irse) con las trastornadoras paralizaciones del Ser.

No es la criollización lo que altera desde dentro una cultura determinada, incluso aunque sepamos que a muchas culturas las dominaron, las asimilaron, las condujeron al filo de la desaparición; y que volverá a suceder. Lo suyo, más allá de esas condiciones, desastrosas en su mayoría las más veces, es establecer relación entre dos o varias «zonas» culturales convocadas en un punto de encuentro, de la misma forma que una lengua criolla actúa desde «zonas» lingüísticas diferenciadas para sacar de ellas su materia inédita.

Se concibe enseguida que siempre han perdurado lugares de criollización (los mestizajes culturales), pero que la criollización que hoy nos interesa tiene que ver con la totalidad-mundo, cuando ya se ha dado (sobre todo por obra de las culturas occidentales en expansión, es decir, debido a las colonizaciones) esa totalidad. La Relación nutre la imaginería, siempre por imaginar, de una criollización que en adelante se va generalizando, y no mengua.

La criollización es imprevisible, es imposible que se establece, que se detenga, que se incluya dentro de unas esencias, dentro de identidades absolutas. Consentir en que el

siendo cambie, al tiempo que perdura, no es aproximarse a nada absoluto. Lo que perdura en el cambio o en el concambio o en el intercambio es quizás, en primer lugar, la propensión a cambiar o la audacia para hacerlo.

Os brindo, como ofrenda, la palabra criollización, para expresar ese hecho imprevisible de inauditas resultantes que nos preservan de que nos persuada una esencia o nos empecinemos en exclusivas.

Este espejismo del siendo salpica mi lenguaje: nuestra común condición es aquí el multilingüismo.

Escribo a partir de ahora en presencia en todas las lenguas del mundo, con la punzante nostalgia de su devenir amenazado. Me doy cuenta de que en vano intentaríamos saber cuantas fuera posible; el multilingüismo no es cuantitativo. Es uno de los modos de la imaginería. En la lengua que uso para expresarme, y aunque sólo pudiera alegar esa, ya no escribo de forma monolingüe.

«Mantener» las lenguas contribuye a salvarlas del desgaste y de la desaparición e instituye esa imaginería de la que tanto hay que decir. No debemos creer que una lengua podría ser, el día de mañana, y sin inconvenientes, universal: no tardaría en perecer, en sucumbir a ese mismo código que habría nacido de su uso generalizado. Lo primero que la jergonza anglo-norteamericana tiene amenazado son las sorpresas, los cambios bruscos, la vida orgánica y energética, las valiosísimas flaquezas y los retiramientos secretos de las lenguas inglesa y norteamericana y canadiense y australiana, etc. La simplificación, que posibilita los intercambios, los desnaturaliza en el acto.

La primera reunión del Parlamento Internacional de Escritores de Estrasburgo, en 1993, no era completamente políglota, pero sí era, por descontado, multilingüe.

No es la primera vez que escritores e intelectuales intentaban reunirse en un congreso o en una asamblea; nos ha quedado, en la historia, memoria de ilustres ejemplos.

No es la primera vez, quizá, que había intención de devolver a esa palabra: Parlamento, su sentido no tanto de lugar en donde eligen a las personas, en donde se vota y se decide, sino de lugar en donde se habla.

Pero era la primera vez que un Parlamento así se proponía también, y sin más, *escuchar*. ¿Qué? Ya lo hemos dicho, el grito del mundo.

Escuchar no las teorías, ni las ideologías, ni los poderes –no un sistema o una idea del mundo–, sino la tremenda maraña en la que ya no se trata ni de caer en lamentaciones ni de entregarse a esperanzas desenfrenadas. La palabra a gritos del mundo, en la que tiene alcance la voz de todas las comunidades. La acumulación de lugares comunes, de gritos deportados, de silencios mortales en los que comprobar que el poder de los Estados no es lo que nos mueve de verdad y aceptar que nuestras verdades no conyuguen con el poder.

(Y por haber nombrado las lenguas amenazadas, las lenguas con sentencia aplazada, vuelvo a otro de mis padecimientos y repito mi palabra, como un eco que estría una tiza que, a su vez, escribe en una piedra calcárea muy frágil. Lo hago para ensalzar los escapes que dispone entre lenguas y lenguajes el ejercicio de la traducción:)

La traducción es como un arte de la fuga, es decir, de forma tan hermosa, una renunciación que se consuma.

Hay renunciación cuando el poema, transrito a otra lengua, ha tenido la pérdida de tan gran parte de su ritmo, de sus estructuras secretas, de sus asonancias, de esos azares que son el accidente y la pérdida de la escritura.

Hay que aceptar ese escape; y esa renunciación es la parte de uno mismo que, en cualquier poética, cedemos al otro.

El arte de traducir nos enseña la noción de esquivar, la práctica de la huella que, en contra de las nociones del sistema, nos indica lo incierto y lo amenazado, que son convergentes y nos fortalecen. Sí, la traducción, arte de la aproximación y el roce, es una manera de frecuentar la huella.

En contra de la absoluta limitación de los conceptos del «Ser», el arte de traducir acumula el «siendo». Ir dejando huella en las lenguas es recoger la parte imprevisible del mundo. Traducir no equivale a reducir a una transparencia, ni por supuesto, a conyugar dos sistemas de transparencia.

Y por eso está esta otra propuesta, que nos sugiere el uso de la traducción: oponer a la transparencia de los modelos la abierta opacidad de las existencias que no se pueden reducir.

Pido para todo el mundo el derecho a la *opacidad*, que no es la cerrazón.

Para poder reaccionar así contra tantas reducciones a la engañosa claridad de los modelos universales.

No necesito «entender» a nadie, ya sea individuo, comunidad, pueblo, ni «hacerlo mío» a costa de asfixiarlo, de que se pierda, así, dentro de una totalidad quebrantadora que tendría yo que gestionar para asumir el convivir con ellos, el construir con ellos, el arriesgarme con ellos.

Que la opacidad, la nuestra, si la hay para el otro, y si para nosotros la hay del otro, no cierre vistas, cuando ocu-

rra, que no tenga vistas al oscurantismo ni al *apartheid*, que sea para nosotros una fiesta y no un espanto. Que el derecho a la opacidad, que puede amparar la Diversidad de la mejor manera posible y puede fortalecer la aceptación, vele ¡ah, lámparas! por nuestras poéticas.

Todo lo dicho, someramente referido, no tiene más virtud que la de franquear la huella a otros dichos. Y ahora apelo a las poéticas cónyuges. Cuanto hagamos en el mundo llevará el cuño de la esterilidad si no cambiamos cuanto esté en nuestra mano la imaginería de esas humanidades que constituimos.

Me lo garantiza el gentío que congregó Matta a la entrada del Parlamento de Escritores de Estrasburgo en 1993. Nos recibía todo un grito hecho muchedumbre. Gentío de estatuas en que el tocado inca remataba la toga egipcia, en que el sari africano envolvía el porte inuit, en que las salpicaduras de bronce o cobre, amarillo que respira y violeta que padece, adoptaban toda clase de formas estilizadas, reconocibles y mezcladas, venidas de todos los lugares del mundo, surgidas de tantas bellezas del mundo. Eran obras mestizas, aparecía en su arquitectura la diversidad, que un artista había atropado en inesperada resultante. Sí. Aquel grupo de estatuas convocabía aquel grito.

Un pueblo que habla así es un país que comparte.

El pensamiento archipieler encaja bien con la estampa de nuestros mundos. Le toma prestadas la ambigüedad, la fragilidad, la derivación. Admite la práctica del desvío, que no es ni huida ni renuncia. Reconoce el alcance de las imaginierías de la Huella y las ratifica. ¿Acaso es renunciar a gobernarnos? No, es sintonizar con esa parte del mundo que, precisamente, se ha extendido en archipiélagos, esas a modo de diversidades en la extensión, que, no obstante, aproximan orillas y desposan horizontes. Nos damos cuenta de qué lastre continental y agobiante, y que llevábamos a cuestas, había en esos suntuosos conceptos del sistema que hasta hoy han empuñado las riendas de la Historia de las humanidades y han dejado de ser adecuadas para nuestros desperdigamientos, nuestras historias y nuestros no menos suntuosos derroteros errabundos. La idea del archipiélago, de los archipiélagos, nos franquea esos mares.

Repeticiones

Desde el propio punto de vista de la identidad, el alcance del poema es el resultado de la búsqueda, errabunda y con frecuencia desasosegada, de las conjunciones de formas y estructuras, merced a las que una idea del mundo, nacida en el sitio que le corresponde, tiene o no tiene un encuentro con otras ideas del mundo. La escritura impone a los lugares comunes de la realidad un ejercicio de acercamiento cuyo cimiento es una retórica. Es lo que hace Michel Leiris en su obra. Maurice Roche también, de otra manera. La identidad no es proclamatoria, sino, en ese ámbito de la literatura y de las formas de expresión, operatoria. La proporción de los recursos del decir y su oportunidad tienen mayor fuerza que la mera proclamación. La exigencia de identidad no es sino proferimiento cuando no es también medida de un decir. Cuando, antes bien, elegimos las formas de nuestro decir y les damos forma, los cimientos de nuestra identidad no son ya una esencia, sino que llevan a una Relación.

Las alteraciones del descubrimiento y de la colonización del mundo pusieron, de entrada, en contacto culturas atávicas que llevaban todas ellas mucho tiempo afincadas en su creencia y su territorio.

Culturas atávicas porque se acreditaban a sí mismas mediante un Génesis, una Creación del mundo, cuya inspiración tuvieron y supieron convertir en un Mito, lar de su existencia colectiva.

No cabe duda de que es un privilegio tratar sin intermediarios con lo Sagrado, hablar con el propio Dios y ver cómo nos encomienda sus designios. Se deriva de ello que toda comunidad o cultura que engendró de esta forma un Génesis tuvo gran empeño en convertirlo en enseñanza para todos. Mediante una secuencia completamente legítima (que no se puede poner en entredicho) de filiaciones, se entronca con aquel día primero de la Creación y asienta, en consecuencia, el Derecho que tiene sobre la tierra que ocupa y se convierte así en territorio propio. La filiación y la legitimidad son las dos ubres de esa suerte de Derecho divino de propiedad, al menos en lo referido a las culturas europeas.

Atávicas son también las culturas de los países árabes, de los países del África negra y de los países amerindios. Aunque, empero, con todo tipo de matices en la aproximación a lo divino, en las supuestas formas de la Creación, y, en consecuencia, en las pretensiones sobre la tierra ocupada.

El encuentro de esas culturas atávicas dentro de los ámbitos de la colonización hizo nacer aquí y allá culturas y sociedades heteróclitas que no engendraron un Génesis (y adoptaron los mitos de Creación que venían de otros lugares); sucedió así porque su origen no se pierde en la noche de los tiempos y es, a todas luces, de orden histórico y no mítico. La Génesis de las sociedades criollas de las Américas se funde en otra oscuridad: las entrañas del barco negrero. Es lo que llamo una digénesis.

Hay que aclimatar el concepto de digénesis, acostumbrarse al ejemplo que da; y entonces es posible salir de la impenetrable exigencia de la unicidad excluyente.

Las sociedades heteróclitas no tienen tratos sino indirectos con lo sagrado y lo divino, casi por poderes, podríamos decir. Sus sectas, por ejemplo, combinan pasmosas síntesis de Génesis que toman doquier con frenesí elementos prestados. Cuando aparecen, como en Haití o en Brasil, religiones cuya inspiración procede de Dahomey, son de pulsión atávica y rito heteróclito. Pero esas sociedades disfrutan de la ventaja de no estar sometidas a hábitos milenarios y tabúes indescifrables, cuyo peso sería agobiante.

La mayoría de las convulsiones de nuestra época vienen determinadas por el siguiente contexto: culturas atávicas que se enfrentan a muerte entre sí, con sus respectivas legitimidades, o se disputan el derecho legítimo de aumentar su territorio. O que imponen esa legitimidad suya a otras culturas del mundo. Culturas heteróclitas que niegan a antiguas culturas atávicas los últimos vestigios de su legitimidad de antaño.

Estas proposiciones, incluso aunque pueda suceder que haya otras que las hayan calcado, hay que repetirlas hasta que todo el mundo las oiga.

La criollización es el contacto entre varias culturas o, al menos, entre varios elementos de culturas distintas, en algún lugar del mundo, y que arroja el resultado de un dato nuevo, completamente imprevisible en lo referido a la suma o a la simple síntesis de esos elementos.

Podrían preverse los resultados de un mestizaje, pero no de una criollización. Ambos tenían fama, en el universo de lo atávico, de traer consigo una disolución del ser, un bastardeamiento. Otro imprevisto es que ese prejuicio se va esfumando poco a poco aunque se empecine en algunos lugares quietos o enclaustrados.

La idea de pertenencia atávica ayuda a soportar la miseria e incrementa el valor que se le echa a luchar contra la servidumbre y la opresión. En una sociedad heteróclita en donde los elementos de cultura están jerarquizados, en donde uno de ellos está en condiciones de inferioridad frente a los otros, el reflejo espontáneo y el único posible es dar más valor a ese elemento para que prevalezca sobre la forma atávica buscando un equilibrio, una certidumbre, una permanencia.

¿Acaso un negro norteamericano, sin techo, que se para pata tras unos cartones en una avenida gélida de Nueva York podría aceptar el concepto de criollización? Sabe que su raza y la singularidad que el Otro atribuye a su raza tiene mucho que ver con la suerte que le ha correspondido.

¿Acaso las sociedades amerindias en vías de desaparición podrían haberse defendido en nombre de la criollización, siendo así que el propio mecanismo que contribuyó, al menos en primera instancia, a privarlas de cultura, parecía ser precisamente eso?

Y, no obstante, ahí está el reto. Las contradicciones de las Américas, las convulsiones del Todo-Mundo nos resultarán imposibles de desenredar hasta que no hayamos resuelto den-

tro de nuestras imaginerías la querella de lo atávico y lo heteróclito, de la identidad raíz única y de la identidad relación.

Los Estados Unidos de América, por ejemplo son una sociedad multiétnica, pero en donde el intercambio de las etnias, que habría debido ser la norma de tal multiplicidad, casi no existe. En este caso, entraron en juego tres aislantes:

- las antiguas oposiciones y los tradicionales conflictos entre las religiones procedentes de Europa, que tienen una repercusión más o menos oculta, más o menos inocente, en la nueva situación;
- la prolongada lucha contra las naciones amerindias (la conquista del Oeste) y la exterminación casi consumada de éstas;
- la deportación de los esclavos procedentes de África (la trata de negros), cuyas repercusiones son visibles aún.

En todos estos casos, opresores y oprimidos necesitaron remitirse a la etnia en tanto en cuanto unicidad o valor, y quizá resulta más convincente o más operativo que esas unicidades étnicas se hayan mantenido; de forma tal que la historia, en el presente caso y al menos hasta ahora, desemboca en esta aparente contradicción: una sociedad multiétnica que padece un aislamiento interétnico.

Los Estados Unidos, tierra del multiculturalismo, no son tierra de criollización; aún no. La que en ellos acontece precisa de un consentimiento general difícil de conseguir en conjunto.

El asunto que, en último término, debe ser la filigrana de este debate es el siguiente: ¿acaso una teoría moderna del

multiculturalismo no permitiría en realidad camuflar mejor el viejo reflejo atávico al permitir la relación entre culturas y comunidades dentro de un extenso conglomerado, como el de los Estados Unidos, plasmándose en una reconfortante yuxtaposición y no en una imprevisible (y peligrosa) criollización?

Estas proposiciones hay que repetirlas hasta que, por lo menos, las oigan.

El *Tratado del Todo-Mundo* de Mathieu Béluse

La *Calle cuesta arriba del deseo* va a dar en derechura a los ciento nueve ríos que bajan desde las casuarinas y los silvestres manglares. Allí saboreamos el *mabi*¹ amargo. La *Calle de la gruta verde* se curva, desde luego, y abomba sus campos de cañas hasta el parque de la mar, en donde pastorean a los toros. Apenas si se vislumbran en el horizonte las lamparillas ahumadas en las que danzan la danza los zombis, ay, por toda la *Calle de no dejéis de volver*. Allí pescamos de noche mientras nos custodian los mosquitos. Forman estas calles un archipiélago, el archipiélago forma espuma, moramos en la espuma. *Lari foute-fè*² se brinda a los turistas. La cruza la *Calle del hermoso atardecer humeante*, que atiza sus volcanes, igual que *man*³ Time fuma en pipa con los ojos cerrados. Sabemos que calle también se dice vía. Nos metemos por la *Via dei umiliati*, en dirección a la *Via dei malcontenti*. Al caer el día, vamos a toda prisa a hacer las venias de rigor a la *Calle de las vírgenes locas*. Y, luego, las abluciones en la *Calle de los ancianos sentados*. Y no cabemos, porque nos agolpamos muchos en la entrada llena de hierbas y alcantarillas, en la *Calle del fin del mundo*.

1. Bebida fermentada hecha con cáscara de naranja. [Todas las notas numeradas son de la traductora.]

2. La Calle que se achicharra.

3. Contracción de *madame*.

Libro 1

Los países en que vivo se abren en estrellas de archipiélagos. Armonizan los *tempos* de sus dispersiones. Cuando nos topamos con un fragmento impenetrable de tiempo, con una roca inquebrantable, eso que también llamamos un bi, henos aquí ante este bi de tiempo; no nos echa de su entorno, exploramos toda esa oscuridad, ambulamos por el menor barranco o el más insignificante cabo hasta penetrar en esa cosa. El destellar de los tiempos, al igual que el estallar de los tiempos, no extravían en estos países nuestros.

Supimos que es posible vivir no ya fuera del tiempo, pero sí sin él, al menos sin la necesidad de ponerlo en fila ordenada o de distribuirlo en divisiones inamovibles. El tiempo que pasa no se perdía; sencillamente, se había despojado de la vida (y, no obstante, nos acordábamos de todo entre un desorden de apariencias) y la vida estallaba, no fuera sino a través del tiempo, en esos allegamientos de sol o de lluvia, de cuaresma o de río salido de madre, en donde cogíamos con aguadillas grandes y salabres pequeños los peces gordos y negros de cabeza cuadrada, o raspábamos los fondos de las charcas para acosar el agua ante los ojos todo ojos de los sapos carrilludos.

Lo que nunca dejábamos de hacer era mirar los países a lo lejos. Como si la imagen de las distancias nos respondiera de la despreocupación por el lapso de tiempo. En ese fragmento inquebrantable de tiempo, que aún es mi infancia para mí, la vida de los países a lo lejos era prodigiosa.

Todo ello nos fue de gran ayuda para aprendernos la lista de los 89 departamentos de Francia, que había que cantar en troquelada salmódia, con las capitales y el número de habitantes, que se presentaban, como tambores bajos, al final de la retahíla. Muchos de nosotros ni habíamos visto nunca nada-de-nada-de-Francia ni nos habíamos parado a pensar en ello, y eso que nos poníamos hasta arriba de harina-francia, de cebolla-francia y de mantequilla blanca cuando conseguíamos sacar algo así de alguna parte.

Man Thimotée y su concubino se pasaban la vida juntándose y dejándose. Mantenían comercios de palabras que no podíamos devanar. Se hablaban con símbolos y con parábolas como si su convivencia estuviera pensada para el relato que de ella hacíamos y sus vidas, si separadas, carecieran ya de molduras.

Voceaba ella: «Soy Brasil en brasa que ha sido brasero con todos los aires. Nadie sabe el calor del vapor en mi piel y en mis continentes».

Interpelaba él: «¡A ver si se altea, señorita! Quieta ahí y *re-te-pe*.⁴ Piense en la China del chiné y en la túnica del mandarín. Soy la divinación y la vida».

Cantaba ella: «Tiraremos de la cuerda en torno a todos los días, ataviados con los adornos del entorno».

Rezaba él: «Haz, Dios mío, que la huella haya hollado, que el mundo haya mandado; y además que el sol se alce y se ponga en esa cuerda».

Man Thimotée vendía *accras*⁵ y *gros-sirop*,⁶ *locchios*,⁷ *mabi* y hierba santa. Su concubino iba a pescar. Imaginaban

4. Estáte en paz.

5. Buñuelos de diversas clases, de bacalao, de calabaza, de calabacín, etc.

6. Azúcar bruto de caña destilado.

7. Dulces de mermelada de coco caramelizada.

los países a lo lejos. Un día los encontraron en su cabaña muertos y con la ropa de los domingos, tendidos en su choza; nunca entendió nadie por qué. Nunca se pueden entender ni la amargura ni la muerte. ¿Fue en 1965, el año en que nació Jérôme? Es lo que llaman en los libros una novela.

Los juncos que se ponen a secar para trenzar los sombreros *bakúa*⁸ y los abanicos caseros, las plantas de cacao de refrescada sombra, las matas de café de ritornelo rosa y pardo, las junturas de las cañas que nos rinden a púas y soles, he aquí sólo un poco de aquel tiempo que no sabíamos y del que no sabíamos que ya nos había atrapado en su lago y sus rocas.

Pues eso a lo que llamaban la Gran Guerra deambulaba a nuestro alrededor. Desde que gritó el mundo, es decir, desde que empezaron a lapidarnos esos vapuleos de rocas, hemos estado haciendo guerras. Grande o colonial, nos usaron de materia prima. Y cuando dices eso, sin más, que has hecho todas esas guerras, en seguida mandan a un individuo a sueldo para que dé órdenes con la cara del acólito o el caracol del transmutado y que te eche en cara: «¡Ah! Así que le gusta hablar de guerras...». Pero nosotros no decidimos. Hicimos, si decirse puede.

Así pues, la Grande evaporaba lo que había alrededor. De forma tal que también nosotros aprendimos a contar como un aparato mecánico: la Ante, la Durante y la Post guerra. Lo que era una forma de reunir en un montón esas rocas de tiempo que rodaban cuesta abajo a nuestro alrededor.

8. Sombrero tradicional de los pescadores de la Martinica.

dor para que, al menos, dejaran de lapidarnos de aquella forma.

La Grande no nos afectaba directamente. Nos rodeó de barcos enormes y tonantes; eran los mericanos, a quienes a veces se podía divisar en el horizonte. Nos dejaban ahí quietos, unos pegados a otros, con nuestras formas de combate agriándose bajo la mirada atenta de los ocupantes: atentos a rapiñar lo poco de comer que había en la comarca para alimentar más de lo poco que se podía a una flota voraz sin excepción alguna. Una extensión de tierra rodeada de mar, es decir, de cruceros y torpederos, te impulsa a imaginar a lo lejos. Aquellos de nosotros que se marchaban a Disidencia, cruzando el Canal de Santa Lucía, al sur, o el de La Dominica, al norte, los Fanon y los Manville y los demás, «en un frágil esquife» con luna muerta, empezaban a caer en la cuenta, nada más haber escapado de las patrullas de Pétain y mucho antes de haber saludado modestamente a los aduaneros y los oficiales portuarios de Roseau o de Castries o de que los izaran a uno de esos barcos enormes, que los países a lo lejos no eran lo que habían supuesto. Quizá sencillamente porque los pescadores que se los llevaban así, de contrabando, nunca les habían dicho que aquel Canal, el del sur o el del norte, resultaría tan duro de cruzar.

La enorme mayoría de quienes nos quedábamos en donde estábamos, encalmados, se moría, pues, de algo que no era del todo hambruna, y, no obstante, encima de montones de cañas de azúcar y, en consecuencia, de azúcar moreno, y encima de cañones y rayos y puede decirse que de ríos de ron, que los *bekés*⁹ acopiaban a la espera de que volvieran a abrir la mar.

9. Criollos oriundos de las Antillas.

Sabido es que el hambre te hace ver a lo lejos. Es decir, cuando no es definitiva, cuando no ha hecho una correría por cuanto vive alrededor y te quedan unos cuantos plátanos verdes, demasiado verdes, hurtados a la voracidad de los marineros y los has enterrado detrás de tu cabaña para eludir las requisas.

Imaginad lo que a la sazón imaginábamos. Un quieto campo de chispas a lo lejos de las tierras, en donde había pueblos que corrían sin perder el resuello, trabajaban sin cansarse, comían sin ver el final; casi ni necesitábamos preguntar a los cuerpos de soldados senegaleses que estaban de guarnición en la comarca para hacernos una idea de cómo era el Senegal, ni hacer preguntas a los suboficiales corsos de las tropas coloniales para atinar con cómo era Córcega. Si un funcionario del Gobierno central dejaba intuir que era de las Cevenas, o si parloteábamos acerca de los mericanos y su país, en que hay tanto aceite, tantas grasas, tanta carne de vaca y, por lo visto, no demasiados cerdos, podíamos abrir el corro y meter en él cuanto quisiéramos a la gente de las Cevenas, y a los mericanos no menos de lo necesario.

Alfonse Patraque¹⁰ (que no hay que confundir con el agente de la policía Alphonse Tigamba) se volvió loco por una mujer fatal de Santa Lucía. Encima de que ya tenía ella la cosa difícil, porque había entrado en la Martinica de tapadillo y con disimulo y se encontraba con un gobierno de Vichy, siendo así que era inglesa de verdad. Llamamos a los de Santa Lucía, blancos y negros, indios y chinos, los ingleses. A Désira no le dio tiempo de organizar su regreso a casa y ahora era tarde, la frenó en seco la llegada de la flota francesa, el *Béarn*, el *Surcouf*, el *Émile Bertin*, que entraron manga por hombro en la Bahía de los Flamencos, huyendo

10. Pachucho.

a la vez de los barcos alemanes y de los torpederos norteamericanos. Y ahora, encima, aquel desorden tremendo en su existencia. Es casi seguro que Alfonse se aprovechó de la situación, unas canciones rápidas, mucha conmoción de palabras, para conseguir lo que pensaba que iba a ser un acoso y derribo sin mayor importancia. Pero, entonces, aquello le explotó dentro del cuerpo y a continuación recorría el espacio en planeador repitiendo únicamente: «*Mézanmi, mézanmi!*»¹¹

Désira aprovechó. Lo obligó, era de lo más sencillo, a organizar un paseo por el Canal de Santa Lucía. Era sencillo; decía: «Prométame que iremos, porque si no esta noche bajo al Puerto». Y él se encogía, gritando: «¡Sí, sí!». Sin embargo, no había pescador que quisiera pasar a esos dos. No tenían bastante dinero en efectivo. Le gritaban a Alfonse: «¿Qué, es cierto que os queréis ir a Disidencia?». Él distilaba: «No, no, no es la llamada de la patria, sino la del Señor de los amores». Agotó todas las posibilidades, barco de vela, tablas de remo, gomeros, yolas, e incluso quizá un velomotor que solía ir y venir entre Marin y Fort-de-France.

¿Qué le había explotado en el cuerpo? Comprendía que la tormenta se había levantado cuando por primera vez, en aquella chabola de pizarras encajadas en unos postes de madera viejos, le puso una mano en el cuerpo a Désira, que rechazó aquella mano porque quería llevar la iniciativa. Alfonse se puso pachucero. Desde entonces llevaba dando vueltas por dentro de sí mismo, buscando qué se había desbordado.

Encontró una balsa grande, de esas que se usaban para pescar *chadrons*,¹² la armó como habría hecho un armador

de verdad o un patrón de pesca de verdad: velas, remos, gobernalle, cobertizo para provisiones. Por entonces, nos sibilaba a modo de confidencia (no había que poner sobre aviso a las autoridades): «Quiero ver el mundo, cómo da vueltas, y cómo nieva y hay hielo, y cómo arde». Y, efectivamente, vio. Después de la travesía del Canal, que fue como un salir por pies de aquel cuerpo crispado entre remos y aparejo, una pugna de gran hombre contra los vientos zombis y las altas olas vampiras, los recibió la policía de Castries, que salió a su encuentro: separaron a Désira de Alfonse, y lo incorporaron al Regimiento de Las Antillas-Guayana, que estaba atrapado en la brecha de Bordeaux (sin que le diese ni tan siquiera tiempo a calibrar o recuperar aquello que tan terriblemente le había latido por dentro), y allí se murió, de un *shrapnell* alemán, diez minutos antes de que la brecha quedase oficialmente cerrada.

Diez años después, conocí a otra Désira, sin que me hubiera sido concedida la gracia de conocer al tormento de Alfonse. Yo me tomaba las cosas como nunca vienen y siempre estaba dispuesto al pluscuamperfecto del futuro. Los hombres siempre tienen miedo, eso es lo que los ampara. Pero no quiero tapar con generalidades lo que sólo a mí pertenecía.

11. Literalmente, «¡Amigos míos!. De hecho, una expresión de sorpresa o enfado.

12. Erizos de mar.

Libro 2

—Ved —dijo ella— la selva de la Amazonia, que se encoge sobre su pueblo y lleva, incansable, la cuenta de los que caen, y de sus árboles desenraizados al tiempo, una vida un árbol, un árbol una vida, abriendo claros. La selva del Zaire, un campo de concentración salpicado de osares, que recorren esqueletos ambulantes. Allí se evaporan, ¿quién podría dar con su polvo? Pensamos en ello, pensamos en ello, pasamos a otra cosa. Decimos que las selvas son el pulmón de la tierra. ¿Y cómo es posible que una selva cubra oscuridades tales? ¿Cómo es que no desajusta esos desajustes de los hombres? ¡Ay! Querría poder deciros que me siento hermosa.

Así hablaba. Porque era capaz de vivir aquí y allí, en varios sitios a la vez, en varios tiempos, ayer, mañana, y por eso asustaba. Nos gusta querer nuestros amores y nuestras certidumbres en un lugar bien forrado de tejidos o de hojas, mimoso. La idea de erranza nos parece de vagantes y mangantes del sentimiento. Ir a hollar por otros lugares nos da miedo porque no nos acosa la necesidad de conquistar y no se nos alcanza por qué hay que ir a divagar de esa forma por doquier. Nuestras imaginerías del mundo nos bastaban, deliraban por nosotros y en nosotros, sin que tuviéramos que ir a ver. Y así era como temía yo sin saberlo a una mujer que podía llevarlo a uno de golpe a lugares precipitados sin que fuera posible desviarse a medio camino. Nosotros, los hombres, intuimos y sentimos, gallos gros-sirop y rácanos de cabaña, que, en esa desdicha que siempre les había tocado en suerte, las mujeres de nuestros países gobernaron la barca del sueño y llevaron las riendas de la rebelión y de la acción y del sufrimiento que se recorre despacio, intentando no tirar demasiado de la rienda. Ése es su poder. Es posible que les guardemos rencor, pero por más que fanfarroneemos, nos conturba mucho.

También le tenemos miedo a lo imprevisible y no sabemos cómo conciliarlo con un posible afán de edificar, es decir, de hacer planos y planes. Hará falta tiempo para aprender esa forma nueva de abrir camino sin mañana, esperándonos lo incierto y aprestándonos para lo sospechable.

Pero las mujeres no temen lo imprevisible.

No tienen licencia para ver ni tocar a los Dioses, pero, mejor que cualquiera que tenga a su cargo el rito, lo presenten. Apuntan a lo lejos y están provistas de profecía; psiquiatras por decirlo en moderno, espías trastornadas de lo impredecible.

Yo había pasado ya por la experiencia del desdoblamiento. Conocí a Oriamé en ese lugar que llamamos el País de antes y que no es, pues no, no lo es, señor mío, Francia, sino las tierras de África.

Vivía en una ciudad cuyo nombre se escabulle, los nombres de las ciudades en aquel tiempo de largo tiempo informaban del cometido del lugar o del color de las murallas o del emplazamiento: de si estaban en las lindes de la selva o si echaban en la sabana los cimientos de sus muros de adobe o de sus torres redondas que se reflejaban en ríos más anchurosos que la mar. Pero la mar estaba lejos y quienes vivían al lado no adivinaban, por la protección de las resacas feroces y las barras inmisericordes, lo que transportaba la mar más allá.

En aquel tiempo de largo tiempo no había tiempo, sólo el que va de la mitad de la noche a la mitad del día.

Decíase que Oriamé la oscura había nacido en una cabaña en donde vivían tres mujeres, en la que una noche pasó la noche un herrero. Engendró al azar de la oscuridad. Es decir, que la madre de Oriamé se diluyó en aquella oscuridad, que no hizo acto de presencia.

El herrero, que no se dignó construir su cabaña por los alrededores, tampoco quiso laborar en las máscaras y las formas de nuestros dioses; es posible que supiera de otros,

más poderosos y bienaventurados. Fabricó herramientas para todos, sin excepción, sin olvidarse del muchacho más joven y que vivía aún en casa de su madre; y se fue, como si de pronto se hubiera muerto, sin dejar tras de sí más que aquel chorreo de hoces y de cuchillones, por no mencionar la huella ya en camino de Oriamé, de la que nada sabía. Se fue, aligerado del peso de los metales que había acarreado hasta nosotros, para volver a la compañía de los antepasados y los dioses con quienes tenía emplazados lugar y fecha, pero fuera de cualquier tiempo conocido, bajo la brazada de un baobab, de una ceiba o de una caoba.

La madre de Oriamé encomendó a su hija al Señor, dueño de todas las vidas, que se llamaba Askia y se sentaba en público en las espaldas de sus esclavos prosternados, hacía correrías por todas las tierras y se encerraba luego en la sala más apartada de sus amplias cabañas. Todos los señores se llaman Askia. En aquel tiempo de largo tiempo aún no sabía nadie, aunque ya faltaba poco para aquello, que los esclavos eran mucho más que esclavos, que eran dinero contante, bienes y riqueza, no se sabía qué era el dinero contado.

Oriamé, hija de un azar de cabaña y encomendada a Askia, el Señor. O también princesa nacida de leyendas tan lejanas y que se niega a entregarse a él. Muere, por obra de un ministro intrigante, arrojada a una sima que rodean palos campeche. No, se la lleva, en una correría, una columna de recogedores de esclavos que se encamina a la mar; y se arroja al fondo de la mar desde el puente del *Rose-Marie*, un barco negrero. El teniente de navío, que quería reservarla para sí, se dijo que había padecido una gran pérdida. En ese mismo instante, dos enclaustrados de la cala, dos enardecidos, dos poseídos, se están pegando por ella,

sin enterarse de que ha saltado por la borda, sin darse cuenta siquiera de que van arrebatados ¿hacia dónde? Esclavos por las cadenas, libres por tanto odio. No, no, jefe Askia, ella me amaba a mí. Claro que yo ni concebía que era africano, África sólo es África de verdad para los demás cuando la conquistan; yo era un errabundo bien dotado para la forma de nuestras máscaras y el jefe Askia no se dignó tomarme en sus regimientos; ni concebía que iba a ser antillano, aclimatado al desdoblamiento y a correr por el tiempo. Ella me amaba a mí, jefe Askia. Pero bien sé que todo esto no es sino engaño y vértigo.

Oriamé, por su destino, no tenía inclinación alguna a amar a nadie, ya fuera señor, ya fuera enamorado.

Después, entré en un cuento de esos que llamáis novela. Más sorprendido de esa entrada que de haber tenido trato, en la lejanía de los tiempos, con una princesa considerada oscura. Un cuento, un mundo virtual por tanto. Vivía en él ateniéndome a leyes apenas descifrables. Imperaba la velocidad salvaje. En cada instante, curvas insensatas en las encrucijadas y en los cruces abrían espacios insondables. Los colores se rompían en pedazos, pero injuriaban así sus lenguajes. El tiempo de vivir coincidía con el de morir. El instante seguía siendo idéntico a la duración.

Dentro de esa misma vacilación, zarandeo otra vida, supuestamente real. Soy, quizá, «ese que halla su cometido en la contemplación de una piedra verde», como dice el poeta de L'Îlet-les-Feuilles.¹³ Y por eso soy un vacante. Un impelido. Llevo adelante el día, cumple con mi tarea. Marie Celat y yo vivimos juntos, de casamientos nada, no digáis

que repito historias ya contadas. ¡Con toda la energía que se necesita para explorar una única historia! Nunca hay una historia única. La verdad es que descubro hasta qué punto la vida que llaman real va mezclada con la virtualidad del cuento, o de la novela. El cuento cuenta, aunque de forma muy elíptica, la vida-y-muerte de nuestros dos hijos, Patrice y Odono. Al cuentista le pareció oportuno hacer público lo que, por lo demás, todos saben en la isla. No deja de ser cierto que me mató en un momento de esa relación suya, o casi. Experiencia vivificante. Que los tiempos del cuento se mezclen así con los tiempos de la vida es el mejor camino para quedarse a no mucho tardar en suspenso en medio del claro de una selva. El claro no es el nombre que se da a un sol radiante tras la lluvia, sino un calvero en que, a veces, hace malo. Patrice se estrelló, un accidente, motocicleta contra camión. Odono quedó atrapado entre dos aguas de la mar, que dividía una corriente. O, si a mano viene, fue al revés, a veces confundo las circunstancias y las revuelvo. Como si el agua primordial y la técnica brutal se hubieran puesto de acuerdo para interrumpir la huella de la filiación.

Lo que sigue siendo cierto es que comparto este dolor (más terrible que si me afectase sólo a mí) con Marie Celat, a quien todo el mundo llama aquí Mycéa. Mycéa es la más peligrosa de las profetisas. Toda esta vacilación del mundo que se nos está preparando, y también ese dilatado hoyo blanco del que salimos, los ha convertido en pretexto para su existencia. Si no temiera caer en el peor sentido posible de los lugares comunes, diría que Marie Celat es un avatar, quizá remate sagrado, o quizá rematadamente maldito, de Oriamé. No le queda más remedio que arrojarse una y otra vez a la sima o al fondo de la mar. Se dice a sí misma que esa inclinación fue la única que legó a sus hijos, que siguieron por esa cuesta abajo casi enseguida, hasta consumarla

13. Saint-John Perse.

en la muerte en bruto. Y yo me digo –¡y en cuántas ocasiones!–: Qué me importa la filiación; lo que yo quiero son mis hijos.

¿Eso es para nosotros el tiempo? ¿Esa duplicación, de Oriamé a Mycéa? La misma forma de enarcar el cuerpo, pero con los pies bien metidos en la tierra, el mismo leve desdén del labio cuando nos grita, manga por hombro, parlamentos tan implacablemente organizados. La misma belleza negra y roja, salpicada de sombras violeta, que se ignora rabiosamente a sí misma y se niega a que nadie la reconozca.

Que nadie me diga que busqué a Oriamé en Mycéa, otra necesidad. Ninguna medida absoluta de dolor se parece a otra medida absoluta de dolor. ¿Buscan las mujeres en el hombre con quien tienen trato el reflejo del que estaba ayer en ese lugar? ¿Me sería dado decir que Mycéa me conoció en la vida del País de antes? En verdad que mi vida del cuento fue a coincidir con mi vida; el único recurso que pude hallar contra ese sueño fue poner en preceptos y fórmulas esa ambigüedad, raspar y escardar todo el entorno; y que esa escritura me preserve (los aderezos de la lengua que aplico y sirven, así, de barrera) de escuchar lo que se mueve por debajo.

Los hay que no son capaces de imaginar el mundo; se agarran la cabeza, pero el mundo no brota de ella para verteles ante los ojos. Y en cuanto a quienes lo piensan con dolor, también lo meten, sin remisión, en esas fórmulas que uso yo, por esa misma sinrazón de que no sabemos cómo tomarlo. Gobierna nuestro lugar, nuestro relato, nuestra erranza.

1. El Lugar. Es inevitable, porque no se lo puede sustituir, ni, por lo demás, recorrerlo entero.

Pero si queréis disfrutar en ese lugar que os cupo en suerte, pensad que a partir de ahora todos los lugares del mundo coinciden, hasta los espacios siderales.

Dejad ya de proyectar hacia otra parte lo que de incontrolable tiene el lugar vuestro.

Concebí la extensión y su misterio, tan abordable. No dejéis vuestra orilla para un viaje de descubrimiento o de conquista.

Dejadle rienda suelta al viaje.

O, mejor, dejad la otra parte y volved hacia aquí, en donde se abren vuestra casa y vuestro manantial.

Perseguid lo imaginario, no menos de lo que circuláis con los medios más rápidos o más confortables de locomoción. Plantad especies desconocidas en tierras dilatadas, haced que se junten las montañas.

Bajad a los volcanes y las miserias, visibles e invisibles.

Que no se os ocurra creer en vuestra unicidad, ni que es vuestra fábula la mejor, o vuestra palabra la más sonora.

– Y entonces vendrás a dar en lo siguiente, que es muy rotundamente sabido: *que el lugar lo hacen crecer tanto su centro irreductible cuanto sus incalculables lindes.*

2. «*¡Basta ya de lamenti! Atrevámonos a ir a más. ¡Bajemos el cielo a nuestro presente, metámoslo en el mañana! Abondemos en estos sufrimientos de ahora para prever los que habrán de llegar.*»

Estoy de acuerdo. ¡Ah, sí! De acuerdo. Pero cuidemos de que el relato no nos lo entorpezca quizá ese hilo tejido para nosotros. No mordamos el cebo de esa hilera. Los relatos del mundo van en corro, no se atienen a una hilera, son impertinentes por tantos aientos, cuya fuente es insospechada. Se van para todos lados. ¡Girad con ellos!

En lo referido a nosotros, nos enseñaron a contar: una historia. A consentir en la Historia. A dorarnos con el resplandor de su estilo, que tomamos por nuestro. Pero el cuento no cuenta una historia, el cuento no lleva cuenta de las desdichas, el cuento rueda hacia el manantial oculto de los sufrimientos y las opresiones y estalla en júbilo, en gozos desconocidos, oscuros quizá.

Eso que llamaríais nuestros relatos, ah, son, si a mano viene, hondas respiraciones sin principio ni fin, en las que se ovillan los tiempos. Los tiempos difractados. Nuestros relatos son melopeas, tratados de gayo hablar, y mapas geográficos, y gustosas profecías, a las que les da lo mismo cumplirse que no.

O, quizá, nuestros relatos, esas cortezas, esculpidas al desgaire, de *mahogani*¹⁴ y del tan antiguo árbol de Júpiter, en que se reconocen, igual que en un carnet, los ojos, la frente, la nariz, la boca, la barbilla de un negro cimarrón.

3. La erranza, es eso mismo que nos permite afincarnos. Dar de lado esas lecciones de cosas que tanta tendencia tenemos a predicar, renunciar a ese tono sentencioso con que acompañamos nuestras dudas –yo el primero– o nuestras oratorias, e ir por fin a la deriva.

¿Derivar hacia qué? Hacia la fijeza del movimiento del Todo-mundo. Hacia esas rayuelas trágicas, endiabladas, sensatas o bienaventuradas a las que jugamos y cuyos horizontes no coinciden con sus rayas.

La erranza nos otorga atar amarras en esa deriva que no se extravía.

La idea de la erranza deshorna lo imaginario, nos lanza lejos de esta caverna hecha prisión en donde estábamos apiñados, que es la cala o el cayo de la sedicentemente poderosa unicidad. ¡Somos de mayor magnitud, por todas las variantes! Y por esa absurdidad, en donde, sin embargo, imagino.

Entonces, paseando la vista por doquier, por cuanto hay alrededor, sólo tenemos constancia de desastre. Lo imposible, la denegación. Pero esta mar que estalla, el Caribe, y todas las islas del mundo, son criollas, imprevisibles. Y todos los continentes, cuyas costas son incalculables.

14. Caoba.

¿Qué viaje es este que encierra su fin en sí mismo? ¿Qué va a tropezar en un fin?

Ni el siendo ni la erranza tienen término, el cambio es su permanencia, ¡ah! Siguen adelante.

Libro 3

¿Os preguntáis por qué voy así, al bies, pasando de esas sentencias bien enhebradas a todo tipo de jeribeques de palabras? ¿Y por qué además esta acrobacia de las épocas, Oriamé, Mycéa, Désira? Estoy impregnado de paisajes, es el único cobijo que puedo aportar. Ocultos bajo el agua del río, relumbrantes en las aceras de las ciudades, dormidos en el verde de hierba y de árbol, centelleantes en el espejo de las sales o las arenas, atormentados en secreto, los que realzan su cielo, los que nombran la profundidad.

El tiempo es un paisaje, y otro más, a medida que caminamos. Entramos en las edades y en ellas vivís más de lo deseado. Las mujeres hacen paisaje. Y, si una mujer cambia y se va, es porque para ella también somos un paisaje y para ella, igual que para vosotros, los países llaman. En este lugar en donde vivimos dicen que es algo cultural. Un mestizaje de hombres y mujeres, de edades que van cayendo, de horizontes que se mueven.

Y, no obstante, son muchos los que no lo comprenden. Son prudentes como una zarigüeya rastreadora. Se agrupan para suscitar el mundo, y no pueden. Para casar los paisajes, y no pueden. Para elegir a todas las mujeres, y no pueden.

¿Cómo iban a saber gritar la voz? Entre tanto desorden y tanta energía, ¿qué historia escoger para contarla? Es ilusorio pensar en tomar esa diagonal y llegar así hasta el final. Queda pendiente el recitado de lo que se estremece en torno.

Pero, al parecer, ya no hay ni que imaginar. Contamos con todas esas televisiones y esas radios y esos periódicos. Que nos refieren la supuesta novela de lo que existe. Y seguimos adelante hasta confundir guerra con guerra. No hay paz. El instante no ha coincidido con la duración, ha explotado dentro de ella. Hay que hurtarse a esa identidad. Hay que afanarse en las profundidades.

1. No es distraer la identidad poner en entredicho lo idéntico.

Nos fijamos en cómo antiguos señores, que se han vuelto señores del pensamiento, se complacen en la palabra de su grey, que antes fue de siervos y tributarios, cuando esa palabra se cierra valerosamente sobre sí misma y da el tono de la autenticidad supuestamente primordial.

Argumentad, con valentía no menor, que valoráis no vuestro ser, sino vuestro permanecer. Eso que os lleva airos lejos. No temáis que os acusen de bregar como intelectuales. De todas formas lo harán. Porque temen que lo seáis.

Comparten, el ex señor y el ex oprimido, la creencia de que la identidad es tocón, y que el tocón es único, y que debe reafirmarse más aún en cada vacilación.

Id al encuentro de todo eso. ¡Id!

Haced que explote esa roca. Recoged los pedazos y repartidlos por la extensión.

Nuestras identidades van tomando el relevo, y así caen en vana pretensión esas jerarquías ocultas, o que obligan por subrepción a aguantar bajo el elogio. No os avengáis a esas maniobras de lo idéntico.

Abrid al mundo el campo de vuestra identidad.

2. ¡Ay! Tememos ir a los profundos.

Los profundos, para nosotros, son mangles y manglar.
Pero sabemos que no es lo mismo.

Los mangles: el agua y la tierra en sus lindes, en donde antes vivimos. Los cangrejos criollos, cangrejos de las profundidades. Los combates de machigatas (*las gatas cimarronas*) y la madera de vetiver. No eran un conflicto los manglares. Nos volvía locos ir a vagabundear por allí (pero exponiéndote a la zurra que te tenía reservada Marie-Euphémie al volver; era el precio de ir a contrapelo). Prendíamos entre los mangles, sin pretenderlo. Espacio oscuro, intrincado, atiborrado de enramadas de raíces rojas, empezaba en el cementerio y se tragaba la orilla del agua amarilla injertada en el agua azul, hasta la desembocadura del Río Salado. Allí veíamos el mundo: esos posibles que habíamos levantado con la mirada.

El manglar son los mangles, pero cuando ya estamos separados de ellos, porque ya nos hemos adueñado de ellos. Son el mismo ámbito y las mismas especies, pero enrarecidas. Sigue el mismo olor a barro oxidado, a desperdicios orgánicos, sigue ese mismo latido de agua calentándose. Recorremos el manglar, abrimos en él pistas y carreteras. Lo removemos con excavaciones y lo volvemos a cerrar. Intentamos, aunque en vano, alcanzar

sus profundidades. Se ha retirado tras su misterio de basuras.

El manglar son los mangles cuando ya han pasado por nuestras despreocupadas manos.

Olas, resacas

A orillas del río Mississippi, frente a la plaza principal de la ciudad, allegados enseguida a la luz y al ruido, como de lugar familiar, pasamos por entre las tramas de turistas, las calesas, los puestos de pinturas, los acentos lejanos y perdidos, las melodías de Café, de las que no se sabe si son jazz o, más probablemente, estribillos machacones que se cierran sobre el pasado, claves sonoras del recuerdo.

La melopea chillona del *Natchez* anuncia una próxima salida. Este barco de ruedas, lo más convencional que darse pueda, hace un recorrido por el puerto de Nueva Orleáns. Cuesta imaginar que un juego de órgano pueda llegar a ser tan agrio. Probamos en una ocasión ese paseo por el río y padecimos su hastío y su dulce ocio. Hay poco que ver: los largos convoyes de barcazas entre los esqueletos de las Fábricas.

Este puerto fluvial carece por completo de la extrañeza de los puertos de mar. No es menos cautivador. Sorprender ese no sé qué en el aire, que nos mantiene en suspenso.

Una pregunta del mundo recorre ese aire, vuela en inglés, en francés, en todas las lenguas de los turistas: ¿Quién ha salido en las elecciones de Sudáfrica?

Olas

Todo estalla, todo ruido, y se reanuda su ventada. Todo se extravía y baja, para subir una vez más con ese viento. No es todo sino asalto, vértigo y, en marcha atrás, este tiempo. ¡Campos y cerro y barranco, montes y *cohées*!¹⁵ Una persona que os desafía con pasión: un paisaje. Un manantial encarcelado, un delta todo enfangado. Y, luego, el grito y la palabra en el instante y en la duración. Todo es para mí estaciones en ritmos, que llevo hasta Estación única. Me noto entonces el hijo junto y el forastero. En la lengua en que grito, mi lenguaje chirría a ráfagas. Dulces brazos de río se han callado. Hay historias que deshacen la Historia. ¡Todo es para mí ola, contada! Todo es para mí Béluse y es para mí Longoué, que el viento llegue a lo más bajo. La ola es una resaca que pierde los estribos de tanto dar vueltas.

15. El autor se refiere en su última obra, *La Cohée du Lamentin (Poétique V)*, Gallimard, 2005, a la palabra *cohée*, que sólo existe en Le Lamentin, y nombra una bahía pequeña.

El nombre de Mathieu

Hay también una Italia en el mundo de la luna. Con sus dilatadas comarcas, un Norte que brigadea a un Sur, ciudades engastadas, paisajes pintados, lenguas multiplicadas. Allí propuso, y está recogido en *La intención poética* y según el poeta de las Barbados Edward Kamau Braithwaite, que en el Caribe «la unidad es submarina». Alusión a la Trata, lugar común de los pueblos caribeños, y a los africanos a los que arrojaban a la mar, lastrados con balas de cañón, desde los puentes de los barcos negreros. Este «enterramiento» de la unidad revela e indica que la relación entre los componentes de la unidad caribeña no es sólo racional o lógica sino, ante todo, subliminal, por descubrir, en constante transformación. Para expresar esto, que compartimos los multilingües, importa aquí el lenguaje, que desvía los límites de las lenguas usadas.

Estos nombres en que residó se organizan en archipiélagos. Titubean en los filos de no sé qué densidad que es quizá una quebradura; andan burla burlando con cualquier interpelación, que sobrepasan infinitamente; van a la deriva y se encuentran, sin que yo caiga en la cuenta de ello.

Me entregaron a Mathieu en depósito para el bautismo (el día de ese santo, el 21 de septiembre), quedó luego abandonado en el hábito y las afanosas tareas de la infancia, volví a tomarlo (o lo tomó un personaje exigente, Béluse) de la imaginería; y se injertó, por fin o por vuelta a empezar, en Mathieu Glissant, quien no es consciente —tras Barbara y Pascal y Jérôme y Olivier, y, además, en este año de 1996, tiene siete años justos— de ese largo convoy de carretas en que ha ido errante su nombre.

Supuse tiempo ha que el apellido Glissant, asignado sin duda, como la mayoría de los patronímicos antillanos, era el insolente revés del apellido de un colono, Senglis por lo tanto. El revés de los nombres quiere decir algo.

Llevamos dentro el instinto de la ilegitimidad, que es aquí, en las Antillas, una derivación de la familia prolongada hasta África, instinto que reprimen toda clase de normativas oficiales, entre las que las ventajas de la Seguridad Social no son las menos eficaces. Me llamo Glissant desde

la edad de nueve años más o menos, cuando mi padre me «reconoció». Incluso hoy en día, hay condiscípulos del tercer curso de la enseñanza primaria, con los que coincido, por un milagro del tiempo, en el aeropuerto de Lamentin, quienes para dirigirse a mí usan el apellido que llevaba a la sazón y que no es necesario recordar. Cada vez quedan menos compañeros de aquellas clases de los pequeños, y aquel apellido (que es el de mi madre) dejará de ser de curso legal, por lo que a mí se refiere –arranque de identidad o comienzo de desperdigamiento–, cuando esos compañeros de hace tanto tiempo desaparezcan, y yo con ellos. Mi madre ha muerto, se la llevó la esperanza. Debemos dejar morir en nosotros los nombres que mueven a melancolía.

Mi nombre de vecindario también se irá, ese nombre cómplice que era sólo para los amigos que así lo habían decidido. Era «Gobdi», y contábamos con algunos Apocal, Babesapin, Tikilic y Totol, Macaron, Chine y Sonderlo. El único de la pandilla que no cambió de nombre fue Prisca: ya era de por sí bastante sorprendente que un chico «llevase» ese nombre de chica.

«Marie Celat se burla de nuestras manías de ponerle motes a todo; y, aunque aceptaba los disfraces de los nombres individuales, en cuya creación hacíamos gala de una imaginación tan funcional, precisa, sutil e irracional (aún hoy en nuestras filas de grandullones con más de cincuenta años, dignatarios de logias masónicas, políticos electos, poetas que han ido a dar a otra parte o funcionarios bien asentados, hay quienes de verdad –en la vida y no en el cuento– se llaman [para los demás] Apocal o Babesapin [con o sin e] o

Tikilic –Tilik, o Atikil o Atikilik, es la misma persona– o Godby [Godbi] o Totol, también conocido por Potolé; y sólo Prisca se libró de este hábito de las dispersiones porque su nombre de pila, femenino, fijo e invariable, se bastaba para hacer las veces de mote), rechazaba tajantemente que no llamásemos zarigüeya a una zarigüeya, y Lamentin a Lamentin.»

(La cabaña del comendador)

Unos motes que habíamos barroquizado, decidido y aceptado, pues tejían un pacto muy secreto, pero que el curso ordinario de la vida se había llevado. Ni la complicidad ni el pacto son ostentosos. Hay por todo el mundo barrios desheredados de las grandes ciudades, pistas para cruzarse en silencio por la selva haciendo apenas una seña contenida de la mano, aldeas incubadas para los ramajes, hondas extensiones de desierto vivo. Nos bañábamos en el Lézarde, que no es ya sino una línea podrida de agua amarilla, jaspeada de plásticos y desperdicios («El Lézarde como un hilillo de barro que corre a lo largo de la pista de aterrizaje», *Ibidem*); nos pasábamos bailando sin parar los tres días y las tres noches de Carnaval, nos dejábamos el resuello en los poemas y nos documentábamos a toda velocidad acerca de los sindicatos agrícolas.

Llevo en mí tantos nombres y tantos países que en el nombre mío se expresan. Así me lo enseñó Marie Celat, que divagó por nuestras historias como un animal abandonado. Los nombres van errantes por nosotros; es también posible que llevemos muchos guardados por dentro, en reserva: uno para la llanura, uno para el archipiélago, uno para dejar huella y otro para el desierto. El corro de los nombres

se armoniza con el desfilar de los paisajes. Se va cuesta abajo por ellos o se sigue despacio su fluir. Acumulan tierras y mares en torno, de los que nunca sabemos si vamos a hundirnos en ellos para descansar o si, de repente, no podremos ensamblarlos, errabundos o abiertos, con tantas arenas y tantos ríos a lo lejos.

Filiación y legitimidad tejieron la tela de la duración. Garantizaron que no viniera ninguna discontinuidad a romper la certidumbre o corromper la creencia. Dispusieron el derecho sobre el territorio. La tragedia residía en esos momentos en que las amenazaban, desde dentro o desde fuera, las culpas de sus adeptos o las empresas de los usurpadores. Lo refieren los poemas épicos y los cantos trágicos. Pero ¿qué hacer a partir de ahora? El territorio del poder es invisible y no depende de ninguna relación particular con una tierra, un suelo, un hogar. Es posible conquistar un lugar sin ocuparlo. Es lo que se llama un trato. Las hijas están en Bamako cuando las madres están en Río. Los padres aconsejan a los hijos por correo electrónico. La tierra de la comunidad es un colmo de erranza en que a veces nos llevamos la casa puesta, como un vagón. No obstante, la mayoría se obstina en esa legitimidad que aún conjeturan que les garantiza un privilegio. Puede suponerse, por ejemplo, que una de las carencias de los sistemas democráticos viene de que todos los electos, prevaleciéndose de su adquirida legitimidad, caen, por un fatal encantamiento, en la arrogancia y la suficiencia, pues no alcanzan a concebir que la legitimidad pueda ser temporal. Estados, religiones, doctrinas, naciones, tribus, clanes y familias erigen su irreductible encercamiento sobre esa convicción.

Me escribe una lectora que no tiene mi obra acerca de Faulkner y su condado de Yoknapatawpha, pero a quien

asombra que me haya interesado por ese rinconcillo cerril del Mississippi, o algo por el estilo. La obra no precisa que la defienda nadie y sería ridículo que lo intentara yo. Pero sí quiero contestar que William Faulkner, al poner en entredicho la legitimidad de ese lugar encerrado, al mostrar sus perversiones de filiación, lo abrió a la dimensión del mundo.

El concepto se presenta cerrado y abierto, misteriosamente.

Con las ideas de sistema cuanto es apertura queda abolido en el concepto.

La idea de la huella ratifica el concepto como impulso, lo relata: lo convierte en recitativo, lo sitúa en relación, le canta relatividad.

Resacas

Los cipreses comidos de epifitas, erguidos en el agua de un brazo de río de Luisiana; los helechos gigantes aplomando el despeñadero de la carretera de La Tracée en la Martinica; la marea de vegetación de Tikal, en Guatemala, en donde los trirremes de las pirámides de los templos levan, con sus tramos de escaleras como otros tantos remos que aguardan; la patética vigía de las palmeras, siguiendo la línea de los cerros de Santiago de Cuba; las aberturas de huellas entre las cañas que nos apresan todo alrededor; las fallas roncas de los barrancos enterrados o de los amplios cañones abandonados bajo el cielo; la mancha amarilla de los manglares tremolando el azul esmeralda de la mar junto a la ciudad de Pointe-à-Pitre, en Guadalupe; los fustes insondables de la lluvia guayanesa balizando desde siempre su selva caótica; los ríos desbordados arrastrando la tierra, Mississippi y Amazonas, y también los diminutos ríos extintos bajo las rocas secas; y las cataratas cuajadas en su violencia infinita, El Salto del Ángel, o secretamente ínfimas bajo el orín de los tiempos: los paisajes de las Américas son apertura, desmesura, una forma de irrumpir en los espacios. Las historias de los pueblos se enganchan a ellos y perfilan monumentos que la energía que sube de la tierra mueve y cambia infinitamente.

Escribimos en presencia de todas las lenguas del mundo.

Las compartimos sin conocerlas, las convidamos a la lengua que usamos. La lengua no es ya el espejo de ser alguno. Las lenguas son nuestros paisajes, que la subida del día altera en nosotros.

Enemigos de la estandarización, de la trivialización, de la opresión lingüística, de la limitación a las jerigonzas universales. Pero sabiendo ya que no se salva a una lengua dejando que perezcan las demás.

Pues con toda lengua que desaparece se borra para siempre una parte de la imaginería humana: una parte de selva, de sabana o de las aceras fantosas.

El sabor de los platos metálicos, el gusto de la comida. El precio del hambre.

La imaginería irradia y se rehace en el enredo del Todo-mundo. El enredamiento de las lenguas, a su vez, nos lo torna legible esa lengua que usamos: nuestro uso de la lengua no puede ser ya monolingüe.

Si la lengua francesa me la hubieran propuesto o impuesto (cierto es que lo intentaron) como la única vivencia de su único ámbito tradicional, yo no hubiera podido

ejercer en ella. A una lengua la enaltece el hecho de permitir que le vayamos dejando la huella de nuestro lenguaje: la poética de nuestra relación con las palabras.

Y, asimismo, a una lengua heteróclita como la criolla no se la puede defender con la pauta atávica de la unicidad o del encerramiento. La unicidad cerrada es en la actualidad una amenaza para la tramazón de las lenguas, y es la trama de lo Diverso lo que las sostiene.

Un lenguaje es, ante todo, eso: el trato insensato con lo orgánico, con las especificidades de una lengua y, al tiempo, su intransigente apertura a la Relación.

(La resaca es repetición que, sin tregua, se desgarra.)

Y, ciertamente, lo que no se nos olvida es futuro para siempre. Esperamos un ciclón, año tras año, en esa procesión escuetamente archivada de nuestras catástrofes. Sabemos que llegará, pero ¿por dónde? ¿Y cuándo? ¿Otra vez sobre Guadalupe? ¿Sobre la Dominica? Los huracanes crecen en lo hondo del Atlántico, avanzan dando vueltas, pasan por entre nosotros, pasan sobre nosotros. ¿Quién va a ser esta vez la víctima, oh madre Caribe? Siempre el viento desviador, la selva extraviada, el volcán de voces vomitadas, el terremoto que deja devastada la tierra negra con sus ráfagas volanderas de tierra roja. Nos abastecemos de esa desmesura y nos reforzamos con esa violencia sin saberlo. Esta custodia nos salvaguarda de las certidumbres que limitan.

El tiempo del otro

Se considera que la medida responde a una búsqueda de la profundidad: una de las vías en la persecución de la esencia de las cosas, una regulación de la persecución de lo Verdadero. La escritura de las lenguas europeas, y en particular de la lengua francesa, lo admite: arquitectura en donde, como en la nave de un recinto sagrado, alzamos nuestro canto hacia una presencia que no podemos alcanzar. Esa medida, paradigmáticamente, es de cabo a rabo un ordenamiento, una métrica. La disposición de una cadencia, que es una norma fijada de antemano, hace aflorar y expresa el misterio o la profundidad. La métrica y la prosodia son obstáculos tutelares.

Se considera también la medida como el eco del alentar humano. No ya la búsqueda de la profundidad, sino la inspiración de la extensión. Esa medida nos hace derivar hacia el pleno (o hacia el plano) del mundo, relacionándolo con nuestro punto de referencia ya establecido.

En el comienzo del tiempo «universal» occidental

La Edad Media europea es fascinante; no sólo porque Occidente nos haya impuesto durante mucho tiempo modelos, a todos o a casi todos, antes de que el movimiento de las historias de los pueblos depositara en nosotros el precipitado de otras formas de conocimiento. Hay en ella alba y noche, y ese momento indistinto en que todas las cosas parecían vacilar al filo de su singularidad, cautivado y turbio.

Medianoche-mediodía. Una era de desmembramiento que es también un comienzo de los tiempos. Propicio para la vigilia lúcida y no menos para la siesta atormentada.

Podemos caer en la tentación de compararlo con otras épocas, con aquello que nos parece conocer, aunque muy por encima, cierto es, de las diferentes áreas culturales del globo. Edades llamadas oscuras, períodos de renacimiento, eras de clasicismo, tiempos de mutación y revolución: tenemos tendencia a volvemos a encontrar en otros sitios con ese movimiento de las historias europeas que ha incidido en el mundo entero. Nos parece que nos aproximamos así, al mismo tiempo, a un misterio y a su resolución. Bajo la influencia de la tremenda persuasión del tiempo lineal occidental, concebido en esa penumbra, tiempo que tenemos tendencia a considerar una resultante definitiva, llegamos casi, en el trato que mantenemos con esa época, a comportamientos y formulaciones de aprendices de brujo, pues tenemos el convencimiento de que la vemos cómodamente desde las alturas y, como sucede con las ciencias modernas

del caos, nos hacemos cargo de sus móviles principales. Y esas ilusiones las subrayamos con una exposición de nuestros conocimientos, de inocente pedantería, que no puede por menos, naturalmente, de irritar a quien sea especialista en la materia.

Más que cualquier otra razón, ese desorden aparente que nos parece que trastorna la Edad Media europea es la causa de que la comparemos con nuestro tiempo (con nuestros tiempos). Los pueblos y las gentes de hoy, que tuvieron el privilegio de fijarse detenidamente en el paso veloz de las épocas y meditar su «unión» en una mezcla planetaria, tienen quizás la sensación de que tras ese desmembramiento de nuestro mundo vendrá otro comienzo. El misterio, su resolución. Esa esperanza, de inspiración teológica, ha convertido la Edad Media en valioso tema de meditación.

Lo primero, por su multiplicidad. Por ejemplo, la de los centros o focos culturales. Podrían agruparse los principales: el Centro flamenco y nórdico, en el que prevalece la tendencia al conocimiento místico; el Centro celta, insular y continental, en donde los antiguos Dioses y los antiguos poderes desaparecen y renacen sin cesar; el Centro occitano, forjador de fecundas herejías; el Centro provenzal e ítalo-lombardo, que magnifica la alegoría y lleva el júbilo de la representación del mundo; el Centro normando y de Île-de-France, cuya irradiación llega hasta Inglaterra (y a la inversa) y en donde tardaron muy poco en confirmarse esos intentos de síntesis y superación que acabarán en suntuosos autocentrismos.

Esos focos se influyen mutuamente o luchan entre sí y no tardan en saber del secreto de los encuentros con otras sedes del pensamiento: la antigua (griega o romana), la hebrea, la árabe, y consienten en seguir su magisterio. La diversidad, al principio, no cae en la autarquía, las luces de

la cultura no se aíslan en fatuidades sectarias, al menos todavía no. Al llegar el *viraje* de la Edad Media, tras quedar resuelto el sordo conflicto que latía en aquella época (entre los desvíos de derrotero del pensamiento y el pensamiento propio del sistema), es cuando toda esa constelación naufraga en Único, escoltando, por una parte, la constitución de naciones antagonistas, pero que poco a poco van concibiendo a tenor del mismo modelo racionalizador, y, por otra, el advenimiento de una universalidad de creencias que se encumbrará a no mucho tardar hasta la creencia hecha universo.

Dos constantes favorecieron la precipitación, en el crisol de esa época, del torbellino de contrarios que, atrayéndose como imanes o repeliéndose, iban a «producir materia universal». En lo tocante a la ciencia del Ser: la influencia de Oriente Próximo, más oculta o demorada que la de Grecia y Bizancio. La necesidad técnica, fruto de la intensa ola de inventos prácticos de la Edad Media, que anticipa, con las primeras propuestas de experimentación (las de Roger Bacon, por ejemplo), una ciencia del mundo.

El crisol, la universalidad de la creencia, la fuerza que mueve ese juego de contrarios, es la Fe. Y tanto es así que Gustave Cohen pudo hacer, al respecto, el siguiente resumen:

«Todo se considera allí [es decir, en la Edad Media] desde el punto de vista de lo Universal, de lo Infinito y de Dios, de forma tal que cualquier objeto de apercepción se muestra como reflejo del Cosmos. Tal es la principal grandeza de esa época.»

¿Hay certidumbre de que sea de recibo ese indiferenciamiento entre el Universo, Dios, lo Infinito y el Cosmos? Dios «representa» para la Edad Media la respuesta supre-

ma a lo imposible o lo desconocido del Infinito y del Cosmos. Dice san Anselmo en el siglo XI: «*credo ut intelligam*», «creo para entender», que no queda lejos de «creo porque entiendo» y torna más racional el «*nisi credideritis non intelligetis*» de Isaías, que hizo suyo en el siglo IX Juan Escoto, también llamado Erígena.

Pero no hay frase que oponga mejor que la de san Anselmo ese intento de racionalidad cristiana, que culmina en la Suma de Alberto Magno y santo Tomás de Aquino, a las tentaciones del pensamiento de lo Infinito y el Cosmos que, por esa misma época, recorrió caminos más oscuros, desviados y, las más veces, prohibidos. Los no creyentes escasean, pero esa forma de accesión al conocimiento por la fe sigue en pie. Puede haber, por ejemplo, quien prefiera a los luminosos misterios de lo inteligible la inefable experiencia de la intuición mística. O el adusto porte del pensamiento que se niega a «entender» lo incognoscible dentro de un sistema de sosegadoras transparencias y prefiere enfrentarse con lo imposible. No existen ateos, existen heréticos.

Experiencias místicas y aproximaciones conocientes («sumandas») vienen a coincidir en la misma búsqueda de un *conocimiento total* y, en este sentido, puede decirse que Raimundo Lulio (el autor del *Libro de amigo y amado*) no contradice a santo Tomás de Aquino. Pero esa apuesta por una forma, y a no mucho tardar una naturaleza, del conocimiento fue crucial y redundó, en influencia y orientación, en ese compendio de culturas que dominaron el mundo. El hallazgo personal o extático declinó ante los compendios racionalizadores y, más adelante, la generalización absoluta del pensamiento propio del sistema, Descartes o Leibniz. *Lo que Occidente exportó por el mundo no fueron sus herejías, sino sus sistemas de pensamiento, su pensamiento de sistema.* El empirismo inglés, Locke o Hume, pese a su

empecinamiento en rechazar las generalizaciones del pensamiento, no por ello fue en menos grado una generalización de otro tipo, un sistema suficiente que también contribuyó al retroceso de la ardiente y tumultuosa batalla campal de la Edad Media.

Dos talantes, dos evoluciones opuestas, dos extremos en la búsqueda del conocimiento: la Edad Media fue el escenario de su enfrentamiento y, cuando venció el pensamiento hecho sistema, lo Universal, cristiano primero y racionalista más adelante, se propagó como fruto específico de Occidente, e incluso después de que éste hubiera aprestado eso que Nietzsche llamó la muerte de Dios.

Lo que resultó único en aquella época fue el hecho de haber sido el teatro de una prolongada controversia, de haber vivido la angustia de una disputa tan decisiva, de una incertidumbre tal que se le hizo gehena al ser, y de haber intentado, en primera instancia, proponer una respuesta deslumbradora, solar y lunar, totalizadora, la de las herejías, esa que se oponía a la generalización, a las Sumas, al pensamiento de sistema.

El aspecto febril y jadeante de la fe medieval, y también las aberraciones inhumanas, participan en esta jugada cuyos avatares aunaban exigencia de creencia y exigencia de obediencia, la herejía heroica y la Inquisición, la tolerancia y las Cruzadas, el magisterio de los judíos y los pogromos, la medicina o la filosofía árabes y el racismo antisarraceno, el prerracionalismo tomista y la sombría penitencia cátara, las turbulencias feudales y la búsqueda del orden monárquico, los partidarios del papa y los sometidos al emperador, la escolástica y el saber nocturno.

Bárbara y tenebrosa, o mística y febril, o prerracionalista y soñadoramente limpida, a tenor del lugar común que nos hayamos fabricado e impuesto, la fe medieval sigue siendo el desvío por el que esas culturas, pasando por matanzas y malas muertes, se esforzaron por garantizar un progreso, o la salvación sin más, del individuo, intentando que alcancase la categoría de ser humano. Por eso le dio esa fe un lugar excepcional a Jesucristo, que se hizo hombre, y a su madre sin pecado, la Virgen. La individuación es un misterio primordial, y la individuación crítica franqueaba el camino a la generalidad. Y sólo ella podía hacerlo. Si en Cristo se contiene al hombre entero, a un tiempo carne, alma y mente, entonces lo universal puede despegar. Aún hoy las culturas occidentales poseen simultáneamente la generalidad de lo Universal y la dignidad del ser humano, pese a tantas y tantas concusiones, opresiones y abusos con que sus sociedades han agobiado al mundo.

Tras la cuestión de la Encarnación, la otra que atribuló, por ejemplo, a los pensadores de la Edad Media carolingia, Alcuino o Erígena, era el debate acerca de la Resurrección, y se planteaba de la siguiente forma: ¿cómo se separa el alma del cuerpo? O, dicho de otro modo: ¿cómo «se convierten» los cuerpos en espíritu?

Recordemos que aún en el siglo XVII Descartes sólo proponía para resolver el problema de las relaciones entre el cuerpo y el alma la hipótesis de los espíritus animales.

Esas mismas tribulaciones, bajo la apariencia de innumerables especies multiplicadas, trastornan el pensamiento medieval. ¿Cómo iba a poder la animalidad, que fue causa de la caída, trascenderse en Amor? Y ¿en amor cortés? ¿Cómo iba a poder el individuo contener o resumir en sus imperfecciones la dimensión absoluta de la persona? Eso fue lo que planteó después Pascal. ¿No deberían acaso las

autoridades temporales con puntos de vista divergentes someterse a una autoridad espiritual única? ¿Cómo iba a poder la materia grosera, con todas sus disrupciones, conducir al puro receptáculo de la piedra filosofal? Y, por no dejarse nada en el tintero, esta cuestión de la época de Montaigne: ¿cómo iba a poder elevarse la diversidad hasta ser universalidad? Pero sabido es que, en su momento, Montaigne desconfió de una resolución universal.

Tribulación dialéctica, y que impone su vaivén en todos los niveles, desde la metafísica hasta la técnica. Quien transmute las dispares gravedades de los mármoles y la piedra en el impulso y la audacia que convergen en la crucería conseguirá catedrales.

Requerid, en el silencio, la Palabra única, que es la anulación de la disparidad de las voces, y conseguiréis el claustro.

Así pues gran cantidad de inventos técnicos los motiva, o los mueve en secreto, esa exigencia de unirse a lo Único, incluso aunque no sea ésta aún algo que la ciencia exija.

El reloj es la recusación de las disparidades de los tiempos solar y lunar y una llamada a lo universal de un tiempo absoluto. La polifonía es la resolución unitaria y perfecta de las disparidades del sonido y la voz, insuficientes en sí por su especificidad única.

El espacio del mundo, el tiempo del mundo, el ruido del mundo han de trascenderse en perfección inteligible.

Las experiencias místicas y las Sumas racionalizadoras son de idéntica naturaleza. Éstas, las Sumas, prometen el acceso a una totalidad apaciguadora en la que los misterios se acepten con plena voluntad de la persona. Nada tiene de sorprendente que los principios del *Organon* de Aristóteles fuesen, de entrada, por ese camino. Aquéllas, las experiencias místicas, no arrojan al individuo a los abismos cerrados

de lo singular, sino al éxtasis de un supraconocimiento del Todo. Sólo las herejías conservan con fuerza el grito de las especificidades, la acumulación de las diversidades irreducibles y, en último término, la obstinación en no querer «entender» primero lo desconocido para generalizarlo, después, en fórmulas y en sistemas. Pero las barrieron.

Es de admirar que el poeta Marcabré exigiera entonces que las gentes de Francia dieran por bueno el «*afar Deu*»: la «cosa de Dios», quizá la Cosa-dios, o quizá también el asunto de Dios, o el Asunto-dios.

Ese en-todos-los-sentidos de semejante expresión, de semejante imagen, sugiere que se trata, efectivamente, de un divino recurso y de un rodeo divino para «entenderse» a uno mismo como esencia y proyecto. Dios es el generalista omnipo-tente, y el vector de un poder humano, demasiado humano, que no tardará en engendrar la idea de lo Universal.

Lo que yo plantearía, pues, en lo referido a la Edad Media europea, no sería la oposición entre la Razón y la Fe, porque ambas iban a tender esforzadamente a ese Universal y consiguieron alcanzarlo, es decir, no «llevarlo a cabo», sino imponerlo. Más bien pregunto esto: ¿por qué en esa búsqueda del conocimiento, las vías de lo no-generalizador y lo esotérico, por ejemplo (cuyo avance lleva siempre la marca de lo ambiguo y lo imprevisible), y de lo místico o, en cualquier caso, de la herejía, fueron poco a poco cediendo el paso al esfuerzo de generalización totalitaria? ¿Por qué la racionalidad de lo Universal se convirtió en la valiosísima pretensión, casi exclusiva, de aquel compendio de culturas que llamamos Occidente?

Voy cuesta abajo con el pensamiento por los espacios y los tiempos, por los ríos de la China, de estático silencio,

que se extienden en archipiélagos y se desbordan por las tierras y, siempre, se tragan a decenas de miles de hombres y mujeres y niños en sus inundaciones rituales; por los calendarios del Cielo que regían los destinos del Imperio; y por los escondrijos de la selva y la Cadena de los Antepasados de los países africanos, las sabanas energéticas bajo las hierbas agazapadas de calor y los cuentos de los *griots*, esos trovadores negros cargados de una sabiduría que se yergue como un árbol umbreteante; por los exquisitos detalles de las mitologías de la India con sus mármoles verdes y sus emparajamientos de gimnastas; por los templos saqueados de las cimas de los Andes y la palabra desviada de los Mitos amerindios, por las crónicas de los cien reinos de los tiempos feudales del Japón; por los escorzos de refranes de las comarcas malgaches y de Oceanía y de las Antillas y del archipiélago del océano Índico; por los esplendores del desierto y de la retórica ante-islámicos, y las drapeadas túnicas de sus poetisas, semiesclavas y semidiosas: por el barroquismo rígido y meloso de las lenguas criollas; y por tantos florilegios (floridos) que declaman en tantas islas; y por las raíces de piedra que levantan a dioses cuya mirada lo invade todo, en las gargantas atiborradas de agua de la Península indochina, y en las olas y la resaca de tantos mares, que unos pueblos aran en círculo (y no con esa proyección funesta hacia tierras nuevas y quizá por conquistar); recorro la parte alta de lo que aún es desierto, de los desiertos que siempre hay acá y acullá y que sí que son universales de verdad, y los silencios de las sierras; tiemblo con los temblores de tierra y me acecha el ojo del ciclón y hay tantas guerras que han ido asolando por doquier que ya no quedan ni ensoñaciones ni sueños en donde recogerse en meditación, y tantas epidemias insondables se han ido comiendo el pensamiento del mundo, igual que una nuez de cacao pasada y ya podrida; recorro los doce itinerarios del *Libro*

de los muertos de Egipto, y las grandes extensiones de color uniforme de las ciudades crepitan a la orilla de los Archipiélagos, acarreando sus manglares de penalidades y ruidos súbitamente desenterrados; admiro por todas partes tantos y tantos inventos de técnicas trenzadas en el humilde afán artesano de cada día, voceo tantos y tantos poemas y laboro con ahínco en descifrar tantos y tantos que son profundos, pero en parte alguna, en lo poco que así conozco, y en nada de lo que imagino en este mundo, hallo el ardiente estigma de esa inflexible voluntad que va a lo Universal, y de la que fue campo de liza la Edad Media, lugar de apuesta y resolución dolorosa y triunfal.

De nada vale afirmar que la Razón nació entre los griegos y que la época medieval volvió a descubrir poco a poco y, luego, amplió sus principios, que se tornaron perfectos en los siguientes siglos. La Razón podría haberse desarrollado al margen de la generalización. De entre todas las civilizaciones, la occidental fue la única que concibió esa propensión generalizada, la única con esa propensión a la conquista y el conocimiento y la fe inextricablemente mezclados, la única que le pidió al Universo que saliera fiador de su legitimidad. La Edad Media europea vivió tumultuosamente el combate de lo Diverso y de su constrictivo contrario, de las creencias personales y de la creencia universal y, luchando contra sí misma, dejó que se le escapasen (en ello reside su padecimiento y su victoria, y por eso resulta fascinadora) los puntos del tejido de la diversidad ilegítima, de la audacia del conocimiento de par en par, ni total ni sistemático, aunque tan totalizador y tan a contrapelo.

Retóricas de fin de siglo

En tiempos en que la escritura determinaba la situación privilegiada de algunos, elegidos de entre los pueblos elegidos, el escritor tenía libertad para apartarse del mundo o de la idea que del mundo solía tenerse. Ahora bien, es cierto que en la actualidad a la mismísima materia de su obra la dilata aquello que la constituye: ese enredo en que quedan prendidas las humanidades y las cosas y las vegetaciones, las rocas y las nubes de nuestro universo. Solidario y solitario, participa en el debate desde lo hondo de la obra. Por eso es por lo que en tantos lugares pretenden obligar a los escritores a que callen. Proscribir su palabra (para cuantos arremeten contra lo existente), es velar por el adensamiento de la sombra dentro de la propia oscuridad de ese enredo.

La división del tiempo lineal occidental en siglos responde a una pertinencia. Se integra en el inconsciente de los pueblos de esa comarca de nuestro planeta, ha entrado dentro de la sensibilidad común, en general se ha impuesto, ha marcado un ritmo.

Se halla en el principio de la Historia. Y es capaz incluso de tragarse, y quizá de digerir, las intrusiones de las historias de los pueblos, de alistarlas a la fuerza en su linealidad. Aceptar esta linealidad del tiempo no tiene sino ventajas, bien se la establezca a partir del nacimiento de Cristo, bien a partir del comienzo de la Hégira o de la primera Pascua judía.

Pero, además, rechazar o poner en entredicho ese reparto en siglos es ya rechazar, quizá sin saberlo o desecharlo de verdad, la generalización universalizadora del tiempo judeo-cristiano. Papel que corresponde a las formas de pensar diversalizadoras, a los poetas locos y a los relativistas heréticos.

En verdad, si es que existe un sentimiento de pérdida de la realidad en la Europa actual en este preciso momento en que está intentando construirse, nada tiene que ver con esos espantos, muy localizados, que notamos en los finales de siglo, sino con la desmedida multiplicidad por la que se descarría a partir de ahora la Historia, y con el dolor que les causa la pérdida de potencia o de poder sobre esa Historia

a quienes la habían concebido como un origen que se proyectaba hacia un fin.

Eso era lo que estaba en juego en los sistemas de relación, tan barrocos y preciados que, no ha mucho, determinaron los pensadores europeos entre una diacronía considerada como movimiento neutro (una Historia desencarnada) y una sincronía allí depositada como un tiempo sin objetivo. Esos sistemas, que engendraban retóricas, no dejaban constancia de un temor milenario, sino, con gran sutileza, de una conciencia de la nueva multiplicidad del mundo y de la nostalgia de no poder dirigirlo ya, de no poder ya hacer Historia. Esas retóricas son el lazo ingenioso o el cepo ineludible en que el pensamiento occidental (esa parte suya más avisada que nos brinda) le ha hecho meter el cuello a la Historia.

Y eso es lo que hacen. Relativizar la Historia sin aceptar, no obstante, dar cabida a las historias de los pueblos.

Si el final de siglo (y el final de este siglo) parece significativo es porque, al tiempo, si decirse puede, ha conservado el cometido de péndulo de la linealidad temporal, pero, sorprendido ya en la multiplicidad de los tiempos o de esas historias que han surgido de lo hondo del mundo y al fin se encuentran, no se manifiesta ya con la misma dimensión absoluta.

«Cantábamos también eso que decían que era el final ya próximo del siglo; y, aunque no supimos de qué había sido el siglo ni en relación con qué, nos dábamos perfecta cuenta de que se trataba de una plomada de tiempo, de un número

incalculable de cosechas: ese final nos rodeaba de una tristeza colmada de no sabíamos qué malezas de júbilo, de latido de un más allá del final. Cantábamos:

*El siglo se acaba y también la miseria
El siglo y nosotros desnudos estamos.
Un siglo se ha muerto y ya le dan tierra
Negro es un siglo, y desnaturalado.*

»Ésa era nuestra forma de marcar el tiempo. También Adoline pareció encaminarse pronto hacia el fin. Era más que un siglo que fluye en decadencia, era un siglo que se llena de sus propias frondas cortadas. Caía como las frondas del país bajo los ataques de las quemas controladas y de los chamizos. El país se iba aclarando de la misma forma que en una cabaña, a las doce del mediodía, florece por entre los tabiques de tablas la flor del sol abierta de par en par. Pasábamos de la civilización de la selva a la civilización de la sabana: eso es al menos lo que habríamos dicho si hubiéramos dispuesto de algo más de tierra en algo más de tiempo...»

(La cabaña de comendador)

Tras haber considerado, de este modo, que, en esos países en donde las simas del tiempo y los vértigos de la memoria colectiva paren tantos gritos, es posible que el ritmo de nuestras palabras vaya siguiendo las líneas de un desorden secretamente albergado, he optado por resumir aquí algunos aspectos de nuestras retóricas de la oralidad bajo la provocadora forma del memorándum, el colmo de la escritura.

Retóricas de la oralidad, o no (Resumen)

Introducción: Lo que la oralidad no es

Es difícil plegar y desplegar una retórica, un arte del discurso y de la palabra, siendo así que hoy en día la escritura padece las tentaciones y los tormentos de las pasiones, evidentes y turbias a la vez, de lo oral.

No se trata, sin más miramientos, de un paso del escrito a ese oral, como suele decirse. Ni de saber si ponemos, en el lugar de textos concebidos para la contemplación o la meditación (para la «voz interior» por decirlo de alguna manera), textos de otra categoría, construidos para la declamación y la audición.

Cuando nos encaramos a las historias de las humanidades, vemos que se dio por doquier el relevo entre lo oral y lo escrito, es decir, en los lugares en donde la escritura surgió primero como progreso y, después, como transcendencia. Los libros fundadores se yerguen como estelas fronterizas de esa *terra revoluta* en que las voces poco a poco se quedaron fijas en objetos concretos, tablillas, rocas, monumentos y pergaminos. En la *Iliada* y el Antiguo Testamento por ejemplo, se resumen los derroteros de las tradiciones orales anteriores y se quedan ahí, establecidos, obligando al cantor a que los repita con esa forma deliberada.

Se trata de suponer, temerosos, si a partir de ahora se va a poner en tela de juicio esa transcendencia en que se había afincado la escritura. Las lenguas y los hábitos de la oralidad han vuelto a presentarse en el panorama de las literaturas, han empezado a influir en la sensibilidad con energía y

presencia refulgentes. Hay que pensar ardorosamente no en despejar ese nuevo paso, que ahora iría de lo escrito a lo oral, sino en provocar renovadas poéticas en las que lo oral se mantuviera en lo escrito, y a la inversa, y en donde ardiera el intercambio entre las lenguas habladas del mundo.

Esas nuevas poéticas no se confunden dentro del antiguo arte del teatro, ni con las artimañas de la escritura «hablada». La escritura teatral y el «lenguaje hablado» de las novelas son procedimientos literarios que no ponen en entredicho ni la naturaleza ni la situación de hecho de lo escrito.

Por lo demás, no hay que ceder aquí ante los efectos mediáticos de lo audiovisual y de la prensa escrita. Son efectos que recurren a diversas técnicas, noticias breves, sinopsis, guiones, sueltos, que pretenden dejar constancia de la realidad con unas síntesis que son siempre elementales. No hay oralidad en nada de esto. Sólo unos breves puestos por escrito, pensados para una grabación o una realización. La escritura no es fecundamente breve más que cuando tiene que ver con el silencio o se halla muy próxima, aunque sin abolirse en él no obstante. Desde el punto de vista de una retórica de lo escrito, la brevedad de lo audiovisual es siempre parloteo.

Es también andar trampeando con lo real: pretendemos sorprenderlo en su aspecto esencial o pretendemos describir su totalidad, siendo así que hemos escogido cuidadosamente, cortado o reajustado dentro del conjunto, aquello que vamos a ilustrar y presentar como permanente o definitivo. Si la «representación» de lo real es ley en lo audiovisual, la mimesis es, en este caso, falaz: se da dentro de una actualidad que es siempre fugacidad. Eso nos ayuda a percarnos

de que debemos plantearnos de nuevo la imitación de lo real, uno de los cimientos de la escritura en las culturas occidentales.

Y aunque la «duplicación» de lo real está en el principio de los mundos informáticos, hay que saber o que presentir todas las variancias que abren ese redoblamiento más allá de una clonación elemental que habría estado vacía de ecos.

La oralidad, esa pasión de los pueblos que, en el siglo xx, asomaron a la oralidad del mundo, y que, en tanto en cuanto es escritura, aparece antes que nada en las fecundas controversias que allí introduce, multiplicidad, circularidad, rumiaduras, acumulación y derreligión. Relación, en resumidas cuentas.

Se hurta a los sistemas de las retóricas tradicionales y que mantenían siempre un carácter lineal o una unicidad del tiempo y la lengua.

I. Multiplicidad, circularidad

– Las historias (salidas) de los pueblos ahora visibles disipan la armonía lineal del tiempo.

No hay certidumbre de que en la totalidad-mundo la linearidad temporal que ha consagrado la expansión de las culturas occidentales se mantenga como *regulatio universal*. Al menos en el plano de la imaginería.

– Así las cosas, ni el «siglo» ni su final tienen ya valor normativo.

Podemos concebir pueblos contemporáneos que viven en tiempos diferentes y sigan en acción y en reacción con otras presencias del Caos-mundo. Y que, por eso mismo, expre-

san «fines» divergentes en relación con la norma temporal que todo el mundo acepta.

En este sentido, y en lo referido a nuestro tiempo, cada año, cada día, cada minuto pueden ser un siglo o un final de siglo. Y también cada individuo. Así queda compendiado en ese refrán antillano que reza: «Un negro es un siglo». Y no quiere decir tanto que dure, ni que tenga un rencor paciente cuanto que es impenetrable y no se le puede ver el final.

– Las retóricas tradicionales siguen siendo unilingües y unilaterales.

No conciben las difracciones de nuestros tiempos ni las desviaciones ni las vertiginosas atracciones de todas las lenguas dadas. No se conciben sino en el ejercicio de una única lengua, cuyos períodos quedan delimitados dentro del carácter lineal que ya hemos mencionado (antes y después de Cristo). Pero oh Rabelais, oh Joyce, oh Pound, o jolgorieblas mezcolanzas.

– La multiplicidad no jerarquizada de las lenguas trae consigo, irresistiblemente, lenguajes nuevos.

Los fenómenos de criollización que están en marcha en nuestro mundo afectan no sólo a la diversidad de los tiempos que viven unas comunidades, estén o no en contacto, sino también al intercambio de las lenguas escritas y habladas. Más allá de esas lenguas, lo imaginario (o las imaginerías) de las humanidades podría inspirar lenguajes, o archipiélagos de lenguajes, que equivaldrían a la infinita variancia de nuestras relaciones. La lengua es el crisol siempre alterado de mi unidad. El lenguaje podría ser el campo abierto de mi Relación.

Transretóricas cuyos usos no sabemos aún.

– *¿Final de siglo o final de la Historia?*

¿Acabarán de verdad el siglo xx? ¿Acaso no podemos pensar más bien que, para nosotros, lo que concluye sin fin es la Historia, o más bien las filosofías de la Historia, que tejieron la trama de la categoría lineal normativa al tiempo que concretaban su propia finalidad?

La Transhistoria se va expandiendo.

II. Acumulación y derreligión

– *La oralidad, transcendencia aparte.*

La transcendencia de la escritura en relación con la oralidad, sobre todo en las culturas occidentales, se basa en la ambigüedad del vocablo Verbo, en el que, a decir verdad, no se distingue si nombra sólo la palabra de Dios o también la forma de su Ley escrita. Cualquier transcendencia de la escritura tiene que ver con una dimensión absoluta de la Revelación. Con un primigenio Dictado, tan determinante como una Génesis.

Las obras de la oralidad, sobre todo cuando es heteróclita y no atávica, tejen su trama en la Relación. Es posible que lo Sagrado proceda, para nosotros, de esa Relación y no ya de una Revelación ni de una Ley.

– *De las poéticas del oral-escrito.*

No constituyen sistemas de retórica.

Podría hablarse de sus motivos sin necesidad de hacer ni un compendio ni un total:

Una poética de la duración que no «detalle» los tiempos.

El apiñamiento y la acumulación, que sacan a la palabra de su línea.

El retorno y la repetición, que no trampean con el significado.

Los ritmos de la asonancia, que tejen la memoria de alrededor.

Lo oscuro, que es el eco del Caos-mundo.

III. Poética de la Relación, poéticas del Caos

– *Retórica e identidad.*

Repitamos ahora nosotros que lo que aquí hemos tratado va unido al concepto que cada cual se hace de su identidad.

El Ser-raíz es exclusivo, no entra en las infinitas e imprevisibles variancias del Caos-mundo, en donde obra nada más el Siendo-como-Relación.

Las retóricas tradicionales podrían considerarse como el esplendoroso esfuerzo del Ser-raíz para confirmarse como Ser.

– *La Relación, imprevisible, no concibe retórica alguna.*

Allá en donde lo escrito tenía relaciones con la transcendencia e intentaba ilustrar el Ser, el oral-escrito-oral multiplica laertura y va a la traza por el impromptu ardiente del mundo, que es la única forma que tiene de permanencia.

– *El Caos-mundo, imprevisible, multiplica las retóricas.*

En consecuencia, un *sistema* no puede concebirse, en semejante contexto, sino con la condición de que «abarque» también todas las retóricas conjeturables y, además, todas las posibilidades de una transretórica que no sea universalizadora.

Las palabras del Caos-mundo no implican ninguna generalidad normativa.

El ardiente fulgor proyecta sin límite.

Y ahí, de súbito, unos arones locos, unos reyes-de-reyes, flores esculpidas e inodoras, le roban su escritura a la selva de Balata: la sorda propagación de sus inciensos abiertos de par en par.

Desde el punto de vista del arte barroco, el conocimiento nace de la expansión, de la acumulación, de la proliferación, de la repetición y no, en primer lugar, de las honduras y de la revelación fulgurante. Lo barroco gusta de pertenecer al orden (o al desorden) de la oralidad. Y ello coincide, en las Américas, con esa belleza siempre recién-naciendo de los mestizajes y de las criollizaciones, en donde los ángeles son indios, la Virgen negra, las catedrales como vegetaciones de piedra, y todo es eco para la palabra del narrador, que se expande también por la noche tropical, acumula, repite. El narrador es criollo, o quechua, navajo o cajún. En las Américas, está naturalizado el barroco.

Escribir

Escribir es decir: el mundo.

El mundo como totalidad, que es algo que está tan peligrosamente cerca de lo totalitario. Ninguna ciencia nos proporciona una opinión radicalmente global acerca de eso, ni nos permite calibrar su inaudito mestizaje, ni informa de cómo cambiamos al tener tratos con ello. La escritura, que nos conduce a intuiciones imprevisibles, nos revela las constantes ocultas de la diversidad del mundo, y notamos, con bienaventurada dicha, que esos invariantes nos hablan a su vez.

Decir esto de la escritura, que nos acerca así a conocimiento tal, contribuye también a que sintamos por qué es el mundo como totalidad, y no una parte exclusiva del mundo elegida o excepcional, lo que nos transporta.

Descubrimos que el lugar en donde vivimos, desde donde hablamos, no podemos ya distraerlo de esa masa de energía que, desde lejos, nos solicita. No podemos ya captar su movimiento, las infinitas variancias, los sufrimientos y los gozos a menos que lo pongamos, a modo de cuña, en lo que se mueve, para nosotros, de forma tan total, en la totalidad mundo. De esa «parte exclusiva», que es nuestro lugar, no podríamos expresar la exclusividad si la convertimos en exclusión. Concebíríamos entonces una totalidad que rozaría realmente lo totalitario. Pero, en vez de eso, establecemos la Relación.

Y no con una abstracción, con una idealización de todas las cosas, que nos habría hecho recuperar en nuestro lugar particular algo así como un reflejo de una universalidad benefactora y provechosa. También hemos renunciado a eso. La pretensión de abstraer algo universal partiendo de algo particular ya no nos convence. Lo que hay que establecer en complicidad con los de todos los lugares es la misma materia de todos los lugares, su minucioso o infinito detalle y el conjunto exaltante de sus peculiaridades. Escribir es unirse al sabor del mundo.

No basta para ello con la idea del mundo. Una literatura de la idea del mundo puede ser hábil, ingeniosa, dar la impresión de que ha «visto» la totalidad (eso es, por ejemplo, lo que en inglés se llama una *World Literature*); vaticinará en no-ha-lugares y sólo será ingeniosa, desestructura y recomposición apresurada. La idea del mundo toma autorización de la imaginería del mundo, de las poéticas entremezcladas que me permiten intuir en qué conyuga mi lugar con otros; en qué, sin moverse, se aventura por otras partes, y cómo me lleva consigo en ese movimiento inmóvil.

Escribir es decir: literalmente.

El retumbar de la palabra son los manifiestos de tantos pueblos que, de repente, acudieron a cantar en sus lenguas, antes de que quizá desaparecieran, desgastadas y borradas por las jerigonzas internacionales. Comienza la aventura para todas esas lenguas de la oralidad, ayer despreciadas, ayer dominadas. Fijaciones, transcripciones, y las correspondientes trampas que hay que evitar; pero también inclusiones de esas lenguas en una formación social que quizá tiene tendencia, o no le queda más remedio, a usar eso que se da

en llamar una gran lengua de comunicación, una lengua dominante. La diversidad del mundo necesita de las lenguas del mundo.

El relumbrar de las literaturas orales vino así, no a sustituir lo escrito, por descontado, sino a cambiar su orden. Escribir es decir realmente: verterse en el mundo sin dispersarse ni diluirse, y sin temor a ejercer esos poderes de la oralidad que tanto convienen a la diversidad de todas las cosas, la repetición, la rumiatura, la palabra circular, el grito en espiral, los quiebros de la voz.

En este estado nuevo de literatura, la antigua y fecunda división en géneros literarios es posible que no sea ya ley. ¿Qué es la novela y qué es el poema? Ya no creemos que la narración sea la forma natural de la escritura. Esa historia, que se cuenta y se domina con maestría, era antaño inherente a la Historia, que se hace y se rige. Ésta salía valedora de aquélla, en lo referido a los pueblos de Occidente, y aquélla era el relumbrar legítimo de ésta. En el auge de las novelas de moda en Europa y en las Américas todavía hay parte del prestigio de esa solidaridad. Nos tientan otras formas de reparto. El desperdigamiento de la totalidad-mundo y la precipitación de las técnicas audiovisuales o informáticas abrieron las puertas a una variedad infinita de géneros posibles, de los que no tenemos idea. Entretanto, las poéticas del mundo mezclan despreocupadamente los géneros y, así, los vuelven a inventar. De ello se deriva que nuestra memoria colectiva es profética: al tiempo que reúne lo espontáneo del mundo, intenta prescindir de lo que tenía a la jerarquía, a la escala de valores, a una transparencia falsamente universal. Ahora sabemos que no hay modelo operativo.

El poeta, más allá de esta lengua que usa, pero misteriosamente en la lengua misma, directamente en la lengua y en sus márgenes, es un edificador de lenguaje. Las combinaciones astutas y mecanizadas de lenguas quizá no tarden mucho en parecer pasadas de moda, mas no la actividad que está en permanente batido en lo hondo del lenguaje. El poeta intenta colmar de rizomas todo su lugar, difundirlo todo por su lugar: la permanencia en el instante y a la inversa, lo de allá aquí y a la recíproca. En eso consiste la escasa adivinación de la que se prevale frente a los apartamientos que se incluyen en nuestra realidad. No es conductor del juego de lo universal, que no sería forma de establecer Relación. Supone sin tregua desde la primera palabra del poema: «Te hablo en tu lengua, y en mi lenguaje te oigo».

¡Ciudades, poblachones de nada! ¡Auténticos lugares del Todo! ¿Habéis extraviado vuestros Xamaneros y vuestros arapes? El cabo de la noche, lo que de nubes queda, ha huido por encima de las acacias. Ahora es tarde, no os queda huella por la que arar. Luchan vuestros daceros contra vuestros Mayores reunidos. Vuestros humos cobran cuerpo en algarrobos que se enfrián. El tumulto ha trepado por los cerros de vuestros salenes. Mezcláis las palabras y las lenguas y los ecos con el barro petrificado de las hucas. Y creáis otros nuevos. Es un lenguaje que se infiltra por la grasa de vuestras calzadas, no lo oímos, lo hablamos. Os quedáis donde estáis, preñadas del peso de tantos hálitos. Sin daros cuenta siquiera de que trituramos vuestra escanda encima de vuestros rosales.

Lo que para nosotros fue, lo que para
nosotros es

... Las hogueras de los lirios silvestres, los calveros abarro-tados de aves del paraíso, las casas pelirrojas amodorradas que velan por los pantanos sembrados de rosas-de-porcelana,¹⁶ y cuantas risas y desdichas acumula la totalidad-mundo en una única favela, y luego las arenas –Brasil– en cascadas entre las murallas de los ríos-serpientes y el evohé de los coros de África mezclados con la flauta india, de donde no tardará en brotar la bossa-nova, y el gañido de las fábricas que viene a lamer los mosaicos de las aceras, todas esas imágenes pactadas que entran con desmesura, y los pavos reales amazónicos que se tragan en la tiniebla de sus ruedas a las familias de la selva, y el áspero olor de las nueces de cacao y de las naranjas amargas...

16. Flor más conocida en castellano por antorcha imperial (*Nicolaia elatior*).

Repliegue y despliegue

Y te pasarás la vida bajando esta escalera
MICHEL LEIRIS, *Aurora*•

La minuciosa observación no ratifica en Michel Leiris una visión fragmentada de lo real, sino que lo lleva a un amontonamiento de detalles (de episodios) que, al final, forman una trama. Esa minuciosidad respondía a un rasgo de su forma de ser. Encerrado en sí mismo, prudente y padeciendo, si a mano viene, de timidez, se esforzaba por prestar atención no fingida ni complaciente a los demás y al mundo. Leía la realidad con un rabioso encarnizamiento o una delectación deliberados, porque no se fiaba de su espontáneo carácter distraído o de su egotismo. Y lo que así leía lo ponía en paralelo con lo que de sí mismo comprendía, buscando la correlación entre el otro y la propia persona. Y volvía a dar en el individuo Michel Leiris, pero por modestia, por temor a engendrar, o a parecer que quería imponer, verdades establecidas o definitivas.

Lo real es totalidad cuya trama sin fin se teje. La pasión de Michel Leiris iba a ser descifrar esa trama y aportar su equivalente poético, aunque no a cualquiera: en cuantos recovecos tenía oportunidad de sorprenderse, en cuantos lugares pudiera hallarse implicado en el Otro, con cuantas palabras pusieran en juego esa realidad.

En uno de sus primeros libros, *Aurora* («aún no había cumplido los treinta cuando escribí *Aurora*...»), se refiere Leiris a ese vaivén destacando, por ejemplo, lo siguiente:

«La muerte del mundo es igual a la muerte de mí mismo, no habrá sectario de ningún culto de mala muerte que me haga renegar de esta ecuación, la única verdad que se atreve a aspirar a mi asentimiento, aunque a veces intuya, de forma contradictoria, todos los inconcretos castigos y las monstruosas amenazas que puede haber para mí en la palabra ÉL» (p. 40).*

Lo real es un cuerpo de meandros y la vida se da golpes en todos los recovecos. Lo real y la vida son repliegue. Tenerlos en cuenta a un tiempo es como construir una retórica con lento movimiento de despliegue que pretende aclarar más que convencer, persuadirse personalmente más que confundir al lector, confidente mudo, con un exceso de razones.

Un uso similar lleva las riendas de la observación, o de la visión, en *L'Afrique fantôme*. Aunque el título del libro sea presuposición (es Leiris quien hace en él de fantasma, buscándose en vano), la materia que contiene no desbarra hacia suposiciones retóricas. Leiris, observador riguroso y que se obliga, al anotar, a la más formal de las objetividades, no por ello recurre menos, cuando se tercia, a esa relación perseverante entre la subjetividad y lo real en que echa los cimientos la obra de su vida.

La objetividad escrupulosa, que es norma del oficio. La subjetividad, que llega a ser pensamiento etnográfico. La

* Todas las citas de *Aurora* remiten a la edición de Gallimard de 1977, en la colección *L'Imaginaire*. (Nota del autor.)

relación con el otro (o al menos su angustiada búsqueda), que es una implicación de modestia. La voluntad de no caer en conclusiones de teoría generalizadora.

Añadamos el suspense, esa forma de dejar para más adelante la lección de las cosas, pero recobrando entonces el detalle o el episodio de la víspera, añadiendo algo de forma imperceptible. La trama. El suspense iba a ser uno de los argumentos del arte de la prosa en Leiris, un suspense que no pretenderá «brincar y triscar», sino que se repetirá como oportunidad para la extensión y la duración de la escritura.

Eran los tiempos en que se estaba decidiendo un concepto de la etnología «pura»: intento de sorprender, fijándose en el modelo de sociedades que también se suponía puras, o en cualquier caso menos complejas (lo que constituía ya un peculiar prejuicio), las estructuras elementales o las dinámicas de cualquier sociedad concreta. Las pretensiones de esa etnología dominante se basaban, también en esta ocasión, en la objetividad, pero en tanto en cuanto voluntad o creencia de que se puede aprisionar lo esencial de un hecho social o cultural dentro de la red de las descripciones; y en la distanciación que supuestamente garantizaba la objetividad; y en la definición que implica la comprensión completa de un fenómeno observado, no menos que su carácter de ejemplo. Leiris no es partidario de caer en esa tentación de lo universal generalizador.

Su obra más significativa es, en este tema, *Contacts de civilisation en Guadeloupe et en Martinique*, libro del que se habla poco, y por una buena razón: ¿cómo tomar la medida de ese acopio puntilloso de hechos que no desemboca en

ninguna teoría fundadora, sino que deja en carne viva lo real a que así se aproxima, contentándose con tejer una trama dentro de su acumulación? Leiris etnógrafo, de esa forma pragmática y humilde que era propia de él ante las cosas y las personas, se aviene aquí a esquemas de análisis que son en parte antropológicos y en parte sociológicos: el estudio de las clases sociales, la aproximación a los niveles de lenguaje, el examen de las «formaciones históricas». Pero no cuesta mucho admitir que, frente a la realidad compleja de las Antillas francófonas, sociedades heteróclitas y criollas, lo que despierta su interés no es el fondo (por sorprender o por «comprender») de esa realidad, sino, ante todo, la propia complejidad en tanto en cuanto fondo. Estamos de lleno en una etnografía de la relación con el Otro.

Estudiar contactos de cultura es decidir de entrada que de ellos no hay que sacar lecciones, pues los contactos así son de naturaleza fluente e inesperada. Por lo que a nosotros se refiere, diremos (relacionando con el propio observador la calidad de ese ámbito de lo real que observa o la forma en que da cuenta de él) que Leiris no pretendía sacar conclusión alguna de su autoanálisis, sino encararse, día tras día, a esa otra conclusión, que es también una intriga, y lo obsesionaba: el momento de su muerte. No la muerte como posible espanto (de la misma forma que Montaigne intentaba ponerle remedio por adelantado) sino la muerte como misterio o escándalo que pone fin a otro escándalo y otro misterio, el de la vida. «Noche y día me miraba la muerte desde arriba como una taciturna amenaza» (p. 84).

Si la observación de lo real y la confesión de uno mismo no pretenden sorprender una hacienda de las cosas, ¿a qué vie-

nen? En lo referido a la etnografía, de lo que se trata es de describir con probidad para establecer mejor el vínculo, para mejor fundamentar el intercambio. En cuanto a la confesión, o digamos la confidencia, nos tiene tan sujetos la malla del tejido de la obra que no intuimos una de sus evidencias: que Leiris, en verdad, no nos aporta elementos que tengan que ver con su vida, las mujeres que deseó, los chascos por los que pasó, las carencias que lo hacen padecer, sino de forma secundaria y, como quien dice, ilusoria.

En él la confesión nada tiene que ver con lo que entendemos por tal en Rousseau por ejemplo: una exaltación del yo, la justificación de una existencia y de una forma de pensar. Ni tampoco responde a la búsqueda de una verdad indudable.

Lo que se nos impone aquí (en lo referido a la confesión) y allá (en lo referido a la práctica de la etnografía) es la misma exigencia implacable por lo verdadero (la veracidad). Leiris somete esa atención que él le pone al mundo a la omnipotencia de esa veracidad, con la que resulta más difícil cumplir cuando se trata de una confesión. En Leiris lo más exigente es la mirada. No sólo la que ve en el presente, sino también la mirada de la memoria, que oye palabras que llegan desde tan lejos, expresiones que perforan, ritornelos, refranes, lugares comunes.

Entonces sorprendemos ese principio, que nos había costado tanto intuir, de la confesión en Leiris: colaborar en la trama de una retórica que es la única capaz (creando relación entre un vivir y un decir) de aportar disculpas al escándalo de la condición humana, es decir, de su condición: «No venimos impunemente a esta tierra y cualquier clase de huida es imposible» (p. 58).

Es primordial en él la exigencia de veracidad. Si los elementos que tejen la malla de la poética, las palabras, las expresiones, esos refranes, esos ritornelos, de los que «arranca» el autor, o los acontecimientos que «utiliza», los hubiera deformado antes, o los hubiera convertido en materia imaginaria, entonces se habría quebrado el vínculo entre la condición y la expresión, la trama de lo real y la trama de la palabra. Y si se confundiesen, al unirse, esas dos dimensiones, el vivir y el decir, sin poner en ellas el ardiente laburar del tejido de la escritura, sería entonces como volver a darse de brúces con ese escándalo de la condición humana sin haber podido siquiera conjurarlo. El artificio que vale para conjurar el arte no es ¡oh, sencillez! remitir la veracidad de los hechos al ámbito de la subjetividad, sino desvelar la trama de la relación, si es que existe, entre ambos. Y la retórica empieza, y la escritura se arriesga, con ese «si es que existe». El arte poética, en la única «exploración» concebible, es una fase de lo posible.

Al actuar de esa forma, Michel Leiris no es, ni poco ni mucho, esencialista o nominalista. No pretende definir. Y la relación entre el sistema inconcebible de existencia y el sistema deliberado de expresión no es ni fusión ni confusión. La mirada minuciosa es una mirada que escucha, oh Clau-del, y *habla*. La confesión es ante todo un discurso en el que el juego de las palabras y los juegos de palabras se combinan en una «estructura en abismo». El procedimiento podría resumirse de la siguiente forma: lo que la existencia prodigó, lo organiza el discurso. Y por decirlo aún mejor: lo que el repliegue ocultó, la poética lo despliega. Del pliegue al despliegue hay un ir y venir incesante.

Vaivén que también afecta a los objetos, testigos activos y partículas significativas a más no poder de la trama: «A una serie así de objetos, que progresan como un flujo, no le

queda más remedio que ver cómo otra ocupa su lugar a modo de reflujo» (p. 62). Leiris comparte, aunque también rebasa, la pasión de los surrealistas por el manga, por el mare mágnum, por el encuentro fortuito con objetos raros y elegidos, cuya nómina (argumento poético de la exploración de lo real) procede aquí del «hay...» de Guillaume Apollinaire. En Leiris, esas listas son reversibles y se contaminan mutuamente. Repliegue-despliegue.

Cuando decimos: retórica, no nos estamos refiriendo con ello a un corpus de preceptos eruditamente empleados ni a una añagaza de la didáctica, sino a una dinámica aventurada de la palabra, una apuesta que se da en la relación fuera-dentro, unomismo-mundo, existencia-expresión.

La prosa de Leiris es, por eso, una metáfora que calibra en todos y cada uno de los instantes su propio nivel de expresibilidad (esos momentos, por lo tanto, en que el autor «confiesa» los hechos) y sus niveles de reflexibilidad, cuando el propio autor remite su confesión a la equivalencia a que ya nos hemos referido, desde el *Mal de corazón* hasta el *Frágil ruido* de la escritura.

Los complejos estudios de la contaminación semántica, por ejemplo, van anudando poco a poco el nudo de la frase, como sucede en *Aurora*, en donde el nombre de la protagonista abre paso a una procesión de significados que van derivándose y derivando, OR AURA, OR AUX RATS, HORRORA, O'RORA, y donde Leiris escribe lo siguiente, que anticipa buena parte de las secuencias encadenadas de *La règle du jeu*:

«Pensaba en lo que había visto, y mirando, más arriba del cobertizo convertido en osario, como relucía imprecisa-

mente la estrella Polar, igual que la punta irónica de la espada de Paracelso, pensaba en el nombre Aurora, vinculado al destino de aquella muchacha asombrosa a quien los últimos retazos de nubes se llevaban ahora hacia un rascacielos edificado con a saber qué inalterable cemento, al filo de un continente extraordinariamente estable y claro por más que fuliginoso, y me acordaba de que en latín la palabra *hora* quiere decir «hora», que la raíz *or* aparece en *os*, *oris*, que quiere decir «boca» u «orificio», que al final del diluvio el arca se detuvo en el monte Ararat y, para terminar, que si Gérard de Nerval se ahorcó una noche en una callejuela perdida del centro de París, fue por dos mujeres, casi dos fantasmas, cada una de las cuales llevaba una mitad de ese nombre: Aurelia y Pandora» (p. 178).

Esas contaminaciones, y muchas más, por ejemplo de orden geográfico (colusión de lugares), fruto siempre de los misterios supralógicos de la semántica, y otras muchas formas de transversalidad, tienen que ver directamente con los procedimientos del alquimista y con las transmutaciones: de la existencia a la palabra, de la muerte-vida a la retórica, que es la única que le aporta un pretexto y permite tolerarla.

La prosa de Leiris es un prolongado jadeo, trazos de hálitos hondos o contenidos, como de alguien que, mientras se está asfixiando a medias, ve llegar un apocalipsis de poca monta que aspira a calibrar.

Ya en *Aurora* aparece ese estado que fue para Leiris el aburrimiento, y no es ni el esplín ni la melancolía, y cuyo padecimiento admitió ante los amigos que fueron a verlo en los últimos días de su vida. Se aburre cuando no va en pos de la correlación, del repliegue de la existencia al despliegue

de la escritura. No saco de ello la conclusión de que viviera para escribir; pero no cabe duda de que la escritura no lo satisfizo cuando no halló en ella materia para tolerar la vida. El aburrimiento es ese vacío abierto que extiende a veces, en la grieta abierta entre el vivir y el escribir, su taciturna indiferencia.

Hay que oponer, entonces, lo informe de lo vivido a la rigurosidad cadenciosa de la trama retórica. *Aurora* nos lo dice con su estilo provocador y exacerbado:

«Porque debo decir que, desde siempre, me ha parecido que la vida se confundía con cuanto es blando, tibio y carente de medidas. Al no gustarme sino lo intangible, lo externo a la vida, identifiqué arbitrariamente cuanto es duro, frío, o geométrico con este invariante, y por eso me gustan esos perfiles angulosos que la mirada proyecta en el cielo para hacerse con las constelaciones, la disposición misteriosamente premeditada de un monumento, el mismísimo suelo, por último, lugar plano por excelencia para todas las figuras» (p. 83).

Sabemos que, más allá de esa pasión por las figuras geométricas, los planos y los documentos topográficos, tan alejados del ser humano tal y como podríamos decir que es, la obra de Michel Leiris consiste en una investigación empecinada de la única categoría de trama posible, la que crea relación y permite vencer lo blando, lo tibio y lo carente de medidas mediante la solidaridad lúcida.

La última palabra de su retórica, más allá del cuento de lo real y el descuento de la escritura, da fe de una relación con el Otro verdadera –liberada.

La tierra matriz de las comarcas antillanas, Haití.

Que nunca acaba de pagar los réditos de la audacia aquella de haber concebido y puesto en pie a la primera nación negra del mundo de la colonización.

Que lleva doscientos años sabiendo lo que quiere decir la palabra Bloqueo, siempre renovado.

Que padece sin remisión sus campamentos y su mar loca y crece en nuestras imaginerías.

Que vendió su sangre criolla a medio dólar el litro.

Que, cuando le llegó el turno, se repartió por las Américas, el Caribe, Europa y África, repitiendo una diáspora.

Que consumió toda la madera que tenía, poniendo la marca de llanuras áridas a la parte alta de sus cerros.

Que fundó una Pintura e inventó una Religión.

Que muere una y otra vez en la controversia entre sus élites negras y sus élites mulatas, carnívoras por igual.

Que creyó que un ejército lo formaban hijos de héroes.

Que acarreó palabras hermosas o terribles, la palabra *macoute*, la palabra *lavalass*, la palabra *déchouquer*.¹⁷

17. *Macoute* o *tonton macoute*, del caribeño *yacut*: «alforjas»; miembro de una milicia, famosa por sus actuaciones sanguinarias, que fundó en Haití el dictador Duvalier para reprimir cualquier oposición. *Lavalass*: partido de Jean-Bertrand Aristide. *Déchouquer*: en las Antillas, «saquear».

Del cuerpo de Douve

El tambor del Todo redobla en la poesía de Aimé Césaire:

*¡Me ensanché, me ensanché –como el mundo–
y mi conciencia más ancha que la mar!
Exploto. Soy el fuego, soy la mar.
Deshecho, el mundo. Pero soy el mundo.*

y fluye con sordos asombros en la de Saint-John Perse:

*Y la mar a la redonda redobla su ruido de calaveras
en las playas,
Y que todas las cosas del mundo le sean vanas, es lo
que una noche, a la orilla del mundo, nos contaron
las milicias del viento en las arenas del exilio...*

¿No se ha dicho acaso de ese poeta que pasó del latido del Caribe (*Elogios*) a las olas del Pacífico mezcladas con las Altas Mesetas de Asia (*Anábasis*), a la neblina de agua de las olas rompiientes del Atlántico (*Exilio*)? Los mares se escurren por esa erranza como ríos abandonados.

Cuando apareció *Del movimiento y de la inmovilidad de Douve*,¹⁸ a bastantes poetas que vivíamos en Francia, de la misma generación, con sólo cuatro o cinco años de diferencia, nos interesaba la expansión de la palabra poética, bien por los horizontes del país y del mundo, me estoy refiriendo, por ejemplo, a Kateb Yacine, bien en las expiraciones del versículo, considerado como una de las medidas del aliento humano y un crisol del ruido del mundo, como ilustraron por turnos Segalen, Claudel y Saint-John Perse.

Quizá constituye una contribución pequeña a la historia de la literatura indicar de qué forma esa categoría de poetas, a quienes, desde luego, no «reunía» nada, ni escuela, ni teoría, ni manifiesto, reaccionaron ante *Douve*. Entre ellos, Jacques Charpier, uno de cuyos poemas, *¿Conocéis a la Colegiala?*, era popular entre nosotros; Jean Laude, que llegó a ser un especialista minucioso de la historia de las Artes africanas y un poeta de lo amplio-oscuro, que perfora una luz paciente; y Roger Giroux, cuyo primer libro de poesía, *El árbol el tiempo*, se publicó más adelante en la misma editorial que *Douve*, Le Mercure de France.

Hasta cierto punto, poetas que sienten que los afecta la Historia, bien porque han padecido sus cambios y desventuras (Yacine) y la ponen en tela de juicio, bien porque refle-

18. De Yves Bonnefoy, 1953.

xionan acerca de sus significados contradictorios (Laude, Charpier). O también, en el caso de Roger Giroux o de Paul Mayer, porque son convictos de la misma pasión por lo retórico, en el sentido escritor del hecho, que se hallaba en el polo opuesto de esa ausencia, de esa escasez de la palabra en la página que estaban empezando a agotar la expresión poética en Francia. Y, no obstante, Giroux, poeta sumo, propendió más adelante a ese silencio, en el que, no obstante, puedo computar las brechas de la antigua forma de decir. Pierre Oster permanecía en lontananza. Jean Grosjean, más mar adentro aún, recorría a zancadas sus campos proféticos.

Douve fue para nosotros lejana, muy presente.

De entrada, por su dialéctica, que no nos dé miedo la palabra. A ella nos invitaba el poeta cuando citaba a Hegel como epígrafe a su texto.

«*Pero la vida de la mente no se amedrenta ante la muerte y no es la que se conserva pura de ella. Es la vida que la sustenta y subsiste en ella.*»

La cita les parecía conveniente a esos hegelianos que éramos a la sazón o que queríamos ser, y, no obstante, brinda un primer, aunque muy fugitivo, equívoco. Se volvía fácil concebir el *movimiento* como vida e internar la *inmovilidad* en la muerte. El texto del poema no tardaba en exhortarnos a que nos alejásemos de un mecanismo tan torpe.

Sentimos que era *Douve* como la primera palabra de un poeta de nuestras generaciones que afirmaba, sin afirmarlo, que la poesía es conocimiento, incluso aunque ese conocimiento pase por lo que Bonnefoy llamó tiempo después lo improbable.

Creo que fue también el primer libro de poesía contemporánea que elegimos por ser a un tiempo total y tan poco

totalitario, y nos pareció evidente que el cuerpo de Douve, objeto de poesía, oscuro e iluminado, dividido pero vuelto a componer de continuo, se desvelaba en él como uno y transfigurado por la multiplicidad que por él cruzaba.

Abalanzándose hacia el poema, no era posible sino regresar continuamente a esa multiplicidad destrozada del cuerpo de Douve. Digo el cuerpo, pues Douve, que promete el conocimiento, no se brinda bajo los auspicios de una evanescencia pura. Es *desmembrado* conocimiento secreto, y que se *rompe*, se trata de citas del poema, que ve cómo se le *corrompen* los ojos, que ve cómo lo inundan «cabezas frías de pico y de mandíbula».

Repartos tales del cuerpo de Douve incitaban a cavilar el hecho de que se extiende por la tierra con tremenda impaciencia.

Yo retornaba al libro, en donde se iba tejiendo, sobre la marcha, la trama de la imagen de esa extensión, que era como una exploración en sí y fuera de sí.

Para recomponer uno de sus campos, no, uno de sus alcances, entre otros, veía pasar, digamos que reconocía, *la hulla*, tierra incendiada cuyo cuerpo muerto porta y sopor- ta la vida, *la arena*, cuya movilidad está ya determinada para siempre, *la tela de araña*, que es como arena que toma forma, *la yedra*, a la vez tela y arena y hulla vegetal, y *la hierba lujuriente*, que une íntimamente en su apresuramiento toda vida y toda muerte.

Impresionante variedad, de hulla a hierba, de una diversidad que se hace a su imagen y semejanza. Todas las realidades al tiempo, densas y con trama. Captamos por qué Douve era oscura e iluminada, una y transfigurada. Es porque no se concebía como salva de los asaltos de la tierra, porque era verdaderamente telúrica. Recibir los golpes del

sílex o del rayo, estar a brazo partido con el frío y la tiniebla, la convertían en un presente muy puro. El conocimiento mediante el poema pasaba por esa energía no reivindicativa, en donde podíamos prever nuestras propias interrogaciones.

El texto desdeñaba con espléndida soberbia enunciar su circunstancia. Pero era posible ir siguiendo por él no ya el movimiento de Douve, sino el del poeta. Iba de un pasado innumerable:

*Te veía correr por terrazas
Te veía luchar contra el viento...*

hacia un presente, hacia unos presentes ineludibles:

*Me despierto, llueve. El viento te penetra, Douve,
landa resinosa dormida a mi lado...*

¿No era acaso, mucho más allá del tiempo, la marca de una conciencia que, digámoslo así, se hace Historia? Y, más aún, de una apertura aventurada hacia la densidad del mundo? Aquella poesía inducía a la meditación del Ser, pero era mediante una enseñanza de los elementos más insistentes de lo real:

*El barranco entra en la boca ahora,
los cinco dedos se dispersan en azares ahora,
la cabeza por delante corre por entre las hierbas ahora,
la garganta se pinta de nieve y de lobos ahora,
los ojos soplan sobre qué pasajeros de la muerte y
somos nosotros en ese viento en esa agua en ese
frío ahora.*

Una prosodia hecha de mesura; nada inútil, ni amanerado; algo así como una severidad en la inspiración que desviaba de las flojas exaltaciones cuya fiebre conocieron antaño en Francia los poemas. Pero también brusquedades ritmadas, quiebros, y con frecuencia plegaduras, circularidades, que convertían el texto en un río único, en una corriente que fluía desde un pasado algo así como legendario hasta este presente tocado con el cuño de un múltiple esplendor.

Y, de la misma forma que para agotarnos la sorpresa, el poeta proyectaba hacia el futuro eso que no puedo, en este punto de su meditación, llamar sino un Arte poética: es el poema, parte prefigurada de ese poema entero que llama *Verdadero nombre*, y que tengo por uno de los arrebatos más hermosos de la poesía francesa contemporánea.

*Desierto he de decirle al castillo que fuiste,
noche a esa voz, y ausencia a tu semblante,
y cuando hayas caído en la tierra infecunda
tu conductor relámpago se llamará la nada.*

Es una de las verdades de la poesía que un Arte poética es siempre futura, lleva siempre la marca de lo por venir. Ésa es una de las promesas del poeta, y creo que Bonnefoy, en *Ayer reinando desierto* por ejemplo, cumplió esa promesa. Pero es también futura porque lo improbable devora la promesa y lo no cumplido no la agota nunca.

El fuego, la inteligencia, que sombríamente resplandecen en Douve, podemos si queremos llevarlos lejos en nosotros o, por el contrario, exponerlos a los vientos del mundo: en ambos casos siguen ardiendo y consumando.

Y se debe a que la fuerza de gravedad estremecida de la presencia y de esa altura tan obstinada del pensamiento son una misma cosa.

*Cuánto amo a quien iguala los astros en la inerte
masa de todo el cuerpo,
Cuánto amo a quien espera la hora de su victoria,
y contiene el aliento y está firme en el suelo.*

No he dicho nada de la muerte. Su dialéctica parecía sustraída tras el cuerpo del poema, el cuerpo de Douve. Pero era esa misma promesa de vida, que Hegel expresaba con lógica elevada, que Valéry propulsaba en savias en *El cementerio marino*, la que estaba ahí, fulminada y reavivada en Douve, que la ilumina con tantas oscuridades radiantes.

La aspereza trágica de la obra de Kateb Yacine, el empecinamiento de su existencia, lo convirtieron en una figura atormentada, oculta y luminosa. No andaba errante por ninguna periferia.

El tiempo de Mandela

Hay tiempos que se conservan, otros que se dilapidan. El de Nelson Mandela superó victoriosamente el acecho del *apartheid*, sistema absoluto del horror al que se sumaba el nombre oficial de «desarrollo por separado». ¿Absoluto? Porque el sistema era completo y cotidiano, salvaje y mezquino a la vez, sin salida posible. Dijo Nelson Mandela en su autobiografía: «*La segregación que durante los tres siglos anteriores se llevó a cabo sin planificación se consolidó en un sistema monolítico, diabólico en los detalles, inevitable en los propósitos y aplastante en la fuerza*». Y describe la vida cotidiana: «*Era un crimen pasar por una puerta reservada a los blancos, subir a un autobús reservado a los blancos, beber en una fuente reservada a los blancos, caminar por una playa reservada a los blancos, estar en la calle después de las once de la noche, no tener pase o que no estuviera firmado por quien debía, no tener trabajo y tenerlo en un barrio conflictivo, vivir en determinados lugares y no tener lugar donde vivir*». Por no hablar de las ciudades dejadas de la mano de Dios, esos *townships* de barro y polvo, las más veces sin agua ni electricidad ni servicios de saneamiento; condiciones sórdidas de existencia, de salud, de educación, y todo ello en uno de los países más ricos del mundo (que nos hacen recordar la miseria del Zaire, afincada encima de tantos recursos del subsuelo), cuya importancia estratégica es tan grande que daba la impresión de que ningu-

na ayuda podía llegar de parte alguna para darle un vuelco a aquel orden delirante.

Lo que dejó huella en la imaginería de los pueblos de la tierra: que un hombre hubiera vivido en una única vida esos momentos irreconciliables, inconcebibles uno con otro. La época en que un niño africano nace en una aldea diminuta del Transkei, sin ninguna oportunidad de poder escapar del circuito de la dependencia y la no-existencia, la época en que encarcelan a un militante durante un tiempo que parece una eternidad y la época en que ese mismo Rolihlahla («El que crea problemas») Mandela, a quien dieron el nombre cristiano de Nelson, se convierte —en abril de 1994— en presidente de la República Sudafricana. Es como si quien recorrió esa senda tan poco sendereada hubiera mantenido con el Tiempo hondas relaciones de complicidad.

Como si un Poder lo hubiera puesto al margen de los días que pasan, hasta que estuviera, él, Mandela, listo en verdad para otra tarea que decidió la lucha victoriosa del pueblo sudafricano. Como si hubiera estado reservado, preservado (durante veinticinco años de militancia, de clandestinidad, de experiencia de la lucha armada, durante otros veintisiete años de cárcel, que no fueron menos peligrosos) para ese momento en que el mundo, a su vez, estuvo listo para aceptar y exigir que esa tarea se concretase al fin: esa democracia no racial, que desde el principio había defendido el CNA y, durante mucho tiempo, les pareció a todos, actores y espectadores de este drama, un sueño inalcanzable.

Nelson Mandela presentía que podía influir en la huida del tiempo, ¡aunque pagándolo con cuánto sufrimiento! «*Pasar una tarde picando piedra en el patio puede hacerse eterno, pero, de repente, llega el fin de año y no sabes qué ha sido de todos esos meses que han pasado...*» Porque «... en la cárcel los minutos pueden parecer años, pero los años pasan como minutos». ¿Fue acaso un elegido del destino (y ¿es lícito creer en el destino?) ese hombre que sobrevivió mientras perecían tantos otros a los que menciona y a los que honra en su libro?

Pero él es, afirma en todo ese libro, un militante del CNA empeñado en respetar la disciplina de su partido (pese a algunos fallos de antaño debidos a los arrebatos de la juventud), fiel y obediente para con las decisiones de la mayoría.

Tanto más nos asombra enterarnos de cómo en los últimos años de detención (allá por 1988-1989), estando por vez primera verdaderamente aislado de sus compañeros, se atreve a empezar a establecer contactos con el gobierno de Botha y, más adelante, de De Klerk, esforzándose por defender su punto de vista («ha llegado la hora de las negociaciones») ante la dispersa dirección del CNA. Es probable que su solidaridad firmísima con Oliver Tambo, que dirigía a la sazón desde el extranjero (en Lusaka, en Zambia), la Organización, y con Walter Sisulu, que llevaba casi veinte años siendo compañero suyo de cárcel, facilitase el giro que dio en ese momento el CNA. No por ello es menos cierto que la iniciativa que tomó casi solo Nelson Mandela fue decisiva. Los miles y miles de muertos del CNA y de las demás organizaciones anti-*apartheid*, los negros, los indios, los mestizos, los zulúes y los blancos que apoyaron ese combate y participaron en él, permitieron que se ganara la guerra. El tiempo de Mandela es el mismo tiempo del pueblo sudafricano.

Ese tiempo conduce a la liberación («... *los blancos de este país no pueden seguir siendo así de ciegos... siempre supe que saldría de la cárcel*»), dejando por las esquinas de los días y los años: la juventud entre el paisaje del Transkei, los rituales de la casa real tembu (entre otros una memorable escena de circuncisión), la adolescencia difícil, el bufete de abogados abierto en Johanesburgo con Oliver Tambo (el primer bufete de abogados negros de Sudáfrica), la experiencia cotidiana del *apartheid*, el ingreso en el CNA, la lucha de masas, las detenciones y los juicios, la clandestinidad, la organización de la lucha armada, la larguísima temporada, como un tiempo autónomo y singular, de la cárcel, Soweto, la decisión del CNA de convertir al preso Mandela en símbolo de la liberación, las elecciones y la victoria.

Tres cuartos de siglo sin tregua alguna, cuyo ritmo marcaron tantas desgracias, tantas muertes, tantos sufrimientos, tanta alegría y tanta esperanza. Referidos con la minuciosidad y el sentido del humor de un *griot* africano. Hay que leer la descripción de Margaret Thatcher echándole, durante el periplo mundial posterior a su liberación, un sermón e instándolo a que cuidase de tener *-a su edad-* un calendario menos apretado. A la señora Thatcher le asombraba que Mandela tuviera una agenda tan peculiar.

Y una sabiduría liviana que retumba en sentencias sencillas: «*Lo raro y lo hermoso de la música africana es que te da ánimos incluso aunque cuente una historia triste*».

Ahora: el presidente, el que tiene a su cargo los asuntos. Uno de los hombres más decididos y más decisivos de África. Cuando lo veo en la pantalla de las televisiones del mundo, me da la impresión de que camina apartado, él que tanto ha tomado a su cargo lo real. Es como si regresara de un vértigo de tiempo que le ha dejado ausencia en el rostro y lo ha preparado para una campechanía altanera y confiada que le vale para tener en cuenta todas las cosas y a todas las personas.

No ha renegado en nada de sus raíces tembu y xosa, sigue añorando la tierra de su infancia y está convencido también de que la sociedad sudafricana no puede ser sino multirracial. Ambos sentimientos no son contradictorios. No es menester renegar de uno mismo para abrirse al otro. Los conciudadanos pueden ser diferentes sin tener que «integrarse» para trabajar juntos y vivir juntos. Y eso da a la Nación un nuevo sentido.

Nelson Mandela es, por lo demás, de ideas discretamente capitalistas y, en ningún momento, anticomunista (es ésa una particularidad de la política de Sudáfrica; los dirigentes del Partido Comunista pudieron pertenecer al CNA o a su dirección sin que las dos organizaciones se confundieran en una). Se declara de buen grado anglófilo y cuenta que le entusiasman las películas de Sofia Loren. Un hombre libre y vario dentro de su unidad de hombre.

Los dirigentes de Sudáfrica, que tendrán que atender los requerimientos de tantos desheredados y tendrán que verse las con las añagazas de la política internacional de las que sabrán salir con bien, pretenden trabajar por la reconciliación del país. (Pero dicen que en él la criminalidad es una de las más elevadas del mundo, que la corrupción supera a

la muerte, que el poder de los blancos del *apartheid* sigue casi incólume, y ya se está indagando para saber hasta dónde, en esa lucha contra la atrocidad, llegaron las atrocidades que se cometieron en nombre del CNA.) Si triunfan, habrán inaugurado el siglo XXI con un impulso y una promesa de equilibrio planetario. Lo Diverso del mundo precisa la experiencia sudafricana de ese éxito y de sus lecciones.

Presencia lejana de aquel tiempo de Mandela. Aquellos de los nuestros que eran jóvenes han crecido; fuimos pasando de proyecto en proyecto, culminamos o no nuestras vidas, miramos alzarse las mañanas sobre el horizonte de la mar, recorrimos la senda de nuestros trabajos y defendimos nuestras causas, ahí estaban nuestros hijos, descubrimos la totalidad-mundo y eso nos cambió por completo; y, a lo lejos, esa presencia no dejó de seguir intacta entre el movimiento de todas las cosas.

Nos pareció en su día que no nos habíamos percatado del despacio y paciente apostolado del Mahatma Gandhi hasta que cayó bajo las balas de un asesino. Que apenas si habíamos empezado a oír hablar de Martin Luther King cuando cayó él también. Que el destino del Che Guevara cumplió su ciclo antes de que hubiera contribuido a cambiar en tan gran medida nuestras sensibilidades. Como si para nosotros, espectadores del drama del mundo, esas figuras pertenecieran a la muerte, siendo así que es la vida misma la que se inmola para renacer en otras vidas.

Pero notábamos a lo lejos crecer el tiempo de Mandela. Era ése que estaba en tratos con el instante y con la duración. (Algo así como un tiempo redondo y grávido y lleno, que esperaba para desabrocharse. Podemos compararlo con el tiempo de Yasir Arafat, otro infatigable, que parece que

tarda tanto en no rizar el rizo y se eterniza en el infinito de las arenas de Gaza.) Y cuando las elecciones lo colocaron en la presidencia de su país fue como si la puerta del Sol, blanca y negra y roja y amarilla de hermosa mañana, se hubiera abierto al futuro del mundo. Pudimos comprobar entonces que, desde siempre, el tiempo de Mandela había coincidido con los nuestros. De todos esos tiempos que cruzan y navegan por nuestras altas olas y nuestras resacas como yolas y gomeros del viento, aquél se reservó para cuchichearnos por fin que no es imposible que llegue nada de cuanto imprevisible hay en el mundo.

Se concibe Occidente (en Occidente) como la sede de los Derechos Humanos, de la libertad de opinión, y se tiende de buen grado a enfrentarlo con un fantástico rigor del Islam. Otra necesidad. El Hebreísmo, la Cristiandad, el Islam pertenecen a la misma espiritualidad del Uno y a la misma creencia en una Verdad revelada. Tres religiones monoteístas que surgieron en torno a la cuenca mediterránea y engendraron, las tres, dimensiones absolutas de espiritualidad y colmos de exclusión, encumbramientos de suprema intensidad, de la misma forma que esos mismos fundamentalismos que se exacerbaban por turnos. En este sentido, el Islam es una de las componentes notables de Occidente y se extendió por el mundo exactamente igual que los reinos cristianos, aunque fuera con modos diferentes. La idea del Uno, que tantas cosas magnificó, y tantas desnaturalizó también. ¿Cómo aceptar ese pensamiento, que transfigura sin ofuscar por ello ni ahuyentar lo Diverso? Pues es la diversidad lo que nos protege y, si a mano viene, nos perpetúa.

El libro del mundo

El libro está amenazado de desaparición física (he aquí uno de nuestros lugares comunes más famosos) por toda clase de razones que podían resumirse en lo siguiente: no hay quien detenga los progresos de lo audiovisual y lo informático, que son ferozmente discriminatorios. Eso es lo que dicen.

Ya ha pasado el tiempo en que podía soñarse o dibujarse el mundo como una totalidad, pero cuyo devenir hubiera podido concebirse, pensarse, cuya deseable armonía hubiera podido esbozarse. El devenir que podemos pensar ahora es el de lo indefinible. Lo imprevisible y lo discontinuo nos seducen para siempre. Todos los libros publicados valen para lo que será y para la forma de lo que será el próximo libro por publicar, o para que lo proyectemos en el ámbito de nuestro pensamiento como un avatar virtual.

Stéphane Mallarmé quiso en los últimos años de su vida, y para ello amontonó notas, tachones y documentos, llevar a cabo al fin el Libro que lo significase todo y lo trascendiese todo. Pero en tiempos de Mallarmé el mundo, en tanto en cuanto mundo, ya había comenzado a llevar a cabo sus divagaciones y oponía ya a ese alzado del conocimiento que deseaba el poeta, a esa búsqueda de la esencia, una irreducible diversidad que, por lo demás, Victor Segalen convirtió en un principio de la poética.

Ambos coincidían en una intención semejante, que consistía en suponerle una Mesura a la desmesura, una cadencia conocedora a todo cuanto en el mundo no se puede conocer, y en sorprender ese desorden y esa multitud con la eficacia de las regulaciones retóricas de las que disponían.

Pero el mundo había ido más allá, en tanto en cuanto mundo y totalidad. Es como si esos poetas hubieran intuido desde arriba o como en un vértigo la zarabanda sacada de quicio de esa diversidad: Mallarmé como soñador del ser; Segalen con toda la turbación del siendo y tanto más frágil por haberse quedado prendido en sus imprevistos.

Ahora bien, si Mallarmé hubiera conseguido su Libro, que habría sido el Libro del mundo, entonces todos los libros habrían desaparecido de nuestros horizontes en el mismo instante, como proyecto y como objeto.

Lo imprevisible, lo discontinuo nos cautivan, por más que temamos acostumbrarnos a su espiral. Si las técnicas de lo visual, de lo informático y de la oralidad cambian la materia de los libros, si llegan incluso a sustituirlos por extraños objetos que no podemos concebir, si transforman las bibliotecas en algo muy diferente de las mediatecas, si desplazan a sus profundidades, por las que habrá que andar explorando mucho rato, los libros tradicionales, quiero decir los que no se hayan metido en tarjetas ni llevado a la pantalla, ¿es acaso seguro por eso que ese acceso a la pantalla acabe con el encanto o borre el fulgor? ¿No equivale la pantalla, en su transparencia, a la página en su densidad? ¿Es que no nos vamos a acostumbrar a esos objetos extraños?

Digamos lo siguiente: Internet, que escogemos por el momento como símbolo y modelo, nos arroja en pleno cen-

tro de los rompientes de nuestra totalidad-mundo; da la impresión, incluso si se puede volver atrás, a un asunto, con un clic, de que es imposible meter el pie dos veces en la misma agua, que la literalidad del mundo es ahí al tiempo actualidad y fugacidad, que, en esa perpetua corriente, no podemos asirnos a nada que nos ancle. ¿O será que también hay que aprender a aprender sin retener?

Me objetan que Internet se parece más a algo así como un almacén, como una acumulación, que a unas aguas. Es cierto. Pero la forma de utilizarlo es lo que rige sus características. Cuando estamos haciendo una consulta, vamos desplegando. La finalidad de las ciencias clásicas era lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande, pero intuimos que la ciencia informática (ya existe una ciencia informática) no tiene en cuenta sino lo infinitamente movedizo.

El libro, proyecto y objeto, me permite el desafío de sorprender en todas las ocasiones esa misma agua en mi piel. Su corriente me aporta el manantial y el delta, el comienzo y el fin, y, en cualquier caso, cuantas páginas desee y, al tiempo, me da la libertad de concebirlas de un solo alcance: lo que prolonga entre sus orillas es una evidencia de lo permanente. ¿O será preciso que aprendamos a sorprender la permanencia, o al menos su sabor, en el movimiento incesante de la literalidad? Diría lo siguiente: Internet despliega el mundo, lo brinda denso en toda su densidad; el libro lo ilumina y proporciona sus invariantes.

¿Por qué tengo que entroncarme una vez más a unos invariantes? ¿No es ése el disfraz adecuado que escogería para vestirse con él el viejo fantasma de lo absoluto? ¿No basta

lo literal del Caos-mundo para dar satisfacción a todas las obsesiones, a todos los deseos o aspiraciones? ¿Ser delirante en los delirios, carnavalesco en los carnavales, salvaje en el salvajismo? Pero aunque acostumbre mi sensibilidad a los imprevistos de este Caos-mundo, o acceda a no tener ya que hacer planos de él ni previsiones para regirlo, no dejará de ser cierto que no acompañaré su curso si no me arrastra con total densidad. Quien está en el maelström ni piensa en el maelström. Por eso un arte de la literalidad, un elementarismo no más que un realismo, no me pondría en condiciones de vivir el mundo, de acercarme a él o conocerlo, sólo pondría a mi alcance padecerlo pasivamente.

El invariante es igual que lo que decíamos del lugar común: un lugar en que un pensamiento del mundo coincide con un pensamiento del mundo. Centros de presión de las velas en la turbulencia, que me permiten dominar mi turbación, mi miedo de ahora mismo, mi vértigo, o familiarizarme con ellos.

Puede explorarse la desmesura del mundo con la desmesura del texto, sí, y cuando se desvelan los invariantes de aquélla, los lugares de coincidencia fugitivos, las pertinencias de las relaciones, lo que aproxima los silencios a los clamores, es cuando ésta hace algo más que acoplarse tristemente a su literalidad.

El avance de los invariantes no fundamenta un Absoluto; establece Relación. Entre el aquí el otro sitio, dentro fuera, el yo el otro, las arcillas los granitos. En esta trama incluye el poeta su intención, la persecución del poema o las fases de su recitado. El libro es un crisol para transmutar todo eso. Permite parada, fundación del tiempo presente, poblamientos, por la adivinación de los invariantes y la cul-

minación de la intención. Desliteraliza la desmesura del mundo pero sin tornarlo insípido ni intentar neutralizarlo.

¡Al usar o compartir las lenguas pasamos por tantas experiencias de lo cotidiano, por tantos contactos fortuitos, por tantas iluminaciones que se quedan en el acto en fugitiva claridad! Es al texto que se conserva en libro al que tenemos la sazón poética de encomendar nuestro lenguaje; incluso aunque lo hayamos forjado en la oralidad.

El uso de las lenguas procede en la mesa de Internet. La alquimia del lenguaje requiere ese crisol del libro, aun en el caso de que vertiéramos en él deprisa y corriendo los materiales cuya transubstanciación esperamos. La velocidad y la refulgencia propias del libro no son las mismas que nos llevan consigo cuando estamos ante la pantalla. Aquéllas son el fruto de una acumulación prodigiosa, éstas de un diferimiento que se revela de súbito. La lengua sólo crece con el lenguaje, ese troquel del poeta, y el lenguaje necesita de todas las lenguas, que son la imaginería del mundo.

Y, en verdad, también leemos de esas dos formas. Una en lenguas, una en lenguaje.

La primera, errática. Un anuncio publicitario al revolver una esquina; una novela policiaca que, de pronto, otorga a la violencia (gran invariante de nuestra época) una filosofía de periódico, no más absurda que otra cualquiera; un relato popular; una obra de moda; la confesión de un criminal en serie; una disertación sobre las trufas de Périgord y la manera de desenterrarlas o acerca del alcuzcuz marroquí y su suculenta dulzura; trivialidades turbadoras referidas al

sentimiento de la muerte; retazos, acumulaciones desparpamadas; habría que tomar nota de todo; no tenemos tiempo, es como esa raíz que va avanzando por delante de las demás raíces, como la hoja que con la hoja se enreda, leemos en realidad lo que oímos por la televisión o lo que nos fascina en el cine, de toda la presencia de todas las lenguas que utilizamos, lectura salteada, ingenuamente salvaje, un amontonamiento de relámpagos, de comunicados, que no ensamblamos, no se ensamblan relámpagos, en realidad es el Todo-mundo que nos llena sin que lo sepamos, dejamos que aflore y desaparezca en nosotros, pero su afán persiste, poco a poco aprendemos a distinguir esos invariantes cuyo conocimiento no es tan necesario, y una vez más aplazamos el ordenar ese conocimiento y así bajamos (como literalmente) por la letra del mundo.

Luego, vamos a pausa, reclamamos descansar. Volvemos a los grandes textos, a eso que se da en llamar grandes textos, y ahí, en general, preferimos los libros gruesos, los libros de la duración, que nos entregan el tiempo, el *A la orilla del agua* chino, la *Historia y decadencia del Imperio romano* o *La literatura europea y la Edad Media latina*. Es que entonces estamos meditando, en nuestro fuero interno, nuestro lenguaje.

Con el primer tipo de lectura, nos entregamos al mundo, vivimos su multiplicidad, nos alcanza. Pero ¿y con la segunda? ¿Qué buscamos en esos textos fundamentales aparte del lento y mesurado placer de la belleza consultada? ¿En esa duración que parece sustraernos al apresuramiento del mundo?

Intuyo que estamos, en ese caso, en estado de mediuminidad. Quizá buscamos sobre todo las señales precursoras de

esa totalidad que hoy en día nos solicita. Aspiramos a localizar nuestros invariantes y cómo esos textos los presintieron. Consolidar en nosotros, en contra de los acasos discontinuos de la preciada erranza, el sentido de la duración, la paciencia áspera del tiempo. Es lo que llamo augurar el propio lenguaje. Sí. Así es como leemos esos libros gruesos.

Y, por ejemplo, descubrimos, en los textos salteados y fragmentarios de los presocráticos, como si el fragmento fuera un segmento de una duración ya ida, la sensación de que nuestra época es la renovación de aquella era presocrática, en la que los mestizajes de islas, los pensamientos archipielares y las ensoñaciones del Gran-Todo vinculaban lo humano con lo terrestre, o con lo cósmico. Pensamos en empezar de nuevo ese encuentro siempre y cuando no nos atemorice la desmesura mística. Y ése es un invariante.

Aceptamos, con la morosa historia de Chaka tal y como la cuenta Thomas Molofo basándose en los relatos del pueblo zulú, que los héroes épicos son casi todos unos bastardos que tienen que fundar con dolor una legitimidad propia, pero que casi todos tienen que padecer en su descendencia. Y ése es un invariante.

Vamos viendo, igual que si siguiéramos el curso de un río que se brinda y se hurta, cómo los mitos y los relatos amerindios indican que la tierra nunca se vuelve propiedad, que es imposible que se convierta en territorio; que las humanidades no las poseen; que el hombre es su custodio y no su beneficiario absoluto. (Recordamos que cuando les preguntan por qué usan un calzado cuyas puntas miran hacia arriba, igual que los escarpines a la polaca medievales o las botas sarracenas, los luchadores tradicionales de Mongolia contestan: «Es para no herir a la tierra».) Y ése es un invariante.

Con la primera lectura, recolectamos, en desorden, la materia del mundo; lo hacemos a oleadas, pueblo de hormigas sin compostura. Lectura de gente de ciudad, de personas presas de la agitación de las calles y los mecanismos de la comunicación, del transporte, del trabajo y del ocio que se rigen por pautas sociales. Lectura de inquietos que ceden al flujo. Con la segunda, nos aislamos del ruido del mundo, pero lo hacemos para recuperar la huella y el invariante. Lectura de campesinos, de gente que sueña con una choza abierta al viento de Morne-Rouge o con un lar, un fuego, una chimenea perdida en un condado, o con una plástica prolongada bajo el baobab mientras baja el sol, lugares todos en donde aislarse, o en donde reunirse por expresa voluntad, lectura de personas que piensan su lenguaje, circunspectas e intensas como la lechuza griega llegado el momento crepuscular de alzar el vuelo, o como el búfalo de Madagascar, que no se inmuta ante ninguna colonia de sanguijuelas.

Aquí vienen ya esos que, ni tan siquiera hoy, tienen oportunidad alguna de abrir nunca un libro. Esos que no tienen más que una única Estación, la *Estación en el infierno*. Esos que no pueden en ningún caso revelarse a sí mismos sino un único invariante, el que reúne en nudo indisoluble la miseria, la opresión, el genocidio, la epidemia, los osares, la exclusión. Esos que no pueden en ningún caso diferenciar ni escoger entre el estado de morador de la ciudad o el estado de campesino porque viven para siempre en el solar de la vida. Esos que no tienen ni poco ni mucho la impresión de que tienen algo que temer de los hipotéticos estragos de las técnicas audiovisuales o informáticas. Para quienes el libro es aún un espejismo y, cuando está presente, un milagro.

Vuelvo a ver con la imaginación aquel abecedario de una etnia andina, libro insustituible que desgranaba los elementos de una lengua amenazada, perdida en aquel silencio de la montaña; era de papel pardo rojizo, de grano grueso, libro humilde e imperioso en su necesidad ya inútil quizá. No se han de conservar ni de proteger las grandes bibliotecas del mundo sin incrementar las pequeñas, hundidas en el terreno del planeta.

Y es cierto también, y me lo han comentado, que Internet aparenta ser la herramienta de las sociedades tecnológicas, por encima de todas las demás. Y en ese aspecto sustituye lisa y llanamente al libro. En esta gigantesca criollización de las culturas, que permite e inaugura, faltan las voces de los pueblos menesterosos. Hay que rechazar esa criollización selectiva y aceptar, no obstante, que siga avanzando.

¿Podremos alguna vez proyectar en el espacio, ante nuestra vista, los versos de Homero (a un tiempo en lengua griega y traducidos, para que resulte más hermoso)? Probablemente. Al menos para quienes dominen esas técnicas. Pero ¿podremos componer poemas, ilustrar una lengua criolla, tejer la trama de un lenguaje, en un espacio tan en el aire? ¿Escribir en el aire, crear dentro del mismísimo movimiento, convertir una ilusión engañosa o un avatar en una obra paciente? Nuestro apego al libro responde que no, nuestra pasión por el mundo afirma que sí.

Abramos en nosotros ese libro del mundo, tipográfico o informático. Invitarnos a ello es la tarea de los poetas. Aunque no el Libro, absoluto e improbable, de Mallarmé, no esa Mesura en la desmesura con la que soñó tan generosamente, sino la propia Desmesura, impredecible e inacabada.

No temamos los progresos imparables de las nuevas técnicas ni las mutaciones a que nos conducen.

Veo crecer el flujo y ejercitarse la Relación.

Pero coincido con vosotros en que sucumbo a ello por completo. Cuando se apodera de nosotros el rumor del mundo, cuando alza en torno esas olas de tantos desciframientos difractados, de tantos asaltos de los que casi no tenemos conciencia, cuando nos subyuga o nos dispersa, sabemos, pese a todo, que algo hay en nosotros de ese búfalo solitario, solidario e inatacable.

Por eso el poeta no copia en el poema de forma insensata la desmesura, no la repite, le superpone la de su texto, que es de otra forma. Es el momento en que el ruido se lentifica, aunque siempre presente.

Acechamos el murmullo.

Nos invade, internet incesante y flujo que no cesa, nos colma con su trepidación, pero, esperad, ved, escuchad, tras habernos llenado de todas las dichas y todas las miserias, se aleja de nosotros y se pierde, dejándonos en libertad para abrir en la página que queramos el libro que hemos escogido, o para trazar en esta hoja de aquí, que no tardará en ser la página de un libro, la primera palabra de la poética que siempre hemos tenido in mente; y luego ese murmullo del mundo, como sucede con un libro que cerramos o con un poema que empezamos a decir, hete aquí que se distancia, que nos deja, para llegar sin duda hasta otros poemas, para alcanzar y señalar otros lugares comunes, otros invariantes, y, para nosotros, se desvanece y, con tanta hermosura, se extingue.

Lo anterior, repetido al modo pedagógico, para meterlo, por ejemplo, en un CD-rom dedicado al libro y añadido así a nuestro anterior decir acerca del escribir (ay, goces de andar rumiando las cosas), daría lo siguiente, que conduce a la alegría del lugar común.

La lectura y la escritura de hoy

Todo el mundo coincide en opinar que los progresos de las técnicas audiovisuales ponen el libro en peligro. Podemos suponer, en efecto, que no tardaremos en disponer de aparatos que nos proyectarán en el espacio o en las paredes de nuestros cuartos los textos a los que nos gustaría echar una ojeada. E, incluso, que a lo mejor podemos ponernos el casco que nos permita penetrar en el mundo de lo virtual y vivir en él, en directo, los episodios de la batalla de Waterloo con los que empieza *La cartuja de Parma*, o vernos en el calabozo de Edmond Dantès en compañía del padre Faria y prepararnos a repetir en persona la evasión con la que comienzan las aventuras de *El conde de Montecristo*.

Los autores de ciencia ficción idearon edades en que, de esta forma, los libros quedarían abandonados en las Bibliotecas, que se convertirían en catedrales sin culto y en donde

se consideraría que quienes siguieran consultando esas peculiares obras eran unos excéntricos, algo así como unos enfermos que se reunían casi clandestinamente en lugares subterráneos, a imagen y semejanza de los primeros cristianos en las catacumbas, para consultar presurosa y febrilmente una edición original de *Los cantos de Maldoror* o una colección milagrosamente conservada de *La Petite Illustration*, periódico de moda en Francia y en el imperio colonial francés en la década de 1930. Y así es como lo audiovisual mataría la lectura, convirtiéndola en inútil, y firmaría la muerte del libro.

Puede también considerarse que el libro y la mesa del ordenador son complementarios. Lo que nos aporta el uso de ésta es la acumulación vertiginosa de los datos del mundo y el sistema más rápido que existir pueda para relacionarlos entre sí. El conocimiento en general, la ciencia o las ciencias de forma más particular y técnica, necesitan esos medios nuevos, que han de modificar nuestras actividades de ocio, nuestra búsqueda del placer y el descanso. Rebatir de ese modo el lugar común nos ampara del desconcierto ante lo recientísimo.

Esa misma velocidad, que tan valiosa nos resulta, ¿no podría resultar una carencia? En nuestro trato cada vez más acelerado con la diversidad del mundo, necesitamos altos, ratos de meditación para salirnos del flujo de informaciones que se nos proporciona, para empezar a ordenar nuestros azares. El libro es uno de esos momentos. Tras los primeros tiempos de entusiasmo, de apetito bulímico por los nuevos sistemas de conocimiento que nos brindan las técnicas informáticas, es deseable un equilibrio y que la lectura recupere su función estabilizadora y reguladora de nuestros deseos, de nuestras aspiraciones, de nuestros sueños. El

lugar común, igual que lo que antecede, suele permitir un trato entre los contrarios y anima a conciliarlos.

Este reparto de papeles lo hallamos incluso en la propia forma en que leemos en la actualidad. Nos requiere un primer tipo de lectura, rápida, cotidiana y casi inconsciente. Un panel publicitario al revolver una esquina, un artículo periodístico, una novela policiaca, unos retazos de información referidos a la marcha del mundo: lectura salteada, precipitada, como si estuviéramos en un Internet que nos hubiera aportado a toda velocidad una deslumbrante serie de informaciones.

Otro tipo de lectura, del que usamos de forma mucho más meditada, cuando estamos en casa y tenemos tiempo de elegir. Entonces no nos amedrentan los libros gruesos, cuya lectura puede prolongarse: *Guerra y paz*, *En busca del tiempo perdido* o las *Vidas paralelas*.

No llevamos los mismos libros en el autobús, o en el tranvía, o en los vertiginosos *taxis-pays*.¹⁹ Quienes tenemos ocio para leer sabemos por instinto cómo repartir las lecturas. Responde a nuestras dos formas de usar el pensamiento: vivir el mundo frequentándolo, incluso aunque a veces nos arrastren su complejidad y su velocidad; pensar, por otra parte, en nuestra relación con el mundo, en sus transformaciones fuera de nosotros y en nosotros, en el porvenir que en él nos corresponde. En el primer caso, no separamos las lecturas de las actividades cotidianas, estamos dentro del incesante Internet de la vida. En el segundo, nos aislamos, buscamos el silencio y la concentración de quien medita acerca de su devenir, estamos en la permanencia y la

19. Los autocares antillanos llamados «taxis-pays» pertenecen a compañías privadas pequeñas y llegan a cualquier parte, pero sin paradas fijas ni horarios.

lenta actividad del libro. ¿Será prejuicio (la «buena» y la «mala» literatura) o reparto necesario?

Esas mismas consideraciones valen en lo referido al ejercicio de la escritura. Escribir no es hoy en día sólo contar historias para divertir o conmover, o para presumir delante de los demás, sino que quizás es ante todo buscar un vínculo de fiar entre la loca diversidad del mundo y el equilibrio y la sabiduría que queremos tener por dentro. Ese mundo está ahí, en nuestras conciencias o en nuestros inconscientes, un Todo-mundo, y, por mucho que digamos, cada vez nos requiere más y no nos queda más remedio que intentar dar la talla en él. El escritor y el artista nos han invitado a ello. Su trabajo lleva la marca de esa vocación.

Ser sensible a la totalidad del mundo y a lo que ha hecho aparecer en la modernidad. Por ejemplo, el conocimiento o el deseo de las demás culturas y de las demás civilizaciones, que completan las nuestras. La importancia de las técnicas de la oralidad, que invaden el ejercicio de la escritura. La presencia de las lenguas del mundo, que modulan y cambian la forma en que cada cual usa la propia lengua. Un magma de posibilidades para el artista y el escritor, en donde resulta exaltador y difícil escoger la vía y mantener el esfuerzo creador.

La diversidad hace que el escritor vaya renunciando poco a poco a la antigua división en géneros literarios, que contribuyó antaño al nacimiento de tantas obras maestras, en novela, ensayo, poesía y teatro. El desmembramiento de esa diversidad, la precipitación de las técnicas audiovisuales e informáticas abrieron la vía a una infinita variedad de géneros posibles de los que aún no nos hacemos una idea completa. A los lectores (en los países en que se puede leer) les agradan cada vez más esas mezclas de géneros, las nove-

las que son tratados de historia; las biografías, que sin perder en exactitud y minuciosidad, parecen novelas; los tratados de ciencias naturales o de astrofísica o de ciencias de la mar que se leen como poemas o meditaciones o relatos de aventuras. En tanto, las poéticas que han ido surgiendo en el mundo vuelven a inventar despreocupadamente los géneros y los mezclan sin reparos.

Escribimos como leemos, hoy en día, y a la recíproca. De una forma tremadamente activa y precipitada, a tono con ese impulso del mundo y con el desbocado ritmo de las técnicas de la modernidad, que nos arrastran en su flujo imparable. Y es, en tal caso, posible que el escritor sea un proveedor de las crecidas de Internet. Preparamos también, en exposiciones orales con frecuencia apresuradas, incompletas en relación con la intención que teníamos, pronunciadas en los lugares más diversos, en fechas que no tardan en confundirse, y como a golpe de sonda o lanzando cohetes o con instantáneas topográficas, eso mismo que más adelante organizaremos en la página desde el retiro, cuando, sin dejar de ser solidarios del movimiento, queremos volvemos solitarios, a imagen y semejanza del lector que se aísla. En esa circunstancia, el escritor demuestra de cuánta paciencia pueda hacer gala ese trabajo suyo, pues ve ante sí el libro que va a concluir y del que no puede concebir que vayan a poder prescindir algún día las humanidades.

Llamo Todo-mundo a nuestro universo tal y como cambia y perdura por los intercambios; y, al tiempo, a la «visión» que de él tenemos. La totalidad-mundo en su diversidad física y en las representaciones que nos inspira, que ya no podríamos cantar ni decir, ni podríamos echarles esfuerzo, a partir únicamente de nuestro lugar, sin sumergirnos en la imaginería de esa totalidad. Los poetas lo presentían desde siempre. Pero cayó una maldición sobre los de Occidente por no haber, a su debido tiempo, aceptado la exclusiva del lugar cuando tal era la única norma requerida. Malditos quedaron también porque se daban perfecta cuenta de que su sueño del mundo prefiguraba la Conquista de ese mundo o iba a la par. La conjunción de las historias de los pueblos brinda a los poetas de hoy una nueva hechura. Aunque la mundialidad se cumple en el hecho de que los fuertes opri-
men y explotan a los débiles, también se intuye y se vive en las poéticas, lejos de cualquier generalización.

Lo que crea totalidad es el rizoma de todos los lugares, y no una uniformidad locativa en que nos esfumaríamos. No convirtamos, no obstante, nuestra tierra, nuestra parte de la Tierra en un territorio (de absoluto) desde donde podríamos creernos autorizados a conquistar los lugares del mundo. Sabemos bien que las potencias de opresión apuntan desde todas partes y desde ninguna, que corrompen en sordina nuestra dimensión real, que la rigen sin que nos demos cuenta ni desde dónde ni cómo. Pero, al menos, les oponemos ya el destello de la Relación y, así, nos negamos a limitar un lugar o a elegirlo como Centro cerrado. Un Tratado del Todo-mundo, todos lo recién-nacemos en cada momento. Existen cientos de miles de millones que crecen y fermentan en todas partes. En todas y cada una de las ocasiones diferentes en espumas y mantillo. En el lugar Guadalupe o Valparaíso, salimos de la isla de Baffin o de la tierra de Sumatra o del chalé *Mon repos*, primer callejón pasado el edificio de Correos, o, si nuestro propio limo se nos ha ido disgregando en torno, de una huella que hemos insinuado en los espacios, y nos alzamos hasta esa ciencia. También del pintor Matta: *Todas las historias son redondas como la Tierra. Dejemos de avanzar occidentando, orientemos de verdad.*

Que el siendo es relación, y recorre. Que las culturas humanas se intercambian perdurando, se cambian sin perderse: Que se va haciendo posible. Soy esa tierra de manglares de Le Lamentin, en la Martinica, en donde crecí y, al tiempo, por una infinita presencia imperceptible, que no le conquista nada al Otro, esa orilla del Nilo en donde los juncos se vuelven bagazo como si fueran caña de azúcar. La estética de la Relación anacroniza las ilusiones de ese exotismo que todo lo uniformizaba doquier.

Puntuaciones

Cruzando por cuántas crisis, que son el precio letal de la incorporación, cruzando por cuántas guerras en las que el Uno se enfrentó por mediación de sus encarnaciones demasiado humanas, el Mediterráneo vuelve a archipiellarse, vuelve a ser lo que fue quizá antes de verse a brazo partido con la Historia. El océano Pacífico, el Caribe, son mares archipielares desde siempre. Los continentes, esas moles de intolerancia, rígidamente vueltas hacia una Verdad, según van volviendo a agruparse por identidades o se confederan en mercados comunes, se van archipiellando también en regiones. Las regiones del mundo se convierten en islas, en istmos, en penínsulas, en avanzadas, en tierras de combinación y paso, pero que, no obstante, permanecen.

Jacques Berque y las literaturas

Admitimos, asombrados, que hoy en día se exponga una apertura de la palabra a la dimensión-mundo y que el objeto más elevado de literatura sea precisamente esa totalidad-mundo.

La apertura no conjetura la disolución de la voz en una inconcreta Dimensión Universal; ni una forma de no estar en parte alguna; ni, en lo referido al siendo, una suspensión, un suspense de existencia, ni una tachadura dolorosa o taladradora.

Lo que vemos y lo que sentimos es que el lugar desde el que emitimos la palabra, desde donde se alza la voz, es tanto más propicio a esos acentos cuanto que se ha proclamado Relación, ha abierto su materia, ha puesto en entredicho su límite, ha puesto en estado de vértigo sus límites.

Así es como el poema teje una trama entre la densidad del lugar y la multiplicidad de lo diverso, entre lo que se dice aquí y lo que se oye allá. Es una de esas justas de la aproximación literaria: tener que tomar en cuenta lo imprevisible y lo no-dado del mundo, en contacto directo con la frágil, aunque persistente, materia de nuestro presente, de nuestro entorno.

Existe un trayecto de erranza, del lugar a la totalidad, y a la inversa. La obra no va al mundo sin regresar a la fuente. Esa ida y vuelta traza una parábola auténtica. Y Jacques

Berque nos informó de ello cada vez que tuvo que resumir su labor y que esbozar sus líneas generales y sus resultantes. Ora se trate del Islam, del mundo árabe, de Occidente, o de los pueblos llamados, a la sazón, Tercer Mundo, sus análisis detallados no se distancian nunca de una visión global: su conjunción permite estudiar el episodio cotidiano y proyectar la obra de mañana. Siempre consideró la aproximación al Otro *dentro de* una visión de la solidaridad del mundo.

Me doy cuenta también (él en persona me lo hizo notar) que siempre que hemos coincidido en algún sitio ha sido para compartir un escalofrío, ínfimo o revelador, físico o social o político, de la totalidad-tierra. Una vez fue en Florencia, cuando acababan de elegir como alcalde al candidato católico de izquierdas, La Pirra. Otra, en Argelia, el día de la Proclamación de la República Argelina. En mi casa, en la Martinica; y nos iba a pasar un ciclón por encima de la cabeza y respirábamos, asomados a una ventana, el olor a plomo y calibrábamos en el cielo todas esas nubes formando barrera. Lugares diferentes, que por una misma esperanza se regían. Esperanza de un claro por llegar, amenaza de una desmesura incontrolable.

Es como si tuviéramos que repetir, todos nosotros, en los azares de nuestra existencia, ese lugar común de la vida intelectual y creadora de nuestra época: recorrer la imaginería del mundo para llegar al debate de nuestro entorno, o también al revés.

Si llega a faltar la raíz múltiple, nos vemos proyectados a un ámbito infecundo; pero si la raíz se cierra, se mete en terreno ajeno, nos hallamos ciegos para nosotros y para el mundo.

Si Jacques Berque se dedicó tanto al Islam, al mundo árabe, a los países colonizados, fue para pensar también en sus propias necesidades. Y por eso vio en el Islam la racionalidad y también la mística. Y eso no quiere decir sino que opinaba que a toda conceptualización corresponde una poética. De esa misma forma explicó, dentro del ámbito de las materias que estudiaba, el encuentro, con frecuencia conflictivo, pero siempre enriquecedor, entre la oralidad y la escritura, dentro del doble campo de la lengua árabe, por ejemplo, pero también dentro del contexto de la modernidad. Cuestiones todas ellas que tocan de lleno a las literaturas de hoy. Fue uno de los primeros que impartió en Francia esa enseñanza, sosegadamente, sin manifiestos, con rectitud y claridad.

Esa claridad, tanto en la estructura de su pensamiento cuanto en su forma de expresarlo, linda con eso que podríamos llamar un humanismo. Claridad que lo pone todo continuamente en tela de juicio. La del pionero, del desbrozador, del labrador. Por eso la acompaña una llamada a la perturbación, al misterio, un interés intranquilo por lo que se esté tramando en los sótanos de lo real, una aproximación a lo incomprensible, a lo inefable.

Y nada de esto va en perjuicio de la claridad.

Auscultador de las disparidades del mundo, sensible a su diversidad, pendiente de destacar sus convergencias, Jacques Berque fue el prologuista eximio de las literaturas de los pueblos de nuestro tiempo.

La materia africana

La poesía, ceremonial y fasta, de Léopold Sédar Senghor, nos invita al ritmo del versículo, en donde recuperamos el aliento, y no podemos olvidar que también cumplió un cometido modesto y orgulloso, que pertenece al escriba o al copista, e incluyó así la materia africana en el conocimiento y la sensibilidad del recién iniciado siglo xx.

No se trata, desde luego, de esa ciencia fulgural, de esa adivinación por el rayo, que utilizaron al pie de la letra los romanos y devolvieron a la escritura los poetas malditos, Arthur Rimbaud o Antonin Artaud, sino del paciente requisitorio de la totalidad de un ámbito real golpeando en los postigos del mundo, en esas ventanas multiplicadas que se abrieron de golpe a nuestras comunes modernidades.

Repertorio solemne. La transfiguración, la oferta de un universo, el de las culturas del África negra subsahariana, sujetas hasta entonces a las bondades que las fuerzas de opresión brindaban para mejor regir los desvergonzados apartamientos.

El escriba no es un clérigo de manos impávidas y corazón seco; y la poseía nunca reniega de tamaña obra enciclopédica, digna de su intención más secreta, obra de reagru-

pamiento y reunión de lo dado, acercándonos así a la diversidad del mundo, de la que tan necesitados estamos. El poema es una de las matrices alquímicas de lo real.

El poeta no es el imitador al que nada estremece, a quien nunca se le ocurriría apartarse del modelo que se ha dado, y cuya mano rellena con colores monocromos los perfiles del dibujo que otros trazaron. Se sospechó de Léopold Sédar Senghor que lo paralizó, por decirlo de alguna manera, la inspiración católica: una suerte de parálisis ante esa estatua del Comendador que podría ser, por ejemplo, Claudel. Pero su modelo es africano y, bajo la solemnidad de las formas, los colores cambian al albur del movimiento de los ríos y de los asaltos de maleza de las tierras negras.

En Senghor está ese bestiario sacro, que pronto se libera de las convenciones del exotismo: esos reptiles del Tercer Día, esas aves-trompeta, esos monos con gritos de platillos. Animales que auguran y cantan, en ese día de la anunciación. Los ve y los calibra la mirada de la memoria, de la tradición y de la leyenda íntima, la mirada que interpreta.

Animales, y también árboles, que tienen ardientes encuentros con los de Victor Segalen y los de Saint-John Perse, por encima de espacios aún desconocidos y aún no conyugados.

Recorramos de este modo esa geografía así creada poco ha, que no es ya sólo la presa de descubridores y conquistadores, sino el tierno lugar del amante y la amante, la dura apuesta del trabajo, el cruce del sufrimiento y el júbilo, que incrementan lo real. El escarnio de la colonización no se lo llevó todo consigo.

Emoción de toparnos con el *kori*, del que nos dicen que es una «fina línea de vegetación que, en el desierto, marca el lecho de un río, seco las más veces»; o de correr por el *tann*, «terreno llano que tapa la mar, o un brazo de mar, durante las mareas altas». Todos llevamos por dentro nuestros *koris*, que son memoria de antiguas prosperidades, y nuestros *tanns*, promesas de futuros fervores. Esa geografía del poeta anuncia el reparto y la Relación.

Aprendamos con el registro de los instrumentos del arte y también con el catálogo de las herramientas cotidianas. En esa primera mitad del siglo, he aquí, ofrecidos y oficiantes, esos objetos que tan familiares habrán de tornárselas a los aficionados a la música: la kora y el balafón, y también el jalam, más privativo, esa «clase de guitarra de cuatro cuerdas que suele servir de acompañamiento para la elegía».

¡África! ¡África! Tierra del tumulto y la devastación colonialista, pero tierra también de la elegía, del *sabar* y del *mbalakh*, y del *woy*, canto o poema en el que ve el humanista Senghor «la traducción exacta de la *ödé* griega».

Puede suceder que no nos agrade gran cosa esa imagen del negro greco-latino, pero ¿no ha de resultarnos grato a la postre que Senghor, hijo de prestigiosas y antiquísimas culturas, intente compartir así con el *Homo occidentalis* lo más hondo que éste pronunció? ¿Le negaremos al *woy* el parentesco con la *ödé*, y a la inversa?

En el bienestar de esos poemas, una humanidad crece.

Samana Ban Ana Baâ, por ejemplo, que es más bien bromista, y Koli Satiguy, un hombre santo, o Abou Moussa, de preferencia usurpador.

Los nombres africanos tañen ahora su genealogía en el canto del mundo.

Bestiario, relación de parentesco, catálogo, cuaderno de botánica, planisferio y portulano de la tierra senegalesa, el mundo poético de Senghor, más de lo que se ha notado, abrió la senda a los novelistas y a los cineastas que exploraron la realidad de esa parte de África y nombraron sus auténticas riquezas.

Mundo sembrado de apóstrofes, puntuado con el sagrado tuteo de los textos fundamentales, y en donde la palabra es en verdad la hermana mayor de la escritura. La obra de Senghor es una de las primeras en donde la antigua holgura del verbo africano, solemne y grato, burlón o trágico, vino a dar forma a la austera presencia del poema escrito.

No me corresponde a mí destacar si la obra del político, del hombre de reflexión y de acción, provocó objeciones o críticas: son las gentes del Senegal en persona quienes tienen que calibrar la separación que pudo abrirse entre Senghor y ellos y echar cuentas de la distancia entre Casamance y Normandía, tierra elegida del poeta, y de si esa distancia está cargada de sentido o no lo está.

Me agrada que esa apacible insurrección de la palabra senghoriana fuera, desde el principio, compañera de otra exclamación, la de Aimé Césaire, y que estalle esa misma novedad del mundo por mediación de esas dos hipóstasis de

la Negritud: el hombre del venero africano, el hombre de la diáspora.

El venero halló ilustración en otro lugar y África desembocó en las Américas, tras el holocausto de la Trata. Las Aguas Inmensas del Océano lo unieron todo con un espantoso guión. La permanencia pasó a formar parte de la diversidad. ¿No es eso acaso lo que intuimos en Senghor cuando nos susurra, en confianza: «Mi corazón es siempre errante, y la mar ilimitada»?

Me agrada también recordar, tan brevemente, que otro intelectual del Senegal, Alioune Diop, tomó a su cargo recoger en la revista *Présence Africaine* esas mismas particularidades, concretas y llenas de significado, de la tierra negra que destacó el poema de Senghor. *Présence Africaine* y *La Société Africaine de Culture*, en donde colaboraron Senghor, Richard Wright, Cheik Anta Diop, Aimé Césaire, Frantz Fanon, Jacques Rabemananjara y tantos otros.

Alzar la palabra para ese chantre que vemos, sereno e impasible. Pero se le sobresalta la voz con el temblor de su tierra natal.

La tierra y el territorio*

La mundialización, concebida como un no-ha-lugar, podría conducirnos, en efecto, a una dilución estandarizada. Pero, para todos y cada uno de nosotros, en esa huella que va desde su lugar en el mundo, y vuelve, y añade otra ida y vuelta, consiste la única permanencia. El mundo, en su consumada totalidad, no puede considerarse razón suficiente, generalidad que traiga al mundo su propia generalización. La trama del mundo gana color con todas las particularidades, cuantificadas; con todos los lugares reconocidos. La totalidad no es eso que se ha dado en considerar el ámbito de lo universal. Es la cantidad finita y ya ejecutada del infinito detalle de lo real. Y que, por ser al detalle, no es totalitaria.

La «ejecución» de la totalidad-tierra cambió la percepción o la imaginería que tenían de «su» tierra las comunidades humanas. Las fronteras físicas de las naciones se tornaron permeables a los intercambios culturales e intelectuales, a los mestizajes de las sensibilidades, merced a los que el Estado-nación no basta ya para tapiar desde dentro la relación de cada cual con *la tierra*.

No trae esto consigo una dilución de la nacionalidad, sino una reducción de los nacionalismos, pese a las actuales exageraciones que son, en el mundo, la vehemente señal de un regreso de las ideas nacionalistas reprimidas.

La Poética de la Relación permite aproximar la diferencia entre una tierra, que relacionamos con lo que está en otro lugar, y un territorio cuyas ventanas cerramos al viento que corre. La modernidad oscila con desmesura entre esos opuestos de nuestra frecuentación del lugar.

Resumen del texto de la conferencia pronunciada en la ya citada ocasión

Llamo criollización al encuentro, a la interferencia, al choque, a las armonías y desarmonías entre las culturas en la totalidad ejecutada del mundo-tierra.

* Proyecto de conferencia en la Universidad de Tokio, coloquio sobre la Modernidad, noviembre de 1996. (Nota del autor.)

Cuyas características podrían ser:

- la fulminante velocidad de las interacciones que intervienen;
- la «conciencia de la conciencia» que de ello tenemos;
- la intervalorización que de ello se deriva y que implica la necesidad de que todos vuelvan a calibrar, para su uso personal, los componentes que entran en contacto (la criollización no implica una jerarquía de los valores);
- lo impredecible de las resultantes (la criollización no se limita a un mestizaje cuyas síntesis pudieran ser previsibles).»

Los ejemplos de criollización son inagotables y podemos fijarnos en que, al principio, tomaron cuerpo y se desarrollaron en situaciones archipielares más que continentales.

Mi propuesta es que, en la actualidad, el mundo entero se archipielarice y se criollice.

En circunstancia tal, no nos queda más remedio que distinguir entre dos formas de culturas:

– Las que llamaré atávicas, cuya criollización se llevó a cabo hace mucho, si es que sucedió, y se proveyeron, en tanto, de un corpus de relatos míticos cuya finalidad es tranquilizarlas en lo referido a sus relaciones con la tierra que ocupan. Esos relatos míticos suelen, las más veces, adoptar la forma de una Creación del mundo, de un Génesis.

– Las que llamaré heteróclitas, cuya criollización acontece, como quien dice, ante nuestra vista. Esas culturas no engendran una Creación del mundo, no se plantean el mito fundador de una Génesis. Sus comienzos vienen de eso que llamo una digénesis.

Nos damos cuenta de que las culturas heterogéneas tienden a volverse atávicas, es decir, que aspiran a la perdurabilidad y la honorabilidad que parece precisar toda cultura

para poder contar con seguridad en sí misma y tener la audacia y la energía de proclamarse. Suele moverlas a ello la presión de las necesidades de la liberación (pues casi todas esas culturas han pasado por una colonización, violenta o «como quien no quiere la cosa»), que requiere la ardorosa certidumbre de ser quien se es y no otro.

Las culturas atávicas, en cambio, tienden a descomponerse, a criollizarse, es decir, a poner en entredicho (o a defender de forma dramática) su legitimidad. Las mueve a ello la presión de esa criollización generalizada que afecta, como ya hemos dicho, a la totalidad-tierra.

Tiene esto como consecuencia dos conceptos de la identidad, que intenté definir con la imagen de la raíz única y del rizoma, que desarrollaron Deleuze y Guattari.

Un concepto sublime y mortal, que las culturas de Europa y Occidente llevaron por el mundo, de la identidad como raíz única y exclusiva del Otro. La raíz única se hace ceja en una tierra que se convierte en territorio.

Noción «real» hoy en día, en cualquier cultura heterogénea, de la identidad como rizoma que sale al encuentro de otras raíces. Y así es como el territorio vuelve a ser tierra.

De entre los mitos que abrieron la senda hacia la conciencia de la Historia, el papel de los mitos fundacionales fue dar el espaldarazo a la presencia de una comunidad en su tierra, vinculando por filiación legítima y sin discontinuidad esa presencia a un Génesis. De ahí su carácter atávico.

El mito fundacional aporta recónditas garantías de la continuidad sin grietas de esa filiación a partir de un Génesis y autoriza, pues, a la comunidad en cuestión a considerar esa tierra en que vive, convertida en territorio, como *absolutamente* suya.

Puede suceder que esa legitimidad se expanda y la comunidad, pasando del mito a la conciencia histórica, opine que

existe un derecho que le permite ampliar los límites de ese territorio. Y de ahí la «legitimidad» de toda colonización.

Mientras no estaba aún consumada la totalidad-tierra, mientras hubo tierras por descubrir, un ámbito desconocido por llenar, esa pulsión hacia la ampliación de un territorio les pareció algo así como una necesidad ontológica a los pueblos y las culturas que se creían llamadas a descubrir y regentar el mundo, y que lo hicieron.

En la totalidad tierra que hoy en día ya se ha consumado físicamente, en donde la criollización ha sustituido a la pulsión de extenderse y a la legitimidad de la conquista, la Poética de la Relación permite reducir la diferencia entre una tierra (inevitable lugar de todo siendo) y un territorio (exigen-
cia con visos rituales, e infecunda ya, del Ser).

La modernidad vendría a ser aquí el juego, siempre recién-naciendo, de esa diferencia y esa mutación.

Roche

Aquí viene ya el tiempo en que la palabra se convierte en su propio lugar. Es decir, que se considera objeto suyo, no ya por complacencia, ni porque se halle desenraizada de su entorno, sino porque intenta tener en cuenta si, de entre todos los lugares posibles del mundo, habrá una invariancia, un lugar de lugares, que no sea ni consenso ni generalidad, sino una huella que permanece. Una huella que mantu-
viera con vida el estado de alerta, y los humores, y los asaltos del pensamiento.

Así es como escribe Maurice Roche. Y a ese lugar de lugares se aproxima mediante el sufrimiento, la soledad, la saludable irrigación, enfrentándolos a las necesidades, y a los apartamientos de nuestras sociedades humanas. Mediante la risa, la más callada que darse pueda. No es obra que labore con el lugar común, en el nuevo sentido que le hemos dado a esta expresión: una coincidencia de pensamientos adivinadores del mundo; devuelve el lugar común a su triste categoría de revelador de la sandez. Y lo adorna, hurga en él, le da vueltas y vueltas, hasta que nos lleva al vértigo. Creo que ése es uno de los méritos de su forma de escribir: que nos incita infaliblemente, a fuerza de simplezas expuestas y descarriadas, a ese vértigo que nos hace pene-
trar en la desmesura del mundo: *Je ne vais pas bien*²⁰ es un

20. No ando muy allá.

lugar común de los más vulgares. Y *Je ne vais pas bien, mais il faut que j'y aille*²¹ (título de una de las novelas de Roche) es ya una introducción al columpiado ritmo de deriva de un significado. Escritura que baila.

Compact dio el primer compás. Ateniéndonos a otro de los lugares comunes de nuestra época (moda u objeto al gusto del día), diremos que se trata de una obra de culto: uno de los pocos lugares velados y públicos a la vez en donde hallamos la confirmación de ese aspecto indecible que habíamos intuido dentro del bloque de todas las cosas. Pero es algo que se dice de muchísimas obras que no tienen más consecuencia que confirmar los convencionalismos (más elementales) de nuestras pulsiones colectivas. *Compact* es de otra índole: el libro resiste.

Se escribió *literalmente* de forma multicolor. Ya lo dijo otro poeta: «la vida necesita todos los colores». No nos dimos cuenta de esa intención poética porque las primeras ediciones de la obra fueron monocromas, clásicas, aunque la composición difractada de las páginas y los juegos de dispersión de los caracteres nos avisaran ya de que existía un campo de tramas, un anudamiento sutil de las estructuras: otra forma de utilizar la escritura: «Una textura de signos, de cicatrices, un tejido táctil se descompone...».

El «motivo» de la novela es sencillo y complejo (es decir, total): un hombre languidece (¿agoniza? ¿se despier- ta?) en su cuarto, o en cualquier otro lugar de soledad, la habitación de un hospital, una sala de operaciones, y se vuelve ciego, e imagina delirantemente el mundo, o cae en la cuenta de él. «Perderás el sueño según vayas perdiendo la vista.» «Según vayas perdiendo la vista, perderás el sueño.» Ver de verdad.

21. No ando muy allá, pero allá voy.

Consecuencia de la hermosura de la nueva edición de *Compact*, en color, de la editorial Tristram, es que, al principio, parece como si se nos facilitase una lectura más elemental, más rápida, pues vamos siguiendo la línea de un color, de la misma forma que se nos dice, en los aviones, que, en caso de accidente, debemos seguir un rastro fosforescente en el suelo; pero acto seguido comprobamos que esa sencillez era un enmascaramiento: el misterio de esa palabra permanece a medida que nos va persuadiendo, y esto es lo más importante, de que todos y «en todo», somos partícipes.

El lector avisado se siente enseguida satisfecho al meterse en esos colores del texto y particularizarlos. Me digo, por ejemplo, que todas las tonalidades de una novela, de lo afectivo a lo documental, de la increpación a la confidencia, del realismo al simbolismo, intervienen aquí. Y me da la impresión de que los sorprende mediante una organización que, por lo visto, he intuido: los colores se ordenan; o, más bien, se desordenan, siguiendo la tabla de los pronombres personales.

<i>Color verde:</i>	<i>yo.</i>
<i>Negro:</i>	<i>tú.</i>
<i>Naranja claro:</i>	<i>él.</i>
<i>Marrón claro:</i>	<i>nosotros.</i>
<i>Blanco con fondo negro:</i>	<i>vosotros,</i>

a los que se suma el *azul* en toda situación descrita, cuando lo real queda atrapado en la red resplandeciente de su apercepción; y el *rojo*, que corresponde al *se* impersonal: a un tiempo *yo*, *tú*, *él*, *nosotros* y *vosotros*. El *se* del debate trágico. El *se* también de la carta anónima y de las ideas preconcebidas. El *se* del mundo desamparado y acosado.

Ya está. Hemos entendido cómo funciona. Podemos leer «de forma lineal», siguiendo uno de los colores de cabo a rabo del libro. Es posible que podamos dar ahí con series completas de sentido que se ensamblarían, sencillamente, cuando un color (un pronombre, una tonalidad, una situación) tome el relevo del anterior, para interrumpirse a su vez y reaparecer más adelante. Apenas si nos preguntamos por el simbolismo de las opciones y el reparto de los colores, por qué el verde corresponde al yo, por qué los tipos «corrientes» de imprenta (en negro) son para el tú, que es un yo que se investiga y, las más veces, se desestima. ¿O serán, más bien, las exigencias del taller de imprenta las que decidieron esas atribuciones? Lector avisado, que no se complica la vida (es fácil caer en la cuenta de todo eso), pero presumido también.

Pues no tarda en toparse con esos momentos en que el verde se enfrenta con el azul, por ejemplo, e irrumpen el negro en el bloque del marrón claro, como una isla volcánica en una mar de lavas deslavazadas: es decir, se topa con las articulaciones internas del texto total. Y no es una lectura lineal, como creíamos. Se precisa el placer de otro tipo de lectura. El azul contamina el verde, el naranja claro lleva el negro a sus máximas consecuencias, nunca se sabe cómo reaccionarán todos al tejido de esa trama que los fuerza y los libera al tiempo. La palabra se elabora a sí misma, surge en todas las ocasiones de su propio parto, de su propia contradicción, de su Relación interna, de la tremenda duración que se le agrega a partir de tantas dispersiones reveladoras. La aglomeración conseguida es un Todo-mundo vertiginoso, que nos implica: «Somos la suma de todo esto».

El asunto no era tan simple y nuestras lecturas lineales (una lectura roja, una lectura azul) eran ingenuas y falaces. Aquí, aprendemos a leer por jadeos, por requerimientos de

respiración, por inspiración de cuanto aire nos rodea, y no puedo, pues, por menos de volver a la prosa de Michel Leiris, que se atiene en firme a una trama evidente en los mismos puntos en que Maurice Roche mantiene empecinadamente la cesura del tejido.

Pese a esas retóricas opuestas, ambos tienen mucho en común. La pasión de la geometría pura, del plano, de la proyección de rectas entre las estrellas del cielo. La proclividad, por consiguiente, a un pensamiento o a una sensibilidad de lo áspero, de lo exacto, de lo no lírico, materiales que son base segura de otro entretenimiento, de otra suerte de vértigo. Y, además, el juego de palabras, que aporta difracción a la unidad del significado. A aquella *Aurora, or aux rats* de Leiris corresponde un *douleur, doux leurre, d'où l'heure*²² que no es ni menos comprometedor ni menos contaminante. Para la enfermedad y la muerte, nunca es (y siempre es) hora.

Toda la Historia y todas las historias, todas las lenguas, todas las jerigonzas; y el francés antiguo, los argots, los *digests*, el período oratorio, la partitura musical, los refranes, las recetas de casi cuanto existe, se ha fabricado o se ha imaginado; las instrucciones de uso; los gráficos; el latín y el griego; los caracteres chinos o japoneses; y también la tinta simpática, el resumen de textos (que no es lo mismo que el *digest*); o las fórmulas farmacéuticas: todo se organizaba en melé, como en el rugby, para desplegarse, todo nos invadía, como lectores a quienes nos ha llegado el turno de vernos involucrados. «Y –*regressus ad originem*

22. *Ororá*: fonéticamente, «aurora», o bien «oro a las ratas». *Douleur*: fonéticamente, «dolor», «dulce engaño», «de ahí la hora».

para coincidir con la cosmogonía— volvía a remontar el curso del tiempo.»

«Según se va ensanchando el mundo, se siente uno cada día más canijo.» La verdad es que no, querido Maurice Roche, canijo no: frágil, inseguro y amenazado, y quizá un tanto desesperado con tantas emboscadas del mundo, pero todo lo lúcido que se puede ser. La prueba: *Compact*, ese libro que reúne, para nosotros, lo disperso, los tachones (la escritura como empecinado arañazo), los descarríos más saludables y cuanto de música, enfermedad y muerte vendrá en los siguientes libros, un polvillo indefinible. Pero que se reagrupa en granito, en lava establecida. De la misma forma que un tótem, humanidad asolada, graba su sombra en la piedra; de la misma forma que una lengua se inventa en su lengua, igual que un mundo. Abierto de par en par, sinuante, espejante de colores, dispersando su materia, y, al tiempo, pleno y *compact*, «compacto». Como *roche*, como «roca». Tengo la impresión de que todo cuanto gritamos cuando nos exalta y enardece el pensamiento del mundo, Maurice Roche lo inventa primorosamente, tras los tachones acumulados en los que pone tanto empeño y cuyo conjunto in(tro)duce —por hablar en *roche*— tamaño campo de energía. La pregunta sigue en pie para todos quienes, quizá, nos cegamos con nuestra época: «¿Cómo, a partir de ahora, separar el día de la noche?». Consultamos *Compact*, que es nuestro Braille en estas penumbras.

— «Pero hay que fijarse en que la Historia no para de rumiar esas vueltas al concepto de la identidad, encarnado en un territorio... etc.»

— Se trata de los últimos estallidos salvajes del retorno de la reprimida idea de identidad. Cuanto más cierto es el desarrollo de la Relación, más crece la criollización y más se irritan hasta la locura quienes se trastornan con ese movimiento del mundo. Su nuevo demonio, el Mal absoluto, ese que quieren exorcizar, se llama mundialización. Y entonces los lugares de mestizaje y participación, los Beirut y los Sarajevo, quedan sistemáticamente destrozados y molidos. En la más diminuta aldea en que se hubiera tendido un puente entre dos comunidades, dinamitan el puente. Siguen derelictos los Ruanda. Da la impresión de que nada podemos hacer. Pero vamos cambiando, en nuestro fuero interno y en lo que nos rodea, esas ráfagas de la noche postrera.

Objeciones de Mathieu Béluse a esto que llamamos *Tratado* y respuesta

La dificultad reside en que las potencias opresoras, que son multinacionales y están interesadas en llevar a cabo *su* totalidad-tierra, en donde pueden meterse en todo para sacar adelante con mal sus provechos, las ciudades mayores, el mínimo islate, recurren también a una estrategia que aparenta ser mundialista. «¡Abríos! No os encerréis en vuestra identidad.» Y eso, en este caso, quiere decir: «Consentid en la imparable necesidad del mercado». Y, de esta forma, tienen la esperanza de diluirnos en el aire del tiempo. Algunos pueblos resisten. Sí, con dificultad. Porque la necesaria oposición puede a veces engendrar un enclaustramiento y, con una terrible agonía, ratificar esa implícita amenaza que decreta el capitalismo.

Objeciones

Porque todo ese circundamiento nos asalta. De un único periódico de un único rincón del mundo (todos los países son rincones), en un único día, sólo uno: Las autoridades australianas se disculpan oficialmente con las naciones aborigenes por los raptos generalizados de niños que se vienen perpetrando desde hace décadas; esos niños padecieron una asimilación salvaje y forzosa y *pasa a* Aumentan en el Congo los combates cruentos (por alguna parte se han quedado olvidados los refugiados del Zaire, uno o dos millones, vaya usted a saber ni cuántos son ni dónde andarán) y *pasa a* Ni se sabe cuántas personas mueren en Albania en ejecuciones sumarias y *pasa a* Parece ser que las aguas de La Hague propician el aumento de las leucemias y *pasa a* Algas procedentes de un improbable lugar distinto acaban con el Mediterráneo y *pasa a* Muere un hombre antes de cruzar la frontera y le encuentran en el estómago decenas de paquetitos de cocaína y *pasa a* Desmantelan una red de abusos infantiles y *pasa a* Un hombre armado con una ametralladora entra en una escuela y mata a 28 alumnos de corta edad y a la maestra y *pasa a* El ozono terrestre está lleno de agujeros y *pasa a* Los colonos israelíes no tienen intención de cejar en las ocupaciones compulsivas de territorios palestinos y *pasa a* Se generalizan las matanzas en Argelia y *pasa a* Terremoto en Irán y unos cuantos en California, en donde eso no cuenta, porque es el pan de cada día y *pasa a* Crece la dramática distancia entre los países del Norte y los del

Sur y *pasa a* Los estadounidenses aprietan las tuercas a la emigración, los franceses tampoco son mancos, sólo en Italia se puede entrar sin más ni más, pero cabe dentro de lo posible que la cosa no dure y *pasa a* La segunda cumbre de la tierra comienza con sombríos pronósticos y *pasa a* La letanía de los lugares comunes, economía de mercado, mundialización, sociedades pluriétnicas, guerras y matanzas, matanza y guerra. Que cada cual imagine lo que nosotros imaginamos.

Porque, por ejemplo, apenas si estamos empezando a caer en la cuenta de que es gran barbarie exigirle a una comunidad de inmigrantes que «se integre» en la comunidad que la acoge. La criollización no es una fusión, exige que todos y cada uno de sus componentes persista, incluso cuando ya está cambiando. La integración es un sueño centralista y autocrático. La diversidad opera en el lugar, recorre las épocas, quiebra y une las voces (las lenguas). Un país que se criolliza no es un país que se uniformiza. La vistosa cadencia de las poblaciones es adecuada para la diversidad-mundo. La hermosura de un país crece con su multiplicidad.

Porque presentimos que esos flujos de emigración en los que se ven causas concretas (poblaciones que huyen de los desastres de la guerra, pueblos a los que consume la hambruna en el lugar en que se hallan, lentos desplazamientos de colectividades enteras hacia tierras de esperanza) quizás se rigen también por una dinámica errática, por una porción de sueño del mundo cuya consecuencia es que no se entiende en qué medida ni por qué esos flujos migratorios comienzan y se detienen. ¿Han mejorado acaso las condiciones en los países de origen? ¿No tiene tantas ventajas como habría podido suponerse el país de destino? ¿Y si esos

flujos fueran más irracionales de lo que pensamos y, cuando menos, de carácter fractal?

Porque todo se convierte en oleada. Planetarias, esas enormes olas de la música, esos desgarramientos compartidos como una comunión elemental y tanto más sagrada. Pero también las misteriosas huellas de los mestizajes que desbrozan todo tipo de músicas combinadas, asociadas, cómplices. Planetarias, esas exaltaciones fruto de los espectáculos deportivos, como si el mundo fuera un gigantesco Coliseo. Planetarios, esos estallidos de la sensibilidad común, que se pervierte con igual empecinamiento y algo así como en una única dirección. Nadie sabe qué es amor, y a nadie le importa un bledo. Planetaria, por supuesto, esa globalización para la que nadie está preparado, aunque llegue de lejos. Los desplazamientos, no de trabajadores, como en los buenos tiempos de antaño, sino de lugares de trabajo (al mejor postor posible en costes bajos), que asuelan una comarca sin enriquecer otra. Las leyes del beneficio, cuyos entrelazamientos impalpables obedecen a una estructura del caos y no engendran sino caos. Todos los lugares comunes de lo desvanecible, que no son encuentros de pensamientos del mundo, sino la generalizada comprobación de la misma extenuación abarrotada de energías.

Porque intuimos que esto que nos rodea es el auténtico segundo mundo, ese que, por lo demás, intentan crear, dentro del espacio informático, las técnicas en expansión. Vivimos nuestra vida y vivimos la vida del mundo. A ratos parece que aquélla es el espejuelo de ésta y que a ésta no la controlamos. Vivimos en dos o más dimensiones, al menos cuando las condiciones de nuestro entorno nos permiten algún ámbito para el eco y, en el sentido literal, para lo reflejo. No es cosa que se ilustre en la novela ni de la que

pueda ella tomar conocimiento, de la medida de este estremecimiento ardoroso e imperceptible de todos los datos enredados, de semejante Inextricable: no la Historia, sino sus esquirlas. O, si no, la novela se vuelve poesía. La poesía nos cimienta una imaginería, fragmentaria y totalizadora, frágil y actuante.

Porque debemos acostumbranos a la indistinción progresiva de las especies, de las razas, de los géneros, de los virus o de las variedades de lo vivo (la máquina de fabricar mutantes), que gana terreno sin que podamos darnos cuenta de cómo.

Porque nos estamos acercando a ese conocimiento nuevo, flotante, que nos permite no naufragar.

Porque así sabemos que hay que vivir dentro, o desaparecer más allá a lo lejos.

Dicen que la Relación es mundial, y no estamos formulando una evidencia, pues vemos que no sólo su ámbito pertenece al mundo, sino que, además, sus ámbitos particulares los irriga el espacio del mundo. Cierto es que existen ámbitos cerrados, de los que es difícil evadirse debido a todo tipo de razones económicas, políticas y mentales. Existen ámbitos devastados cuya desdicha mantiene clausurados. Pero el ámbito del mundo está presente por doquier, es un invariante. ¿Cómo dar nuevos bríos a esa presencia en la imaginería de una comunidad a la que, en apariencia, pone límites el aislamiento, al tiempo que lucha contra lo que la aísla?

Respuesta

Tener en cuenta la desdicha de los pueblos. No sólo por prurito ético, sino porque esa desdicha, siempre ofuscada u obliterada, pertenece en gran medida a nuestro conocimiento del mundo y al conocimiento propio.

Tener en cuenta la labor de ese conocimiento. En nuestra galaxia intelectual parece posible la valoración ignorante de las ciencias. Nos atrevemos a pensar que nos vincularemos a ese avance de las ciencias sin perdernos en él. Porque la ciencia, por mediación de incontables técnicas, se nos ha metido en la vida. No es ya ese terreno fabuloso, reservado, impenetrable en el sentido más habitual de la palabra, y lejano, e improbable, que fue en el siglo XIX europeo. Concurre en otros lugares del conocimiento, inspirados en culturas despreciadas hasta ahora. Se han dado tantas aplicaciones prácticas e inmediatamente explícitas que pretendemos tratarnos con ella sin ambages. Las vulgarizaciones parecen tan decisivas como lo que difunden. Las aterradoras manipulaciones genéticas realizadas en laboratorios ocultos ya no puede decirse que nos dejen pasmados. Somos capaces de comentarlas tranquilamente, de mostrarnos en desacuerdo o de acuerdo. Como si el simple hecho de mencionarlo en público fuera barrera y protección. Y, además, porque ese crecimiento de las especialidades y sus aplicaciones ha afirmado en la sensibilidad general la sensación de que ya sabemos que no queda un secreto por descubrir (el «fondo»

del asunto), sino miles, y que a partir de ahora la ciencia da luz verde a las sendas desviadas y las huellas improbables. Las teorías de las ciencias del Caos («Las ciencias del Caos, ya saben, ¿no?») inciden en ello. Los sistemas erráticos, los invariantes, las realidades fractales son peculiaridades no sólo de la materia en movimiento, sino también de las culturas humanas interactivas. Estamos de acuerdo en el hecho de que nos convienen. Y, por último, porque hay una parte de las ciencias, la más aventurada que darse pueda, que ratifica eso que podríamos llamar una estética: un fondo común de la verdad y la belleza, sin que ésta sea el espléndido reflejo de aquélla. Existe, para nosotros, una belleza del mundo que se basta, en verdad.

Tener en cuenta el desperdigamiento de los saberes y de las sensibilidades. He aquí una ilustración muy peculiar, por antífrasis.

Os canto una parábola, es decir, un cuento muy pretencioso.

«Los Espíritus son los amos que soñamos con tener. Deciden del Aquí, que es su Centro, y de Otro Sitio, que es vuestro periférico lote. ¡Ay, sois “los de allá”! Todos, en resumidas cuentas. Nos empeñamos en afirmar que nuestro lote es real y que el Centro pertenece al sueño. Los Espíritus son una entidad, elementos distintos e indiscernibles. Ahora bien, esos Espíritus nos hicieron, los hemos modelado en espíritu, y he aquí cómo funciona el conjunto.

»*La Entidad de la Acción*, que es triple, en lo que a ella se refiere (recordad, por ejemplo, la fe, la esperanza y la caridad; o, también, la libertad, la igualdad y la fraternidad; y así hasta el infinito), piensa con un único impulso y así es también como actúa. Dejemos de intentar intuir con qué mecanismos; bástenos con saber que la cosa funciona y que prueba de ello son nuestras existencias transportadas, como tierra gris en tierra roja.

»*La Entidad de la Permanencia* es única. Su misión no es ni expresar ni actuar, sino ser. ¡Ay, ser... ser por fin...! Desmigaja porciones de tiempo con las que se viste y cubre a “los de allá”. A nosotros, en resumidas cuentas.

»*La Entidad del Decir* analiza todas y cada una de las palabras de aquí y de allá (en donde nos hemos colocado espontáneamente) y envía a la nada cualquier enunciado que no le parezca de recibo y de su agrado. Eso nos causa tremidos sufrimientos. El hablante cuyo decir desvían así, a contrapelo, hacia el silencio, padece una merma de presencia, y no digamos de existencia, de la que no suele recuperarse. Dicen que esa Entidad cuenta entre “los de allá”, nosotros, en resumidas cuentas, con cortesanos y chivatos y nos hace felices o desdichados. Nos compara, y eso nos amedrenta, nos prepara baremos y relaciones de méritos. Nos elige.

»Los Espíritus saben que son el sueño de “los de allá” y que se desvanecerían en espíritu si dejaseen de creer en ellos.»

No es todo esto sino parábola, cuento especioso y creído.

Mesura, desmesura

Cierto es que las avanzadas o los aventuramientos de las ciencias, los buceos o las erranzas de la creación artística no se desarrollan «en continuo». Si a mano viene, eso es lo que la ciencia y el arte comparten más de fijo. Pero el creador ratifica y el hombre de ciencia supone: dos dimensiones de la forma de inventar. El artista necesita tener razón cuando está hiñendo su creación; el científico necesita dudar, incluso cuando ha demostrado. Así es como se hacen con lo desconocido a partir del mundo conocible. Sus relaciones son de incertidumbre concertada, de certidumbres soñadas. «Lo que existe más allá de la apariencia», tal podría ser su prenda de coincidencia, su mejor lugar común.



Lo Uno magnifica y lo Diverso aclama.

Que somos integrales de esta constelación de humanidades. Que no es algo que se vuelve sistema. Que la totalidad es totalizadora para siempre. Que el Todo no está cerrado ni es suficiente. Es vivir el mundo.

Soñarlo también. ¡Magnificencia de O.-V. de L.-Milosz!
«Qué hermoso es el mundo, queridísima, qué hermoso es el mundo.»

Pero soñar el mundo no es vivirlo. Para nosotros, la belleza no crece desde el sueño, estalla en el enmarañamiento.

Infinitivo del tiempo

¿Ratifica el tiempo la legitimidad? ¿No es la Filiación, apetecedora y mensuradora de tiempo, proveedora de duración cuando la duración falla, quien más bien sostenía, por naturaleza y derecho, ese principio?

Trastumbada la horda de las filiaciones se desvanece la legitimidad. Entonces ya no hay señalización –esa flecha– de tiempo que brota proyecta, asuela con el fuego consumidor de la linealidad el espacio del mundo.

La filiación hacia por seguir en la fila de las generaciones, hacia inventario del almanaque del tiempo. Pero es, por dolor y lepra, la fuerza seca que empernaba lo necesario, metía la espiga en la juntura, en pleno en ese cuerpo todo rapiña y cepa El territorio.

La legitimidad fue la espiga esa y el perno ese. Era la Orilla desde donde zarpar a la conquista, por negación

del feliz multi-tiempo, y por éxtasis de la raíz-tiempo.

Con eso vimos crecer este tiempo-mundo rapaz que quería comerse el mundo expulsarlo como concreción universal, es decir como Territorio absoluto.

Y de la misma forma que los paisajes las comarcas que se dividen cobran vida son finisterres del territorio lo abren en huellas, lo infinitan sí de esa forma

Rescatar la filiación ese absoluto de las legitimidades, desencaminar el supuesto tiempo-mundo en su línea es brotar a caos por fin en las multiplicidades del tiempo que hacen todas que todos lo encaren o le claven la mirada sin vacilar.

La desviación de las lenguas se torna pasión dolorosa: a nadie llenó más que a Gaston Miron. En una calle de Montreal, se agachaba hacia la acera, recogía su pobre y hermosa lengua quebequense y me decía: «Mira, mira a esa gente que pasa, le duele su lengua. Quizá no puede recogerla así. ¿Y cómo vamos a poder concebir un bilíngüismo o un multilingüismo si nos están robando nuestra lengua?». Yo, por mi parte, repetía que también andaba abandonada la lengua criolla, y muchas otras que estaban desapareciendo, y que había que correr al encuentro de las lenguas del mundo sin encerrarnos sólo en nuestra voz. Él añadía y, por supuesto, tenía razón: «Está bien, con las tripas y con la cabeza pondremos bien altas nuestras lenguas francesas, y no menos nuestras lenguas criollas». Michael Smith, el poeta asesinado, trabajaba de otra forma, con los cantantes de la *Dub-poetry*, desde el mismísimo fondo de la lengua inglesa. El resultado era una tensión barroca, una ronca concentración de acentos, como de alguien que ha permitido que su voz clame demasiado en el desierto. Lamento no saber la lengua árabe, no podré percatarme de cómo Mahmoud Darwich le atribuye paisajes inéditos de esa forma que se intuye a través de las versiones francesas de sus textos. Pero la traducción es precisamente algo que nos permite esa adivinación. Darwich habló de las Américas, increpó en poesía a Colón, cantó la Relación. Abrir la imaginería de las len-

guas, proporcionarles lugares nuevos, equivale a luchar realmente contra las uniformidades, las dominaciones, los estándares.

Martinica

Decir de la Utopía que es justa y vivaz cuando se comparte entre todos. Cuando, compartida, no rueda cuesta abajo hecha locura y engreimiento colectivos. Olvidemos los engorros políticos, nosotros, los de Guadalupe, de Guayana y la Martinica. Y desde luego que tuvimos razón cuando no consentimos sin protestar en que se agostasen, en las cárceles que construyeron en nuestra tierra, personas que en Guayana, su país, lucharon contra la repulsa, los equívocos, la injusticia. De igual forma, tendremos razón al reunirnos en un único cuerpo para intentar alguna obra de envergadura. Estamos acostumbrados a pensar en términos archipielares y ponemos las acciones en consonancia con esa hermosa desmesura que no es ni desorden ni alarma despavorida. Llamemos a las Barbados, y a Jamaica, a Trinidad y a Puerto Rico, llamemos a Cuba y a Haití. Miremos a ver cómo injertamos la Utopía en esos plantones unidos de la vegetación criolla. Propongámoslo, al menos. Los necesitamos, nos necesitan. No, la noción de necesidad limita. Los pueblos del Caribe están en nosotros, y nosotros estamos en ellos. Contribuyamos, si puede ser, a que esos Archipiélagos se conviertan en lugares tenaces en el mundo, en lugares comunes, espléndidamente. Empecemos a limpiar el entorno, y que la Martinica, por ejemplo, se proclame y perdure, en una sola pieza, tierra biológica y de claridad. Dejemos de creer en productos invendibles, mal protegidos, cuya suerte depende de políticas cambiantes

cuyas decisiones se toman en otros lugares. Dejemos de ir a trancas y barrancas, entre reajustes y bancarrotas, entre subvenciones y dimisiones. Busquemos en otra parte del mundo los lugares en donde podríamos ofrecer y nos aceptarían productos que hayamos querido, dispuesto, realizado según nuestra común determinación. Hay un lugar en el mundo (compradores, aficionados entusiastas, fanáticos del intercambio) para cuanto surja de un ámbito de luz, para cuanto proceda de una voluntad de limpiar las aguas y las nubes, los Jardines y las Arenas. Eso que llaman el mercado hace que los pueblos que están en condiciones comprendan, por el mundo, esos objetos y comestibles que saben que responden a las garantías que la mentalidad general exige cada vez más: alejados de la contaminación industrial o química, acordes con una nueva belleza del mundo y una nueva salud de las humanidades contemporáneas. Muchos otros han emprendido ese camino. Pero a nosotros no se nos ha hecho demasiado tarde. Creemos en el porvenir de los países pequeños cuando se hacen archipielares de esa forma. Que no se nos olvide, por lo que nos toca, que los problemas estatutarios, en nuestras relaciones con Francia, no engendran sino discusiones interminables y mal llevadas puesto que no hay independencia para pensar, decidir y emprender. Francia es un país al que ya no puede satisfacer, salvo en el caso de sus políticos viejos, imponerle obligaciones a otro país. Es demasiado frágil por dentro, presa de sus pulsiones xenófobas, para engolfarse en otra disputa. Si sus dirigentes no llevan adelante los acuerdos es porque nosotros no hablamos con la misma voz y es posible que, de verdad, no sepan qué pensar. La cuestión del estatus sólo puede disponerse desde el propio interior de nuestra inserción en el Caribe. Hablemos con Francia, no para combatirla, ni para servirla, ni para ser asalariados suyos, sino para decirle con una única voz que vamos a emprender algo

diferente. Expliquémosle también que la norma de su lengua no tardaría en quedar caduca (tienen especialistas acartonados de esa lengua, tan anacrónicos y pretenciosos como los políticos viejos que mencionábamos antes) si la lengua no se implicase en los azares del mundo. Y que al tomar esa lengua, la hemos transmutado. Igual que hicieron, por ejemplo, los jamaicanos con la lengua inglesa o los cubanos con la lengua española. Arrebatemos esto primero, y primero de lo hondo de nosotros: la independencia del pensamiento. Vayamos meridianamente hacia esa utopía que tanto necesitamos. Convirtamos la Martinica en un lugar del mundo, es nuestra vocación; es decir, un lugar del que iremos neutralizando poco a poco los hormigones que, durante mucho tiempo, tomamos por señales patentes de prosperidad, a donde iremos a regenerar nuestros campos podridos de pesticidas, en donde volveremos a trazar el curso de nuestros ríos, en donde limpiaremos incansablemente nuestras costas para que vuelvan los peces, en donde frenaremos el flujo mortífero de los coches que roen el país como las hormigas un *migan*²³ olvidado, en donde la enseñanza se base en nuestras referencias y salga así al encuentro de los conocimientos del mundo entero, en donde nunca más dejaremos que vayan a la deriva esos jóvenes que se dedican a la nada y la inquietud, en donde dejaremos de tener esas inútiles luchas internas de opinión que caen en mezquindad. Pero hagámoslo, propongámoslo a todos, con el sosiego de quienes no pretenden dar lecciones a los demás. Dejemos de creer que la integridad demente de nuestro consumo, que se exacerba con todo tipo de manejos del comercio, puede dar felicidad. No es cierto. No pensemos que somos los privilegiados del Caribe. Este consumo frenético engendra un mal-estar subterráneo que se

23. Plato a base de tocino, cerdo salado y frutos del árbol del pan.

nota, pese a todo; una enemistad entre personas que no saben ni por qué no se aguantan ya. Una mediocridad que no es consciente de sí misma. Propongámonos convertir el Caribe en un pulmón sano de la Tierra, en una mancha azul persistente en lo gris de alrededor, hasta que el azul lo invada todo. Nuestra identidad colectiva es una resultante; pero no por eso debemos creer que se ha hecho bastarda. Es la marca y el signo de lo imprevisible, aquello a lo que se va acostumbrando nuestra imaginería. Nuestras identidadesrizoma han acabado con las esencias, las exclusivas, los ritos del retiramiento. Entremos en nuestro mundo propio, porque eso es también entrar en el mundo. Hagamos sitio para todas las lenguas y, antes de nada, para nuestra lengua criolla, porque es una resultante y un imprevisible, y hagamos sitio para todos los lenguajes, del individuo o de la colectividad, de un poeta o de un artesano, porque tienen en cuenta e ilustran la diversidad desmesurada del mundo. Y a esa Desmesura apliquémosle nuestra Mesura, que no puede ser encogimiento. La medida es la señal de la independencia real del pensamiento, el calibre de una voluntad que no flaquea. No es la estrecha dimensión del orden convenido o de las regulaciones arbitrarias. No aspira a la pretensión de preverlo todo en el movimiento del mundo ni creer en el cuento de la lechera. Nuestras humanidades han renunciado, o eso esperamos, a los planes quinquenales. La medida es audacia y renovación, constantes. Todos los pueblos son jóvenes en la totalidad-mundo. No existen ya civilizaciones viejas que velen por la salud del Todo, igual que patriarcas revestidos de sabiduría secular, en el mismo lugar en que otros pueblos son, quizá, ardientes y algo así como salvajes con una juventud aún no puesta a prueba. La Desmesura ha acortado las épocas y las ha multiplicado. Es anciano quien intuye con mayor tino cómo se resolverán estos tiempos, tan impredecibles no obstante. Es anciano

quién se mete unánimemente en el molde de ese movimiento del mundo. La ancianidad no es ya algo que pueda calibrarse a plazo vencido. Todos somos jóvenes y ancianos en los horizontes. Culturas atávicas y culturas heterogéneas, colonizadores y colonizados de ayer, opresores y oprimidos de hoy. Luchamos contra las opresiones en el lugar que es el nuestro, nos abrimos para tener vistas también a las islas vecinas y a todas las tierras. No es abandonar a nuestros antepasados, conocidos y desconocidos. Quienes naufragaron en las Aguas Inmenses durante la Trata, las que asfixiaron al fruto de sus entrañas para sustraerlo a la esclavitud, quienes resistieron en las plantaciones y quienes se hicieron cimarrones en los cerros. Meterlos junto con nosotros en la renovación de todas las cosas. Prestar sentido a lo que fueron, que tanto nos cuesta concebir. Mirar de frente esos tiempos despavoridos que nos hieren. ¿Es necesario irse a esos tiempos? Sí, para abrir. Y no para caer en las antiguas definiciones. La ventaja de una isla es que se la puede circunvalar, pero existe una ventaja aún más valiosa; que la circunvalación no se acaba nunca. Y fijémonos en que la mayoría de las islas del mundo forman archipiélago con otras. A éas pertenecen las islas del Caribe. Todo pensamiento archipieler es pensamiento del temblor, de la no-presunción, pero también de la apertura y del compartir. No requiere la previa definición de Federaciones de Estados, de órdenes administrativos e institucionales; empieza por doquier su labor de enmarañamiento, sin meterse en fijar condiciones previas. Puesto que estamos en nuestras relaciones dentro del Archipiélago, empecemos por las cosas pequeñas, sin olvidar las grandes. Somos los pacotilleros de la realidad caribeña. Y pongamos muy arriba esta divisa: *Martinica, país biológico del mundo*. No responderá a una moda de la ecología, sino a necesidades concretas vinculadas al interés por la ecología. Iremos adaptando, a

medida que se vaya presentando la oportunidad, y por cierto que será largo y difícil, la organización del trabajo, la distribución de los recursos, el equilibrio de nuestras sociedades. Es un etiquetado de marca siempre y cuando corresponda a una realidad que les diga algo a quienes vengan a nuestro país, a quienes compren sus productos fuera de él. Sí, difícil y largo. Contad con las reconversiones que den pérdida, con las costumbres nuevas que habrá que implantar, con los períodos de adaptación tumultuosa, con la necesidad de programar un cambio progresivo, con las desviaciones iniciales y el desaliento individual y colectivo. Pero ¿acaso es envidiable y soportable nuestra situación actual? ¿Podemos seguir así? ¿Creemos que sí y nos preguntamos acto seguido por qué este descontento, esta preocupación que llevamos dentro? Las relativas comodidades de unos cuantos ¿no van acompañadas de ese malestar generalizado que nos corrompe a todos y de la absoluta incomodidad de la mayoría? ¿Seguiremos esperando eternamente los consuelos y las soluciones que llegan de Francia y que, en el presente caso, no lo son de hecho? Y si no caemos en esa Utopía, ¿no tendremos, de todas formas, que imaginar otra? En eso que se llama el mercado mundial, los países pequeños se salvan especializándose en productos punteros que la máquina industrial no puede ni alcanzar ni robar. Inventemos esos productos nuevos, fruto de métodos nuevos. Arriesguémonos. Nuestra responsabilidad en esto es colectiva, y lo mismo debe suceder con nuestra actuación. Tenemos que desmedir nuestro lugar, es decir, ponerlo a tono con la Desmesura del mundo. Fijémonos también en su belleza. Tengo esperanza en esa palabra de los paisajes. Las lindes de nuestras selvas se funden con los campos de cultivo, que se lentifican en las arenas. Es todo un repertorio en abreviatura. Ni las piñas tropicales, ni la caña, ni los plátanos consiguen disminuir el entorno. La Guinea Pequeña

linda con la Suiza Pequeña. Los Mornes, los cerros, son verdes y rojos. Los altos alberchigueros dan sombra a Fonds. Es igual de hermoso volver a encontrarse con esos paisajes en el Archipiélago, con todos los matices y las variantes posibles. El tejido de nuestras comarcas yergue sus volcanes y excava sus barrancas, se hunde bajo la mar y renace, reaparece, cambiado, pero continuo y el mismo, en Sainte-Lucie o en Marie-Galante, en la Dominicana o la República Dominicana. Hablemos con todos los que comparten con nosotros unas tierras así. Y que el Caribe criollo hable al mundo que se criolliza. Ha agrupado su multiplicidad en una diversidad que converge pasmosamente bien. Pero sin ningún tipo de uniformidad. Consagrémonos entre nosotros. Esto no es una Llamada, ni un manifiesto ni un programa político. La Llamada sería, para quien la lanzase, marca de una preeminencia que no es aquí de recibo. El manifiesto implicaría una pretensión propia. El programa político no sería adecuado ni convincente. Es un grito, sencillamente un grito. De Utopía realizable. Si el grito lo recogen algunos y todos se convierte en palabra. En canto común. El grito y la palabra se turnan para que fermente y crezca lo posible, y también lo que siempre creímos imposible, de nuestros países.

Volvemos al lugar, como quien se evade del cuento. Mathieu, el que no es Béluse, le echa una ojeada casual y por encima a este texto cuya trama me esfuerzo en tejer, y me recomienda ingenuamente («si es que es posible, por favor») que escriba más bien en «él» que en «yo». Le gusta oír relatos, narraciones. Habilita e instituye el arte de la novela. Le cuento (en «él») que Mathieu Béluse ha vuelto. Ha dejado de recorrer las edades porque, según dice, no se puede ir más allá. Hay gente dispuesta a ir a Marte y, dentro de poco, a Betelgeuse; no nos codeamos con sus técnicas. Prefiere deletrear la tierra, como si tomase de ella lección. ¿Y habrá que ir a Betelgeuse y a no mucho tardar a Fomalhaut?

Mathieu Béluse consulta una rama de flor del paraíso, con ella representa lo por venir. Aprende de Marie Celat ese arte imposible: tratarse con lo impredecible. Entra en archipiélago. Es jardín que no se cultiva, la distancia no es retiro. El jardín criollo es un empecinamiento que se cuida él solo y en donde las especies se protegen mutuamente como islas que fueran a bandadas. Y, luego, el trafalgar de las edades: Oriamé, Désira, Mycéa. La novela se reconstruye en *ajoupas*²⁴ marinos, Mathieu Béluse ha vuelto aquí.

24. Refugios de ramas.

Totalidades

El relato brotaba de la calma turbia o mesurada de lo comunitario, en esa exigencia que separaba de todo lo de más allá. Su ámbito simbólico tomaba sentido de ello.

Las palabras marcaron las distancias, de los arcanos del imperioso relato y de la amplitud, toda ella grietas, del poema. Abdicaron de la mezquina seguridad de la lengua. Es como si, donados y caídos de todo ese entrechocar del entorno, se hurtasen a nuestro querer-decir.

No son ya planetas y galaxia, engastados todos y cada uno en torno de su sol o de su movimiento. Desparraman por el infinito antes de que ese movimiento estalle, antes de que el sol se vuelva estrella gigante muerta, enana abrasada.

En ese estallido, que presagia quizá una única, primitiva y final galaxia –pero ¿cuál?–, el relato abandona su poder de lo simbólico, esos pisos de sentido que se sostenían mutuamente, lo mismo que el poema esa pasión por considerar las palabras como materia, ajenas al concepto.

¿Qué quiere decir eso? Para quien no ve en las palabras sino un paraje familiar, ¿ensoñaciones demasiado inmediatas, la imposición, sin más ecos, del día que avanza y de la noche que se eterniza?

¿Qué puede querer decir, tú que caminas sin apoyo ni abismo en donde sujetarte, sin herencia ni recuerdo omnipotentes, entre ese chispear de todas las cosas recién nacidas?

La criollización toma en consideración para siempre su contrario, y el Archipiélago linda con cualquier Suiza.

¿Una Suiza? Si a mano viene, lo previsto del todo-Ser, que se asienta como ser-todo.

¿Y qué sería el Archipiélago? La dispersión del no-Ser, que agrupa el siendo del mundo.

El siendo como estandos.

El Ser está quieto en montaña, se ha protegido con nieve y avalancha impenetrable.

El no-Ser no sofoca ya la voluntad en la dicha de la pasividad, ni lo irrita en empellones ciegos. El no-Ser no es no ser.

Allí estaba yo, no ya Ser sino doloroso siendo, quieto, rígido en aquella calle cuesta abajo, gélida, de aquel pueblo de los Pirineos casi sin vecinos. Bloqueado en los viejos adoquines helados, aterrado por mi posición insostenible, diciéndoles de lejos a voces a los amigos que me dejases en paz. Hasta que me decidí a irme, de un salto, a los lados, en donde rastros de nieve reciente, en la parte de abajo del seto, permitían no resbalar y caminar. Entonces pude ya ir cuesta arriba o cuesta abajo, como me pareciera.

Si la criollización recibe y concibe lo Único, lo impensado del Ser, también admite su contrario.

Los infinitos de la ilusoria graduación valen todos, del Ser al siendo, de Suiza a Archipiélago, en la criollización. Lo que equivale a decir que en realidad es imposible concebir un Ser-como-siendo.

El Archipiélago es errabundo, de tierra a mar, se franquea de ola y de alba.

Pero también hay albas en la llanura encultivada, en el cerro quieto, en la península que vela en la avanzadilla de las tierras y provoca a lo desconocido. Tienen habitantes. Y si no los tuvieran, merecerían tenerlos. Esas humanidades ocupan la huella, del Ser al siendo.

Hay tantas identidades de los pueblos y de un mismo pueblo, cuando lo deportan de sí mismo, que sería saña y locura intentar relatar las normas. Exaltar en cada ocasión la absoluta contradicción.

La criollización es el no-Ser por fin en hecho: por fin la sensación de que la resolución de las identidades no es el cabo del alba. Que la Relación, esa resultante en contacto y proceso, cambia e intercambia, sin perdernos ni desnaturalizarnos.

No está dicho que haya que renunciar (al siendo) para aceptar por fin (los estandos del mundo). No, no está dicho, ni tan siquiera supuesto. Puedes escapar de esa calle de adoquines helados en donde habías extraviado el esqueleto, escapar para admirar por fin lo que te rodea y respirar el aire frío.

La multi-energía de las criollizaciones no crea un campo neutro en donde podrían adormecerse los padecimientos de las humanidades; vuelve a activar esa dilatación vertiginosa en donde se deshacen no las diferencias, sino los pasados padecimientos fruto de la diferencia.

¡Esa huella, del Ser al siendo, a los misericordiosos estandos! La seguimos sin desfigurarla.

Sí, nuestros monumentos en las Américas: el Bois-caïman, en Haití; la Sierra Maestra, en Cuba; el Château Dubuc en la punta de la península de La Caravelle, en la Martinica, pero del que sólo quedan, a ras del suelo, unos restos enterrados de los calabozos en donde encerraban a los esclavos al desembarcarlos, las ruinas de Saint-Pierre, el rastro de las cuchillas en los troncos de las heveas que volvieron a aparecer en torno a Belém o Manaus, y así sin parar: todas las historias y la memoria, imperceptible, pero insistente, que generaron los paisajes, sin ayuda de la piedra ni de madera tallada alguna.

Pero también, por doquier en los espacios de otros lugares: los Altos del cielo, que se extravían en galaxias; las espesuras, que atascan su propia profundidad; los sabores desatinados de las tierras cultivadas; las sabanas, que incuban sombras comprimidas como bonsáis; las arenas del desierto, que nos crecen en espíritu; las salinas, en donde estudiar la geometría pura; los manglares, que atan lo inextricable; los glaciares desbordantes; los fondos de la mar desde donde se alza el atardecer que llega; las tundras que nos desploman hasta el infinito; los cerros que nos ponen densamente a pie firme. Singulares y semejantes; cada cual no sólo con su palabra, sino con su lenguaje. No sólo su lengua, sino su música.

Dicen que criollización es vista global y que, luego, más valdría o sería más provechoso pasar a cosas específicas. Eso es regresar a antiguas divisiones, lo universal, lo particular, etc. No saben leer el mundo. El mundo no lee en ellos.

Oda a Pierre y a Cartago

hete aquí que los cimentos y los urubos
se unieron
la aldea se agrupa en donde celebran
la cresta
el viento distrae el haba de ayer de la higuera
de aquí

llegará ese día, llegará ese día

del muro más frágil hemos
visto, abajo
la trirreme exhalada en la mar rojiza
y desnuda
correr hacia la entrada del Puerto –en su
impulso desfallecer la vela

nosotros que somos corriente y ola para
tantos antaños

¿es la roca en la frente ronca del
centurión?
¿es beber el anís y la serpiente
malusada?

¿es tres veces el anillo rodando
por la cuchilla?

escucha,

urubos, cigaleras, pingos, metales
y hermosos palomos torcaces.

18 de marzo de 1997

Informaciones



La Ciudad, refugio de las voces del mundo*

Estamos empezando a entender que, al margen de las guerras económicas y financieras, que no aprovechan de entrada a las naciones como tales naciones, sino a las multinacionales cuya circunferencia está en todas partes y el centro en ninguna, los auténticos compromisos de hoy en día, las armonías y las desarmonías, los encuentros, los conflictos tienen que ver, ante todo, con las culturas de los pueblos y de las comunidades.

Lo cultural se ha encontrado con lo político, y ese encuentro impregna los enfrentamientos de mayor envergadura de nuestra época. La política tendía a la aparición o a la reafirmación de las naciones, en Europa y en el Occidente en expansión. Lo cultural expresa la angustia y la convulsión de las entidades intelectuales, espirituales o éticas que se relacionan espectacularmente entre sí, divergentes u opuestas, en el seno de eso que a partir de ahora consideramos la totalidad-mundo.

Es el momento de recordar que el propósito primordial del Parlamento Internacional de los escritores fue reunirse para escuchar «el grito del mundo». Las culturas en multiplicado contacto originan ese vuelco que nos cambia las imaginerías, y nos permiten caer en la cuenta de que no abdi-

* Conferencia pronunciada en el Palacio de Europa de Estrasburgo, en la apertura del Congreso de la Red de las Ciudades Refugios y del Parlamento Internacional de Escritores (26-28 de mayo de 1997). (Nota del autor.)

camos de nuestras identidades cuando nos abrimos al Otro, cuando ejercitamos nuestro ser como participante de un rizoma resplandeciente, frágil y amenazado, pero vivaz y obstinado, que no es una reunión totalitaria en que todo se confunde dentro de todo, sino un sistema no sistemático de relación en donde intuimos lo imprevisible del mundo.

Lo imaginario, la imaginería. Es decir el arte y la literatura.

Es la literatura lo que ilustra este movimiento destrabador que conduce desde nuestro lugar hasta el pensamiento del mundo, que es, a partir de ahora, uno de los objetos más elevados de la expresión literaria. Contribuir, con los poderes de la imaginación, a que fermente y crezca la red, el rizoma de las identidades abiertas, que se dicen a sí mismas y escuchan.

Está claro que el escritor, por su propio cometido, se convierte en la diana preferida de las intolerancias referidas a la identidad.

El intercambio, el conjunto, puesto en común, de las enseñanzas y de las informaciones que tienen que ver con todo cuanto inmuta y fecunda el pensamiento-mundo. El intelectual, el periodista, el artista, son, por el hecho de serlo, por su propio cometido, el objetivo prioritario de todas las fuerzas de encarcelamientos y exclusión.

Y cuando se hallan, el intelectual, el periodista, el artista y el escritor, aislados en un lugar del mundo, no es sólo su voz la que amordazan, sino su vida la que destruyen. El derecho a existir y el derecho a expresarse quedan trágicamente confundidos en una misma denegación.

La Relación, es decir, al tiempo, la Poética, en el sentido actuante de la palabra, que nos ensalza en nuestro propio fuero interno, y la solidaridad, con la que manifestamos esa

elevación. Cualquier red de solidaridad es, en ese sentido, una auténtica Poética de la Relación.

Parece contradictorio recurrir a ese término, una Poética, al referirse a una empresa, la Red de las Ciudades Refugios, que ha exigido y precisa aún tantos trámites administrativos, tantas decisiones institucionales y llama a la superación de tantas barreras que alzan los hábitos, la norma de lo usual o, sencillamente, la costumbre. Pero caeré en ese atrevimiento.

Pues no se trata aquí ni se trata sólo de una gestión humanitaria, aunque podría haber bastado. La Ciudad Refugio no es algo así como un asilo por caridad, mantiene con el huésped que ha decidido recibir relaciones de mutuo conocimiento, de descubrimiento progresivo, de intercambio a largo plazo, que convierten esa empresa en un ejercicio de auténtica militancia, en una participación activa en la convocatoria generalizada «del dar y el recibir».

Igual que en todo lo relativo a los propósitos o las actuaciones del Parlamento internacional de los escritores, y también a tenor de la expresa voluntad de las Ciudades que han emprendido la tarea de crear esa red, ninguna de sus actuaciones tiene que ver con una política partidaria. Cuando se libera de los prejuicios políticos y sus limitaciones es cuando la acción cultural alcanza con mayor tino la dimensión política, cuando le presta claridad a la vez al país en que vivimos y al mundo que nos solicita.

Lo imaginario, el intercambio, la Relación.

Una ciudad que puede ser lugar de tantos sufrimientos, de tantas injusticias, de tantas desdichas sofocadas, de tantas desesperaciones sin horizonte, se convierte así, entrando en la imaginería del mundo y completando ese intercambio

y cometiendo Relación, en el símbolo y el vector de esperanzas nuevas.

Una ciudad, una ciudad moderna, es un terruño, una identidad raíz, pero no única, no raíz única, también es una identidad relación.

Una ciudad recoge y significa la comarca en que la fundaron, pero se abre no menos a los sistemas de relaciones cuya trama se tejió entre las culturas del mundo.

La ciudad es regional dentro de la nación, es decir, que ratifica el conjunto de valores del que procede. «Comprende», es decir, que autoriza e ilustra la relación entre los valores que crecen por doquier, a los que da acogida y amparo.

Así es como la ciudad moderna puede ser el refugio de las voces del mundo.

Tal es el mérito de las ciudades de Europa: haber respondido tan entregadamente a la llamada del Parlamento Internacional de Escritores y haber formado ese rizoma de la solidaridad y de la libertad de expresión.

Entra dentro de lo posible que las animasen o las ayudaran a ello sus tradiciones de lucha por salir a flote, de refriegas por la libertad, de empecinamiento en un mejor-estar, tradiciones todas de mucha solera histórica.

El deseo que he de manifestar es el de que coadyuven también para que la red se extienda hasta otros continentes y por otras comunidades urbanas con menor dotación de medios. El rizoma tiene que multiplicarse allá lejos.

Escuchemos el grito del mundo.

Hagamos caso omiso de las obligaciones y las nimiedades cotidianas, formemos un cortejo para esos escritores y esos artistas a quienes han descarriado lejos de sus hogares,

admitamos que nos aportan mucho al ayudarnos a tejer esta red.

Lo que se alza por doquier, desde los osares y los etnoci- dios, desde los campos de limpieza étnica, desde las guerras inexpiables y las matanzas generalizadas, es la llamada de las comunidades humanas que exigen reconocimiento dentro de su peculiaridad; pero es también, y lo expresan a veces esas mismas comunidades, oprimidas y sufrientes, como sucede en el Chiapas mexicano, la exposición de que cualquier peculiaridad saldría perjudicada si quedase en clausura y se bastase a sí misma.

Decir a qué entorno, a qué país pertenecemos: decir el Otro, el mundo.

Sabemos ya que cualquier cultura que se aíslle y se cierre cae poco a poco en el mal-estar y la incomodidad, en ese desequilibrio tanto más taladrador cuanto que no hay explicación plausible que se pueda dar por buena. El individuo es, en ella, igual que un horno sobre calentado que nada apaga.

Lo más aterrador, en tal caso, mucho más que las voces y los odios que se arrojan a la cara, es la cotidianeidad «normal», apacible y campechana, bien cerrada sobre sí misma, de las afirmaciones de exclusión y rechazo del otro.

Contra ese ronroneo del horror, quienes cuentan con vocación de decir son mantenedores de la vivacidad de la palabra, que impulsan doquier, por el mundo entero. Y ayudarlos a ello vuelve a ser un mérito de los responsables de la vida pública.

Libertad de existir, libertad de decir, libertad de crear.

De unas cuantas palabras nuevas

Todas ellas se formaron en el bulto de la escritura, no en lo cóncavo o en las carencias, y es muy de destacar que todas están en plural. Y es que, si exceptuamos la *serpiente*, que cuenta con un antecedente, es posible que las atemorice la singularidad del ser. Se agolpan y se multiplican, cada cual en su propio seno, pues saben que son efímeras. Hermosura de la palabra que pronto ha de perecer. ¿No habría sido mejor dejarlas estar dentro del vagabundeo del poema en que surgieron, sin venir ahora a glosarlas? Definirlas sería ya matarlas. La definición gravitará a su alrededor.

Xamaneros – Árboles que dan xamanas.²⁵ Árboles de árboles, por consiguiente.

Arapes – Arados para labrar el alquitrán.

Daceros – Guardias y magistrados con dagas de acero, literalmente.

Salenes – Silenos y salinas: llanuras vivas e improbables.

25. Carta de Diego Álvarez Chanca, médico de la flota que Colón conducía en su segundo viaje a las Indias: «Desque llegamos á esta Española, por el comienzo de ella era tierra baja y muy llena (60), del conocimiento de la cual aún estaban todos dubdosos si fuese la que es, porque aquella parte nin el Almirante ni los otros que con él vinieron habían visto, é aquesta isla como es grande es nombrada por provincias, é á esta parte que primero llegamos llaman Haytí, y luego á la otra provincia junta con esta llaman Xamana, é á la otra Bohío, en la cual agora estamos».

Hucas – Edificios en forma de cubo que forman como hutas. La ruina, entre el destello frío y lujoso de los cristales.

Cimentos – No ya el cemento, sino su imán, que sujetá en todos los casos, en vez de dividir.

Urubos – El encanto pastoral en Ur, el ave-frumentaria.

Serpienta – Una hierba inacabable.

Cigaleras – En tierras mediterráneas, matas de cigarras regaleras que adoptan la forma de raíces sonoras.

Pingos – Trapos y prendas del tiempo, que vuelven respingados a quienes se visten con ellos. No tiene que ver con pingar, de donde viene eso de pingos y demás impedimenta.

Indicaciones de la mayoría de los lugares y ocasiones

Le carrefour des Littératures européennes, el Parlamento Internacional de Escritores, El Centro de Estudios Franceses y Francófonos de Baton Rouge, la Universidad Rutgers, el Museo de las Artes de África y Oceanía, el Instituto del Mundo Árabe, la Universidad de Tokio, la Universidad de Perpiñán, el Premio Carbet del Caribe, la Universidad de las Antillas-Guayana, la Biblioteca François-Mitterrand, la Universidad de la ciudad de Nueva York (CUNY), el Parlamento de Navarra, la Universidad de Almería, las Assises de la Traduction en Arlés, la Universidad Columbia, el País Vasco, la Universidad de Nueva York (NYU), el festival Les Boréales de Normandía, el ayuntamiento de Le Lamentin.

Y también las siguientes publicaciones: *Littératures*, *Le Nouvel Observateur*, *Yale French Studies*, *L'Esprit Créateur*, *Dédale*, *Croissance*, *L'Oriflamme*, *Le Journal de Dimanche*, *Les Inrockuptibles*, *Al Cantara*, *Édouard Glissant, poesía y política* de Diva Barbaro Damato, *La letteratura caraíbica francofona* de Carla Fratta, *Littératures antillaises d'aujourd'hui*, editado por Cathie Delpech.

Citar también, por el placer del intercambio, a: Carmiella Biondi y Elena Pessini, en Parma; Alexandre Leupin, en Baton Rouge; Bernadette Caillier, en Florida; Jean-Pol Madou, en Miami; Geneviève Bellugue, en París; Adonis el lírico, en Beirut; Michael Dash, en Jamaica; Nancy Morejón en Cuba; Celia Britton, en Aberdeen; Édouard Maunick, en Durban; Gérard Delver, en Guadalupe; Henri Pied

en *Antilla*; Jérôme Glissant, en la carretera vieja que lleva a *Pays-Mélés*; Jayne Cortez y Melvin Edwards, en Nueva York; Thor Wiehjamsson, en Islandia; Emilio Tadini, en Milán; Piva y su dialecto de Vernazza; Christian Salmon, en todos los encuentros; Jacques Coursil, en Fort-de-France; Patrick Chamoiseau, en La Favorite; Alain Baudot, en Toronto.

Del poema *Homenaje a Pierre y a Cartago* se hizo una edición de tirada única, manuscrita, con pinturas al pastel de Sylvie Sémavoine.